



José Ángel Moreno Izquierdo

Recuerdos de un futuro posible

Estampas de doce meses

EDITORIAL  SONORA

«Por la boca del metro de la estación Central entraban y salían muchedumbres apresuradas. En la gran plaza donde se ubicaba la estación, bullía un intenso tráfico. Tanto la gente que salía del metro como la que entraba se arracimaba frente a las enormes pantallas que se erigían en el exterior de la plaza y en los andenes. El silencio del tráfico eléctrico de automóviles y trenes sin conductor permitía escuchar con nitidez el sonido de la emisión que las pantallas transmitían. Una voz en *off* de tono grave explicaba —destilando indignación— las imágenes que se podían ver en las pantallas: una innumerable masa de personas de raza negra fuertemente armadas atacando a un reducido número de efectivos de la Fuerza Internacional Pacificadora. “Las tropas movilizadas de la FIP resultan a todas luces insuficientes —decía la voz del locutor— frente a la violencia desatada de las turbas que irresponsables líderes populistas están movilizando en toda el África Subsahariana. El caos aumenta continuamente: los asesinatos y el desorden, así como los saqueos y los incendios de comercios y entidades oficiales, proliferan en toda la zona. No puede ocultarse ya la necesidad de una intervención más enérgica de las grandes potencias para contener el vandalismo y restablecer el orden...”».



La mayor parte de la vida profesional de José Ángel Moreno Izquierdo (Madrid, 1953, economista y jubilado) ha transcurrido en el sector financiero, pero ha sido también ocasionalmente profesor universitario. Ha participado activamente en varias organizaciones de la sociedad civil, a algunas de las cuales, con mayor o menor intensidad, sigue perteneciendo: Instituto Emmanuel Mounier, Plataforma por la Democracia Económica y, especialmente, Economistas sin Fronteras, entidad en la que, entre otros cargos representativos, ha sido presidente y en la que continúa formando parte del Consejo Editorial de su publicación trimestral, *Dossieres EsF*. Ha publicado un buen número de artículos sobre economía, fundamentalmente, en el que ha sido el campo básico de su actividad: la responsabilidad —o quizás más apropiadamente, irresponsabilidad— social de las grandes empresas. Y es autor, así mismo, de dos libros: *Entre el fragor y el desconcierto: economía, ética y empresa en la era de la globalización* (Minerva, 2000) y *Poder corporativo, irresponsabilidad empresarial y democracia económica* (Economistas sin Fronteras, 2021). *Recuerdos de un futuro posible* es su primera incursión en el terreno de la ficción.

¿Cómo será el mundo en 2050? Los relatos que componen este libro apuntan, con trazos muy gruesos, rasgos del carácter de ese futuro posible, tanto a escala social como, sobre todo, a nivel de la vida cotidiana. Nos enfrentamos a una distopía muchas veces imaginada, pero que la actualidad de nuestro tiempo hace más probable que nunca. En 2050, los problemas fundamentales que el sistema económico viene generando desde largo tiempo atrás (cambio climático, deterioro ecológico, pobreza y desigualdad, crecimiento demográfico desequilibrado, flujos migratorios descontrolados...) han acabado impulsando un nuevo orden mundial de carácter totalitario que impone la sumisión en los países de desarrollo alto y medio y ejerce una violencia brutal en los más pobres. Un orden que condiciona todos los ámbitos de la vida (la política, la economía, la vida empresarial, los comportamientos individuales...), dando lugar a una forma de existencia asfixiante e hipercontrolada.

Una anticipación del mundo que puede esperar a nuestros hijos si no hacemos nada por impedirlo.

info@editorialsonora.com

ISBN: 978-84-129388-5-2



9 788412 938852

Recuerdos de un futuro posible

José Ángel Moreno Izquierdo

Recuerdos de un futuro posible

Estampas de doce meses

EDITORIAL  SONORA

Madrid

2025

Primera edición: octubre de 2025.

Esta obra se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).



Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidad comercial y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

© José Ángel Moreno Izquierdo, 2025

Editorial Sonora
C/ Alfonso XIII, 6
28038 Madrid (España)
info@editorialsonora.com

ISBN: 978-84-129388-5-2
Depósito Legal: M-18050-2025

Diseño y maquetación: La Factoría de Ediciones, S.L.

Impreso en España por Estilo Estugraf Impresores, S.L. (Ciempozuelos, Madrid)

Índice

<i>Advertencia previa</i>	13
Presentación: razones de la presente edición . .	15
Una misión civilizatoria	21
Para que no se olvide	31
Vivir plácidamente	43
Una profesional brillante	61
La justicia perfecta	75
Contrariedades de la pasión (por el fútbol) . .	83
La nueva geriatría	101
Los jueves, cultura	111
Por amor al cine clásico	119
Un pequeño drama	139
Aldeas perdidas, reductos de esperanza	155
Un paseo por la montaña	169

*A Adela, Lucía y Miguel siempre. Pero especialmente
a Luna, en la esperanza de que el mundo que viva
en 2050 sea mucho mejor que el descrito en estas páginas.*

«... cada cual vive prisionero de su tiempo. Este es el nuestro: un presente inquietante que se fue gestando desde principios del *xxi* y que se nos muestra cada día, cada hora, tan violento y disruptivo que nos resulta casi imposible metabolizarlo».

Elvira Lindo, «Nadie se librará del caos»,
El País, 2 de marzo de 2025.

«Y se le ocurrió de pronto preguntarse: ¿Para qué estaba escribiendo él este diario? Para el futuro, para los que aún no habían nacido... Por primera vez comprendió la magnitud de lo que se proponía hacer. ¿Cómo iba a comunicar con el futuro? Esto era imposible por su misma naturaleza. Una de dos: o el futuro se parecía al presente y entonces no le haría ningún caso, o sería una cosa distinta y, en tal caso, lo que él dijera carecería de todo sentido para ese futuro».

George Orwell, 1984.

Advertencia previa

No creo que este breve volumen tenga ni siquiera una mínima difusión, más allá de algunas personas muy cercanas que lo leerán —o dirán que lo han hecho— solo por su afecto al autor y, más aún, por su bonhomía. En todo caso, no quiero dejar de indicar a los improbables lectores que los relatos que lo componen no tienen más fundamento que el considerable pesimismo que atena-za a quien los ha escrito por el panorama al que se enfrenta en la actualidad nuestro mundo. No dudo de que ha habido tiempos mucho peores: seguramente el nuestro constituye uno de los momentos menos malos que ha conocido nuestra especie a lo largo de la historia. Pero probablemente no hayan acechado nunca a la humanidad riesgos tan grandes. El libro se limita a extrapolar —sin demasiada imaginación y, desde luego, con menos destreza— algunos de esos peligros hacia un futuro bastante cercano, en base a tendencias que creo claramente apreciables en nuestro tiempo. Por eso, me temo que los escenarios que se apuntan en los diferentes relatos pueden resultar no poco realistas. Pensar en ellos es para mí, más que un ejercicio de mala literatura de ciencia ficción, una forma de reflexionar sobre las consecuencias de un conformismo que me parece muy generalizado y que es el caldo de cultivo perfecto

para que ese futuro negro —u otro parecido— acabe convirtiéndose en realidad.

Debo añadir que la mayor parte de los personajes que aparecen en estos textos son puramente imaginarios, pero no puedo ocultar que en algún caso están basados —más o menos lejanamente— en personas para mí muy queridas. Pero incluso en esos casos, se trata de personajes en buena medida desfigurados, con rasgos que no corresponden a las personas de las que me he servido de inspiración. Les pido perdón a todas ellas por esa utilización furtiva y dejo constancia de que su calidad humana y riqueza de carácter son muy superiores a las de los sufridos protagonistas de las pobres historias en que aparecen.

José Ángel Moreno Izquierdo
Madrid, julio de 2025

Presentación: razones de la presente edición

Este pequeño libro forma parte de una labor que este departamento ha considerado prioritaria desde su creación: una labor de acercamiento a un público amplio de la historia reciente de los países que forman parte del Gobierno Federal Europeo. En este contexto, los textos que se reúnen en esta publicación se han recopilado por su interés histórico, como documentos reveladores de rasgos sintomáticos del tipo de sociedad y de la forma de vida de un período por fortuna ya superado hace mucho tiempo, pero que, lamentablemente, todavía no se conoce suficientemente bien: fundamentalmente, por la propia escasez de evidencias empíricas sobre su realidad. Escasez en absoluto casual, puesto que fue planificada por las autoridades nacionales e internacionales de la época hasta en sus mínimos detalles, como eje vertebral de una política deliberadamente orientada a impedir la difusión de toda forma de vestigio inconveniente para los intereses dominantes o a eliminarlo sistemáticamente cuando se detectaba su existencia. Esa escasez es la razón principal del interés de estos textos, breves, desde luego sin ninguna ambición historiográfica de carácter académico, con seguramente nulo

valor literario y que versan sobre circunstancias muy diferentes, pero que permiten intuir el clima social que condicionaba la vida cotidiana en aquellos años.

Todos se refieren a un año concreto: 2050. Y en su gran mayoría —con la excepción del primero— dan cuenta de situaciones que tuvieron lugar en distintas zonas de lo que todavía entonces constituía el espacio nacional denominado España. Como nuestros lectores conocen sobradamente, se trataba de un momento presidido a nivel internacional por una alianza de las grandes potencias que impuso regímenes autoritarios en la mayor parte de los Estados, como forma de afrontar problemas civilizatorios que eran, sin duda, determinantes. Problemas entre los que destacaban, por su gravedad y globalidad, el cambio climático y la degradación ecológica, que se habían venido convirtiendo desde décadas anteriores en claramente disfuncionales para la economía y para la vida y que habían provocado, entre otros problemas perentorios, una acelerada intensificación de la inmigración desde los países más atrasados y más afectados por los fenómenos ambientales —y sobre todo los de África— a los países de niveles económicos alto y medio. Eran problemas que se arrastraban desde mucho tiempo antes y que ciertamente constituían peligros de incuestionable gravedad para la propia supervivencia de la humanidad, pero que se afrontaron desde perspectivas que condujeron a un profundo deterioro de dimensiones esenciales de la existencia.

En efecto, el giro radical que supuso a nivel mundial la nueva orientación que se implantó generalizadamente —en buena medida por la fuerza, pero también por sofisticadas y ubicuas estrategias de comunicación— desde la segunda mitad de los años 40 de nuestro siglo, permitió contener temporalmente los principales problemas, pero de ninguna forma solucionarlos, agravando en contrapartida muchos otros. Al tiempo que condujo a regímenes políticos y a un modelo de sociedad cada vez más totalitarios, en el marco de una estrecha coalición de facto entre Estados y grandes corporaciones privadas que posibilitó la puesta en marcha de políticas públicas y empresariales fuertemente nocivas para los sectores sociales mayoritarios. Políticas caracterizadas por un control cuasi absoluto de las vidas personales y por actuaciones de enorme dureza contra cualquier tipo de disensión o de reacción contra el orden establecido, focalizadas al debilitamiento preconcebido de la sociedad civil y a impedir toda forma de movilización organizada, así como a intervenciones —que solo pueden calificarse como genocidas— dirigidas a contener la emigración de las zonas más pobres del planeta.

Felizmente ese tiempo —aunque duró demasiado— ya pasó: en parte, gracias a las semillas de cambio que propiciaron algunas iniciativas, en sus comienzos muy modestas, en contra del sistema imperante, que empezaron a fraguar poco antes de la fecha en que tuvieron lugar los hechos referidos en

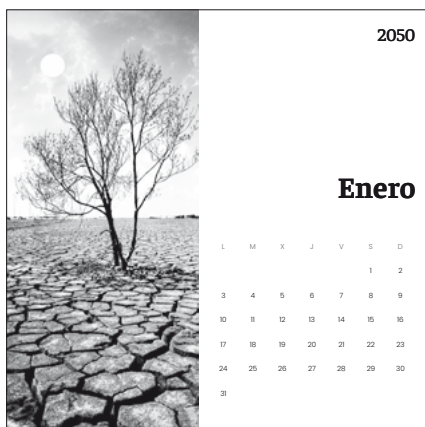
los textos recogidos a continuación —y que en parte se apuntan en alguno de ellos—.

En cuanto a los documentos concretos, y como antes se indicaba, se han seleccionado por su utilidad para ayudar a que la opinión pública actual pueda entender cabalmente el carácter de aquella nefasta época. Y ello tanto a escala social como, sobre todo, a nivel de la vida privada. En este último sentido, muchos de ellos traslucen cómo el modelo político y económico impuesto en la década de 2040 no se limitaba a condicionar formas de pensar y comportamientos políticos y sociales, sino que llegó a afectar profundamente el carácter de la vida cotidiana, cada vez más sometida a unas reglas de actuación que no solo constreñían severamente las conductas personales, sino que impulsaban decisiones y situaciones irracionales para la propia eficiencia económica general. Como se ha señalado previamente, la rareza de documentos de este tipo —escritos o audiovisuales— que permitan la adecuada comprensión de esta aciaga etapa de la humanidad es lo que concede a estos documentos —en su misma sencillez— un cierto interés testimonial para un público no experto.

Debe insistirse, adicionalmente, en que su recopilación responde a la labor de búsqueda y difusión de documentación sobre aquella fase oscura de la humanidad que viene desarrollando nuestro departamento desde hace años. Una búsqueda que se viene realizando por medio de procedimientos de investigación que casi podríamos calificar de arqueológicos,

basados no tanto en los prácticamente inexistentes ámbitos institucionales o privados de conservación de documentación de la época, sino sobre todo en inmuebles desmantelados y condenados a su derribo con el paso del tiempo. Viejos edificios ruinosos, en los que, antes de su demolición, se han podido ejecutar labores exhaustivas de exploración. De hecho, casi todos los textos aquí recopilados fueron en su origen premeditadamente escondidos por sus autores para evitar su detección, por el peligro que podía suponer para quienes los habían escrito o conservado que fueran encontrados por los diferentes cuerpos policiales —casi omnipresentes en aquellos años—. En algunos de estos textos se pueden encontrar indicios de esta voluntad de ocultamiento. Una intención motivada quizás en la suposición de que podrían aportar algún elemento de provecho en el futuro: al menos como huella de situaciones socialmente insoportables de las que los autores querían dejar un humilde testimonio. Este es, precisamente, el objetivo pretendido por nuestro departamento con la presente publicación. Esperamos haberlo conseguido en alguna medida.

Departamento de Investigación Histórica
Secretaría de Cultura
Gobierno Federal Europeo
Bruselas
Octubre de 2090



Una misión civilizatoria

1. Eran las nueve de la mañana de un caluroso día de comienzos de enero de 2050. Se superaban ya los veinte grados: no bajarían de treinta a mediodía. Todo indicaba que el próximo verano —como venía sucediendo año tras año desde hacía varias décadas— se batirían de nuevo los récords de temperatura —lo mismo que de escasez de lluvia—. Afortunadamente, los grandes acondicionadores/humidificadores externos —ya a pleno funcionamiento a esa temprana hora— hacían más soportable la mañana.

Por la boca del metro de la estación Central entraban y salían muchedumbres apesuradas. En la gran

plaza donde se ubicaba la estación, bullía un intenso tráfico. Tanto la gente que salía del metro como la que entraba se arracimaba frente a las enormes pantallas que se erigían en el exterior de la plaza y en los andenes. El silencio del tráfico eléctrico de automóviles y trenes sin conductor permitía escuchar con nitidez el sonido de la emisión que las pantallas transmitían. Una voz en *off* de tono grave explicaba —destilando indignación— las imágenes que se podían ver en las pantallas: una innumerable masa de personas de raza negra fuertemente armadas atacando a un reducido número de efectivos de la Fuerza Internacional Pacificadora. «Las tropas movilizadas de la FIP resultan a todas luces insuficientes —decía la voz del locutor— frente a la violencia desatada de las turbas que irresponsables líderes populistas están movilizando en toda el África Subsahariana. El caos aumenta continuamente: los asesinatos y el desorden, así como los saqueos y los incendios de comercios y entidades oficiales, proliferan en toda la zona. No puede ocultarse ya la necesidad de una intervención más enérgica de las grandes potencias para contener el vandalismo y restablecer el orden...».

2. La reunión del Consejo Pacificador Internacional —el órgano ejecutivo de la Alianza por la Paz y la Seguridad que las principales potencias habían firmado a mediados de la década pasada— estaba terminando. Los representantes de los países miembros —Estados Unidos, República China y Rusia—, así

como los observadores sin derecho a voto de los restantes países asociados —a los que se añadía una representación de la Comisión de la Unión Europea—, habían mostrado una unanimidad tan evidente en los planteamientos que no hizo falta ninguna votación. La situación en África obligaba a complementar el contingente de la FIP con divisiones de armamento pacificador autónomo aéreo y terrestre en todas las zonas en conflicto. Los medios de comunicación autorizados de todo el mundo dieron una resumida versión de la decisión: «El Consejo Pacificador Internacional redoblará esfuerzos para reimplantar el orden en las zonas de África en las que se vienen produciendo disturbios, actuando siempre de acuerdo con la legalidad internacional y el respeto de los Derechos Humanos».

3. Un par de meses después, los reducidos voluntarios de Médicos con África de uno de los pequeños puestos rurales de la delegación de Ruanda bordeaban la extenuación. Con recursos —medicinas, instrumental, vehículos, incluso productos de higiene y alimentos— cada día más escasos, eran manifiestamente impotentes para atender a las personas heridas —muchas destrozadas y desmembradas—, ayudar a las más vulnerables —con un ingente número de niños huérfanos o abandonados— y enterrar a los innumerables muertos. El estrago producido por las tropas iniciales de la FIP no fue más que un moderado preámbulo frente a la devastación que generaron posteriormente las máquinas de guerra autónomas:

aviones y tanques sin tripulación, drones, infantería de robots... Apenas humanos y nunca en las actuaciones directas. Las máquinas bombardeaban, gaseaban y disparaban indiscriminadamente con una terrorífica potencia de fuego.

4. Cuando cada noche —exhausto, desmoralizado y al borde del derrumbe— se decidía a poner fin a su desolador trabajo, el doctor João Guterres trataba de dar cuenta del infierno al que estaba asistiendo. Si la vida allí nunca había sido ni fácil ni agradable, desde hacía unos meses se había transformado en un horror indescriptible: como si un demonio todopoderoso y cruel se hubiese adueñado de aquel mísero lugar para desplegar en él todo el daño que solo un ente como él —maldad pura— podía generar. Una terrible noche negra sin esperanza de amanecer se había adueñado de África. Incluso para un médico experimentado en la zona, como João, había sido imposible imaginar previamente el dolor, el desastre y la muerte que se estaba produciendo. Un espanto estremecedor del que cada día era más difícil dar cuenta. De hecho, ya no podía escribir en la web de la organización ni en su blog: como sucedía con todos los medios de comunicación formales o informales, estaban censurados. Cualquier comentario no autorizado suponía el bloqueo inmediato. Así que se limitaba a enviar sus anotaciones por correo electrónico a unos pocos conocidos de confianza en Portugal: periodistas, miembros de organizaciones

humanitarias y algunos militantes sindicales y políticos. A su familia y amigos no quería ponerlos en peligro. Con todo, aumentaban día a día sus sospechas de que se estrechaba el control sobre sus comunicados: quizás no era más que miedo y manías obsesivas, pero desde hacía semanas tenía una acuciante sensación de que sus correos estaban siendo vigilados. Sobre todo, desde que empezó a trasladar en ellos sus evidencias de que las intervenciones iniciales de la FIP fueron simplemente patentes provocaciones de brutalidad desmedida para incitar respuestas violentas por parte de las poblaciones locales. Era la reacción esperada, que facilitó en las grandes potencias el argumento de que era imprescindible una contundencia pacificadora mayor, que se encomendó a las llamadas divisiones autónomas: máquinas sin tripulación, programadas a distancia, de una eficacia sobrehumana. Y, sin duda, la labor pacificadora estaba siendo un éxito, por simple extinción de la población afectada: desde que comenzaron las operaciones autónomas a mediados de febrero, los datos de que disponía Médicos con África permitían estimar la cifra de fallecimientos en el África Central en más de veinte millones de personas. Cabía suponer que al menos otro tanto se habría producido en el resto del África negra. João estaba cada vez más seguro de las razones de este holocausto.

5. No estaba desencaminado. Pese a la absoluta falta de transparencia impuesta, sus fuentes y su

conocimiento de la realidad le habían permitido acertar. No se trataba (o no solo) del tradicional objetivo de conseguir la mejor explotación posible de recursos energéticos, de los metales preciosos y diamantes y, sobre todo, de los minerales raros de los que África disponía y que resultaban imprescindibles para la economía —llamada «sostenible»— del mundo rico. El problema más acuciante era ya la cifra de emigrantes y expulsados de todo tipo que el cambio climático, la pobreza y el crecimiento demográfico estaban provocando en el continente. La población africana había crecido de alrededor de 1.500 millones en 2024 a 2.500 millones en 2050: el ritmo era exponencial. Y las cifras de emigración (ilegal, porque las salidas estaban totalmente prohibidas a todo el resto del mundo) se calculaban en entre diez y veinte millones de personas al año: mayoritariamente dirigidas a Europa. Las pocas decenas de miles que décadas atrás llegaban a las costas y aeropuertos europeos, y que se consideraban una invasión insoportable, ahora se habían convertido en una oleada que resultaba ciertamente inmanejable, desatando problemas económicos, conflictos sociales y reacciones políticas de complejidad creciente en los países de llegada, que habían acabado provocando una drástica alteración del mapa político en la mayoría de las naciones del resto del mundo, con gobiernos abiertamente decididos a detener la marea inmigratoria, lo que condujo a regímenes progresivamente autoritarios.

Como el problema era global, porque desde Europa la marea se extendía con rapidez a todos los países ricos (e incluso a los países de la Península Arábiga, Rusia y China, que habían venido siendo en los últimos años los de mayor capacidad de absorción), se había creado una nueva organización internacional—independiente de la ya prácticamente decorativa ONU— para su tratamiento: el Consejo Pacificador Internacional, dominado sin ambigüedades por Estados Unidos y China, pero en el que los retorcidos intereses mutuos habían posibilitado la presencia de pleno derecho de Rusia; una Rusia que, aunque con una capacidad económica rápidamente menguante desde mucho tiempo atrás, todavía disponía de un considerable potencial militar.

Pese a que las estimaciones demográficas apuntaban a una paulatina reducción del ritmo de crecimiento de la población de África —que ya se evidenciaba en algunas zonas—, no parecía posible seguir recibiendo cuantías de entradas del tenor de las que se venían produciendo. Se consideró que no podía esperarse más, por mucho que los más optimistas pensaran que la situación mejoraría en un próximo futuro. Aparte de que la propia entidad del problema permitía ahora —era la oportunidad perfecta— adoptar medidas de la contundencia precisa para erradicarlo de forma definitiva. La decisión adoptada fue unánime, con la piadosa recomendación de algunos países observadores —particularmente, de la Unión Europea— de que se actuara siempre con el máximo respeto

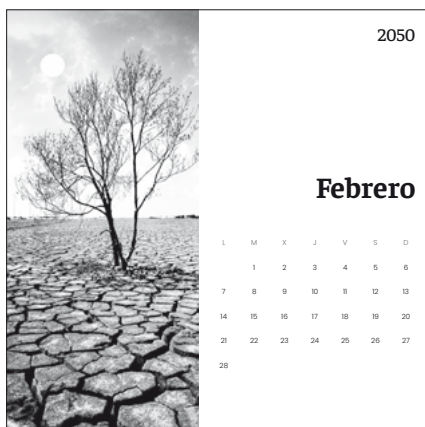
posible de los Derechos Humanos (sic). La solución, detener la salida de población por el único medio que entendieron posible: reducir la población africana al nivel considerado óptimo para la sostenibilidad de la civilización —y de la economía— (no más de 1.000 millones de habitantes). Lo que permitiría el flujo de emigración adecuado para las necesidades de recursos humanos baratos en el mundo rico. Cierto que ello supondría la drástica necesidad de eliminar la vida de no menos de 1.500 millones de personas (y de limitar paralelamente de forma eficaz el crecimiento demográfico), pero no se encontró una alternativa factible menos dolorosa.

6. Y eso fue lo que ciertamente sucedió. Con una indudable efectividad, si bien la solución del problema en un plazo razonable exigiría intensificar el ritmo inicial de reducción poblacional considerablemente. El objetivo fijado fue de cinco años, lo que requería 300 millones de eliminaciones por año. Quizás demasiado ambicioso, pero el CPI pensaba que no imposible, dados los medios disponibles. Una dura, pero necesaria, misión civilizatoria. Realmente, las dificultades mayores eran las del comienzo. Una vez superadas las resistencias de los primeros meses, podrían ponerse en funcionamiento sistemas más sistemáticos —más industrializados— más indolores y mucho menos perjudiciales en términos reputacionales y de sensibilidad —aunque se trataba de evitar toda filtración de lo que sucedía, no era posible

conseguirlo de forma absoluta—. Los precursores métodos alemanes de exterminio de la ya lejana II Guerra Mundial, por mucho que molestara reconocerlo, supusieron en ese sentido una innegable fuente de inspiración. También, por supuesto, la eficaz destrucción de Gaza por el gobierno israelí en los años 20 de este siglo. A los pocos meses del inicio de la intervención, ya se estaban poniendo en marcha las instalaciones e infraestructuras precisas. Pero eso requería también incrementar decididamente el control de la información y poner en práctica los mecanismos de generación de un relato alternativo.

7. Tras escribir y enviar el nuevo cúmulo de horrores de que había tenido noticia, el doctor Guterres se había acostado tarde esa noche. Estaba en el duermevela habitual en esos días cuando escuchó sonido de motores en el campamento y, tras ello, voces entrecortadas y ruido de pisadas apresuradas. Al poco, se abrió de golpe la puerta del barracón que servía de dormitorio al personal de la organización y deslumbraron luces de linternas potentes. La persona de guardia —más para atender incidencias que por motivos de seguridad— preguntó qué pasaba y fue respondido con brusquedad. Así se enteró João de que iban a buscarlo. Eran militares del CPI. No respondieron a ninguna de sus preguntas. Simplemente se le conminó a vestirse rápidamente, requirieron su portátil, su móvil y su tableta, que guardaron en una mochila, y se lo llevaron. Nadie volvió a saber de él.

Estas líneas proceden de las informaciones que quien esto escribe encontró escondidas en un hueco del suelo de la casa de uno de sus confidentes: un modesto periodista lisboeta del que tampoco se sabe nada.



Para que no se olvide

I. Aunque eran las ocho —hora punta—, esa mañana la cafetería estaba bastante tranquila. Por eso Elena, que apuraba su primer café de la jornada, podía escuchar con nitidez las noticias de la televisión, que en ese momento daban cuenta de los avances conseguidos en la mitigación de los efectos del cambio climático. No pudo reprimir una sonrisa irónica, pero la eliminó rápidamente. Cualquier impresión de sorpresa frente a la información oficial podía resultar nefasta. Terminó su café, recogió su mochila, pagó y salió.

La calle hervía con el bullicio habitual de esa horas. Pero Elena no dejaba de sorprenderse con el

silencio del tráfico. De la temperatura —mediados de febrero— ya no se extrañaba, porque se había hecho normal desde hacía mucho tiempo. Aunque a esa altura de la mañana todavía era soportable. Ni siquiera habían empezado a funcionar los acondicionadores externos gigantes. Camino de su trabajo, buscó como de costumbre lugares donde dejar octavillas sin ser vista. Encontró uno que le pareció apropiado antes de llegar al trabajo y dejó algunas. No debería repetir el sitio —pensó—, para evitar ser detectada. El Gobierno penalizaba con extrema dureza ese tipo de cosas.

No tardó en llegar al edificio en que trabajaba. Era una firma de consultoría local dedicada al asesoramiento contable, fiscal y laboral a pequeñas y medianas empresas. Tenía que terminar un informe rutinario esa misma mañana, pero le costó concentrarse en la tarea. Seguía recordando las palabras exultantes del noticiario. Y dando vueltas a las paradojas que tras ellas subyacían. Porque era verdad que por fin se estaban consiguiendo avances perceptibles contra el cambio climático. Aunque el retraso de décadas en la puesta en marcha de actuaciones contundentes había impedido evitar el aumento de temperatura y los muy graves trastornos consecuentes (inundaciones, incendios, desertificación, subida del nivel del mar, desaparición de zonas costeras —e incluso de islas enteras—, alteraciones graves en los sistemas agrarios y forestales...), finalmente los gobiernos de los países más importantes —y de mayor

incidencia climática— habían afrontado con firmeza un problema que había llegado a desafiar la propia supervivencia de la civilización. Pero en última instancia se había conseguido: si no ganar la batalla, sí al menos contener sus peores consecuencias. Aunque de una forma muy distinta a como siempre habían pensado quienes, como ella, estaban comprometidos con el ecologismo... En fin, tenía que terminar el dichoso informe.

Apenas llegó a casa tras salir de la oficina, se enfrascó en otro documento muy diferente. Era algo en lo que venía trabajando desde hacía tiempo y que mantuvo en secreto durante más de cinco meses: hasta la reunión de la célula que ella misma había convocado el 12 de julio para presentar una primera versión.

2. No eran más que cuatro: aparte de Elena, otra chica —enfermera—, un profesor de enseñanza media y un periodista. Todos treintañeros. La reunión se celebró en la pequeña casa de Elena y, como siempre, tuvieron que tomar las máximas precauciones, llegando por separado y dando complicados rodeos. Lo que exigía dedicar a los prolegómenos casi más tiempo que a la reunión en sí. El tema central de ese día era el informe de Elena: el guion del proceso que, a lo largo de los últimos veinte años, había conducido a la situación actual. Un proyecto que les había encargado su organización —en realidad, no más de un centenar de personas en algunas ciudades del

país, con conexiones exiguas con otros tres grupos extranjeros de similar dimensión—. Su relevancia y capacidad de influencia en la opinión pública eran mínimas, siendo optimistas, pero no querían dejar de perseverar en el intento —seguramente vano— de alentar el surgimiento de una oposición mayor al autoritarismo reinante, tanto en el país como en el resto del mundo. Y pensaban que un elemento esencial era recordar a esa opinión pública —siempre acomodaticia y olvidadiza en ausencia de penurias económicas agudas— las razones del orden imperante y las implicaciones que de él derivaban: tan graves que solo el miedo y una omnipresente política de desvirtuación de la realidad podían —en la opinión del grupo— explicar la parálisis social frente a él.

3. De acuerdo con el encargo que había asumido, Elena fue esa tarde la responsable de sintetizar los principales hitos de la desdichada historia que trataban de recuperar. Había estado documentándose para ello durante meses, en una búsqueda laberíntica por medio de la que —primero a través de conocidos, que a su vez la fueron facilitando otros contactos seguros— pudo ir reuniendo registros —conservados arriesgando la libertad y la vida de quienes los guardaban— de lo que había venido sucediendo en la realidad a lo largo de las últimas dos décadas. Con ellos y con su propia experiencia y sus recuerdos, pudo ir hilvanando los jalones de su relato. También habían trabajado en el tema los tres restantes

compañeros, que aportaron los datos que habían podido reunir. Eran fragmentarios y frecuentemente inconexos, pero la información de Elena posibilitó ir integrándolos en un relato coherente.

Fue a finales de la década de 2030 cuando el mundo empezó a deslizarse por la tenebrosa pendiente que había conducido a la situación actual. Aunque las ideas fundamentales se venían germinando en muchos sectores desde tiempo atrás, fue entonces cuando se produjeron los primeros contactos para la puesta en marcha del plan que configuró el futuro: en una primera instancia, entre determinados sectores del estamento político estadounidense —no solo ultraconservadores— y los primeros directivos de algunas de las mayores corporaciones transnacionales. En un par de años se llegó a un acuerdo de base, que se extendió con rapidez a otras grandes empresas y a los partidos conservadores y de extrema derecha de los principales países del resto del mundo: en buena medida, al calor del agravamiento de los problemas sanitarios y, más aún, sociales y económicos, derivados del propio cambio climático, del deterioro ambiental y de recursos naturales y de los problemas paralelos que provocaba el aumento exponencial de la emigración de los países más pobres. Fenómenos todos que habían acabado desatando múltiples crisis e incluso conflictos bélicos de envergadura: ciertamente, en la periferia del mundo rico, pero las posibilidades de contagio en ese mundo no habían hecho más que aumentar durante esa década. Por

mucho que se quisiera negar, un apocalipsis incommensurable era ya un riesgo no solo posible, sino más que probable.

La aplicación de esas ideas en la práctica no fue fácil. Ante todo, porque no eran los mismos los intereses de todas las partes interesadas. Y mucho menos compatibles eran los de los países y sectores que tenían menos que perder. Surgieron, por eso, notables dificultades y reacciones en contra. Pero lo que acabó llamándose «Nueva Política de Sostenibilidad y de Paz» se fue imponiendo con innegable rapidez, resultado de la decisión y de los medios que corporaciones y sectores políticos pusieron en el empeño. Nunca hasta entonces se había podido plasmar en la historia de la humanidad una voluntad y un acuerdo semejantes: quizás porque nunca los peligros habían sido tan perentorios. Ciertamente, el cambio climático, añadido al inocultable agotamiento de recursos naturales básicos, estaban poniendo en riesgo de supervivencia límite a la humanidad, al tiempo que la inmigración masiva provocaba dificultades económicas y sociales indudablemente serias a considerables capas de la población y un miedo —seguramente poco racional— a la pérdida de identidad cultural y racial en un próximo futuro.

Así las cosas, las ideas propicias a esa Nueva Política fueron alcanzando rauda acogida no solo entre las élites de prácticamente todos los países, sino incluso también entre las mayorías sociales de los países más acomodados. Lo que sentó las bases para una

paulatina consolidación de gobiernos simpatizantes con el proyecto, que, liderados siempre por Estados Unidos y China, fueron llegando a acuerdos con las mayores multinacionales con un objetivo muy claro: afrontar radicalmente la posibilidad de un colapso general que ya resultaba innegable a través de una planificación estricta, consensuada con las grandes corporaciones, para limitar la producción y la competencia entre empresas y países mediante repartos estrictos de los diferentes mercados, de forma que se garantizaran niveles de beneficios adecuados para todos los firmantes.

4. El relato, aunque les abría a facetas desconocidas, casaba bien con las intuiciones y los recuerdos de los cuatro. Y estaban de acuerdo en el diagnóstico: la historia real se había ocultado y distorsionado porque ese acuerdo internacional que inauguraba una nueva etapa supuso un cambio trascendental en el devenir del mundo; una radical reorientación del modelo socioeconómico que suponía un indudable freno del crecimiento. Algo que parecía absolutamente incompatible con el capitalismo. Pero el capitalismo casi todo lo digiere: tuvo que ser aceptado por las grandes empresas por la gravedad decisiva, y cada día más patente, de los problemas que incluso para ellas suponía el desbocado desastre climático, ambiental y de recursos básicos. Las fuertes confrontaciones bélicas desarrolladas en Asia, América Latina y África en los años 40 supusieron la última señal de alarma,

que las mayores empresas, las élites económicas y los principales Estados ya no pudieron eludir.

La solución no fue de ninguna forma fácil, y no dejó de plantear conflictos agudos entre países, pero finalmente se impuso: un nuevo sistema de capitalismo controlado (en cierta medida, cercano al capitalismo monitorizado por el Estado de China, lo que facilitó su resuelta defensa del proyecto), que se fue progresivamente asentando y que fue posible gracias a la aceptación por las mayores fortunas y las mayores empresas de lo que asumieron como mal menor: la imposición de límites a la persecución de las ganancias siempre crecientes —que estaba en la esencia de su naturaleza— merced al establecimiento pactado de formas alternativas de asegurar un beneficio tolerable. En esencia, endurecimiento drástico de las condiciones laborales y salariales, recortes severos del gasto público social y situación cada vez más negativa para la mayoría de las empresas fuera del ámbito de los acuerdos (fundamentalmente, las pequeñas y medianas empresas, sobre todo, las desvinculadas de las cadenas de valor de las muy grandes). Naturalmente, eso implicaba inevitablemente la contestación social de los sectores perjudicados, pero cuando empezó a adquirir consistencia fue demasiado tarde: en un momento en que las mayorías parlamentarias y los gobiernos favorables a la Nueva Política estaban ya suficientemente asentados como para imponer una represión cada vez mayor, en el marco de un rápido deslizamiento hacia regímenes

cada día más desprejuiciadamente autoritarios. Regímenes, además, que no tuvieron más remedio que integrarse en el marco de un acuerdo internacional basado en líneas de actuación comunes: un nuevo orden mundial para esa Nueva Política.

De forma tal que en la mayoría de los países de renta alta y media se produjeron casi simultáneamente experiencias parecidas: aplastamiento sin concesiones de la oposición política y del movimiento sindical, severa reducción general de la libertad y establecimiento de regímenes de control policial cada día mayor, lo que se completó con un monopolio absoluto de los medios de comunicación y de los sistemas de creación y difusión cultural. Monopolio que dio paso a una manipulación sistemática de la información que resultó esencial para la aceptación y legitimación de los nuevos tiempos e incluso para una considerable adhesión de la población de los países ricos. Todo en el marco de un sedicente discurso pretendidamente ecologista. El cambio de pérdida de libertad y de reducción de los niveles de ingresos y consumo en los sectores mayoritarios por la contrapartida de tranquilidad y de orden y del mantenimiento de una cierta calidad de vida fue mucho más fácil de lo que se habría podido pensar. De esta forma, los focos iniciales de crítica fueron rápidamente aplastados.

Adicionalmente, esta batalla contra el deterioro ambiental requirió también afrontar paralelamente otro fenómeno que las élites entendieron como

corresponsable de ese deterioro: el crecimiento demográfico de zonas de Asia y, sobre todo, de África. Un crecimiento que, si bien se estaba moderando claramente ya a finales de los años 40, había conducido a un volumen de población en esas zonas que estaba poniendo en peligro la adecuada explotación de sus recursos naturales y el estilo de vida de los países más desarrollados, en el contexto —en absoluto espontáneo— de la generalización de un pánico a la inmigración desde los países pobres que contribuyó decisivamente a la muy amplia aceptación en los ricos de la solución autoritaria. En este ámbito, la actuación fue todavía mucho más contundente: una política de exterminio masivo de la población considerada excesiva —o, más bien, sobrante—. La información —escasísima, sesgada y controlada en todos los casos— fue particularmente exigua en este. De hecho, Elena solo tenía alguna pista de la realidad —mucho más terrible de lo que suponía— por las confidencias de una amiga portuguesa, que había tenido noticias de lo que había sucedido en Ruanda gracias a unos pocos correos electrónicos que había recibido de un médico amigo suyo cooperante allí.

5. Esa era toda la información que habían podido reunir. Solo les quedaba dar una forma más acabada al relato, reproducirlo por los medios artesanales que utilizaban —trasnochados en el tiempo de tecnología avanzada en el que vivían, pero los únicos medianamente seguros frente a los sistemas de detección del

Gobierno— y tratar de difundirlo todo lo que pudieran —siempre muy poco y con eficacia más que dudosa—. No era mucho, pero era lo que podían hacer: y no querían dejar de hacerlo. Era importante —pensaban quizás ingenuamente— que se conservara un vestigio de la historia real —aunque fuera tan parcial como el que habían conseguido reconstruir—: que se conservara un mínimo inventario. Porque sin él no sería posible nunca abrir un hueco a la esperanza, a la posibilidad de que la sociedad reaccionara frente a la noche negra en que vivía.

Era ya muy tarde. Recogieron la habitación, escondieron —como siempre hacían— los papeles y USB que contenían la documentación que habían utilizado en la reunión y se prepararon para iniciar el complejo proceso de salidas habitual: de uno en uno y dejando un considerable margen de tiempo entre cada cual. Ni siquiera Elena se quedaría en el piso. Por seguridad, nunca permanecía nadie en los lugares donde se mantenían las reuniones. Esa noche dormiría en casa de sus padres.

6. La policía esperaba desde hacía tiempo en el portal. Esa fue la última reunión del grupo. Pero, pese a la exhaustiva búsqueda y las presiones a los detenidos, los agentes no pudieron encontrar la documentación escondida. Todo lo anterior lo he podido transcribir cuando —al tratar de reparar el piso que acababa de alquilar— la encontré por pura casualidad mucho tiempo después, minuciosamente escondida

bajo una de las baldosas del cuarto de baño. No puedo negar que me asustó, pero no quise destruirla. Al contrario, añadí esta nota, redactada en base a lo que la documentación recogía y guardé todo casi en el mismo sitio, bajo el nuevo suelo que instalé.



Vivir plácidamente

1. La alarma del reloj extraplano inserto en su muñeca izquierda sonó puntual: eran las siete de la mañana de un tórrido 7 de marzo. No obstante, la habitación múltiple —dormitorio/salón/cocina— mantenía una temperatura perfecta. Pedro Ramos se levantó con el esfuerzo habitual —al despertar siempre se sentía desfondado—, pasó al diminuto cuarto de baño contiguo —una especie de armario, con lavabo, sanitario y ducha integrados en el mismo espacio, sobre un suelo permeable que hacía las veces de desagüe—, tomó el primer café del día —muy cargado— y la pastilla de la mañana, registrando la toma en el

pequeño móvil, que inmediatamente confirmó la recepción y que a continuación acopló a la muñeca. A los pocos minutos empezó a sentirse más despejado.

Al salir a la calle, sintió la usual bofetada de calor, pero la parada del autobús autónomo estaba muy cerca. No tuvo que esperar mucho: a esas horas, venía con mucha frecuencia. Y tuvo suerte: pese a la aglomeración normal, había sitio en el primero que llegó. Dentro se estaba bien: tanto el motor eléctrico como el aire acondicionado eran muy silenciosos, y el autobús, muy estable. Aunque su empresa estaba en la periferia de la ciudad —muy lejos de su casa—, no tardó demasiado en llegar: ya desde hacía tiempo se había conseguido una impecable regulación del tráfico, a lo que había contribuido poderosamente la casi ausencia de vehículos privados en horas punta y zonas de alta densidad circulatoria.

Tras pasar los rutinarios controles de seguridad —numerosos, pero casi imperceptibles, porque el sistema identificaba a cada persona autorizada a través de detectores automáticos que actuaban con la simple visualización de cada persona que llegaba a cada puesto de control—, entró en su lugar de trabajo. Era el Departamento de Innovación de la sede central de una empresa multinacional dedicada al diseño, confección y venta de moda femenina, pero con la producción física totalmente externalizada.

2. La empresa trabajaba con sistemas de Inteligencia Artificial (IA) muy avanzados, que proyectaban

la producción y venta mediante algoritmos que recogían multitud de variables (tendencias de la moda, precios y disponibilidad de los diferentes tejidos utilizables, problemas logísticos, condiciones de las empresas proveedoras, situación político-económica de los países donde se vendían y donde se fabricaban los productos, condiciones laborales de las empresas proveedoras y productoras y de las tiendas de venta de la empresa... y un largo etcétera). Eran un instrumento absolutamente imprescindible para la estrategia y buena marcha de la empresa, que, como todas, trataba permanentemente de optimizar la cuota de mercado que el Acuerdo Internacional de Sostenibilidad y de Paz le permitía.

Así las cosas, el trabajo de Pedro —ingeniero informático— consistía en el desarrollo y control de calidad de algoritmos de nuevos diseños de prendas exteriores de temporada. No era un trabajo intenso; todo lo contrario: los programas de IA utilizados incluían desde hacía años sistemas de aprendizaje autónomo. De esta forma, iban aumentando su capacidad de trabajo gracias a su propio autoaprendizaje. Por ello, el papel humano del Departamento estaba perdiendo rápidamente entidad, porque los programas eran cada día más competentes por sí solos en el desarrollo de nuevos algoritmos más eficientes. No es de extrañar, por tanto, que paulatinamente fueran haciendo falta menos personas en el departamento y que el trabajo de las que permanecían —caso de Pedro— se concentrara progresivamente en simples

labores de supervisión. Una supervisión, por otra parte, también progresivamente innecesaria, porque aumentaba muy deprisa la capacidad de los programas de controlar su propio funcionamiento e incluso de evaluar sus resultados. La labor de Pedro y de sus colegas, en consecuencia, se iba haciendo gradualmente menos creativa y más pautada por los propios programas. De hecho, eran ellos, los programas, los que iban asumiendo paulatinamente el control del trabajo de las personas del Departamento.

Se trataba de una tendencia de ninguna forma exclusiva de la empresa, sino cada día más generalizada en la mayor parte de la actividad económica —y desde luego, en la más productiva y puntera—. No obstante, era algo que no podía servirle de consuelo a Pedro, al que ese tipo de trabajo producía un aburrimiento, una apatía y una sensación de inutilidad que no paraban de aumentar. Lo vivía como un progresivo proceso de vaciamiento: algo que no sabía llenar con otras actividades. De hecho, no le era posible ya ocultarse a sí mismo un estado depresivo que duraba demasiado. Por eso, desde varios meses atrás acudía al centro médico de la empresa.

3. El primer día, una técnica sanitaria sorprendentemente simpática —la simpatía era por entonces una actitud muy poco frecuente—, y que en apariencia era la única persona que allí trabajaba, le hizo para empezar una larga serie de preguntas —que a él le pareció que rebasaban ampliamente el ámbito del

trabajo y de la salud en sentido estricto—, cuyas respuestas fue tecleando de forma simultánea en su ordenador. Seguidamente, le colocó en la cabeza un casquete con cables, procediendo a realizar lo que él interpretó como una especie de electroencefalograma, plasmado casi inmediatamente en un complejo diagrama. Como ella misma le indicó, el resultado de todo ello fue un diagnóstico y un tratamiento dictados por el programa médico de la empresa y que ella se limitaba a trasladarle: una situación de estrés depresivo, generadora de angustia y de abulia que era necesario combatir con una medicación que revitalizara su estado emocional y superara su malestar. Una terapia de tres pastillas al día, que era de seguimiento obligatorio para mantenerse en la empresa, con tomas que debería registrar puntualmente en una aplicación que la enfermera le descargó en su móvil y que tendría que ser revisada con controles mensuales en el propio centro médico.

Desde entonces, sin duda, soportaba menos penosamente su trabajo. Seguía sin entusiasmarle, pero no sentía ningún rechazo serio. Es verdad que no habían desaparecido el tedio, la apatía y la pérdida de autoestima anteriores, pero ya no eran tan intensos: quizás simplemente no sentía nada. Como tampoco experimentaba ningún interés por otras ocupaciones, ni siquiera como forma de llenar el ocio disponible. Cumplía su cometido y, en general, vivía sin trauma, sin congoja y sin emoción, como si no se sintiera muy concernido en lo que hacía. Y, eso sí, dormía mucho

más que antes —lo que no evitaba que le costase enormemente levantarse cada mañana—.

Por otra parte, y ese era su único motivo de aliento por entonces, las visitas al centro médico le resultaban cada vez más reconfortantes: no tanto por el tratamiento —que no dejaba de estar impartido por un ente cibernético—, sino por Luisa, la persona que lo atendía —o que le servía de mediadora con el programa médico—. Si en la primera visita le pareció encantadora, la impresión no había hecho más que fortalecerse —y mucho— en las siguientes: aunque se limitara a una función de traslación de lo que el programa dictaminaba, su empatía se había convertido para él en el único refugio consolador para su soledad y su desidia. Esa —pensaba—, y no las pastillas, era la verdadera terapia que necesitaba. Pero, lamentablemente, la dosis era demasiado insuficiente; y no se atrevía a proponer un incremento —que, por otra parte, habría estado rigurosamente prohibido por la política de la empresa—.

4. Aquel día, sin embargo, el panorama cambió considerablemente. A primera hora tenía que efectuar el control cotidiano de los desarrollos realizados en la jornada anterior. Normalmente, se ceñía a comprobar los nuevos modelos proyectados, que anexaban todas las especificaciones técnicas que los respaldaban y todos los argumentos —en términos de moda, económicos y logísticos— que los justificaban. Y normalmente también se limitaba a introducir

algún comentario o plantear alguna duda menor, porque las propuestas eran cada vez más consistentes. Pero ese día ni siquiera pudo hacer algo de ese tipo: el programa le negó el acceso, rechazando su competencia para cualquier actuación al respecto. Hizo inmediatamente varios intentos para saber si se trataba de un fallo informático, pero pronto comprobó que el programa funcionaba perfectamente: simplemente había llegado a la conclusión de que su supervisión era inútil o disfuncional.

Su sorpresa y su indignación, pese a la atonía emocional producida por su medicación y pese a que su trabajo no le resultara en absoluto gratificante, fueron mayúsculas. El sistema le decía que sobraba: era una especie de descalificación personal. Inmediatamente pensó comunicárselo a su superior, pero no hizo falta: antes de poder hacerlo, recibió un mensaje suyo en el móvil indicando que el programa había notificado el problema y que, a la vista de las circunstancias, quedaba temporalmente relevado de su puesto, a la espera de que el departamento de Recursos Humanos tomara una decisión sobre su situación en la empresa.

La notificación oficial no tardó en llegarle ni treinta minutos. En realidad, era un procedimiento que —como prácticamente todos— estaba automatizado. Recursos Humanos había recibido del sistema informático la aclaración de que la supervisión humana en el programa con el que trabajaba Pedro no era totalmente superflua, sino que se trataba de que el programa consideraba que Pedro —en base a los

datos personales y profesionales de que disponía el sistema— no era el técnico adecuado para ejercerla debido a lo que calificó de «ausencia de suficiente sintonía con su cometido», razón por la que había decidido impedir su intervención. Era un juicio que Recursos Humanos juzgaba totalmente objetivo y que no podía poner en discusión, por lo que, en función también del diagnóstico médico de su estado anímico, no tenía más remedio que ofrecerle un tratamiento terapéutico más radical o suspender definitivamente la relación laboral.

5. Es esta la razón de que Pedro —inducido a una indolencia que le impelía a una obediencia en absoluto entusiasta, pero que le impedía plantearse otras alternativas— volviera al día siguiente al centro médico laboral. Pese a su estado de ánimo, ver de nuevo a Luisa —su gesto acogedor, su mirada cálida, su sonrisa...— le resultó reconfortante. Pero su tono cambió sustancialmente en el momento en que Pedro le explicó el motivo de su visita.

—Debes saber¹ —le dijo con indisimulable desazón— que el tratamiento que te prescriben te expone a amenazas considerables, y me arriesgo mucho al comentártelo: es una especie de nueva lobotomía que modificaría sensiblemente tu comportamiento

1. La transcripción de los diálogos es una aproximación a la que el autor de estas líneas ha dado una forma imaginada en función de la documentación que llegó a su poder mucho tiempo después.

y tu carácter. Aunque es un procedimiento todavía en experimentación en la empresa, ya se ha efectuado en varios casos. Y tengo constancia de los resultados. De tener éxito, creo que te reduciría a un ser totalmente condicionado por los criterios de la empresa: aparentemente, más satisfecho con tu trabajo e incluso con tu vida, quizás hasta superficialmente feliz; pero también más sumiso, más complaciente y más pasivo; y menos autónomo y menos consciente de ti y de tu identidad. Así que, de verdad, te recomiendo que no lo aceptes.

Ante el asombro de Pedro, continuó:

—Y ten en cuenta que esto que te digo está poniendo en peligro mi trabajo, y seguramente mucho más. Pero no puedo ocultártelo porque me indigna lo que —a ti y a muchos otros— os están haciendo. Me siento profundamente mal conmigo misma por no haberlo hecho antes, pero si te lo digo ahora es porque ya tengo indicios consistentes de lo que ha sucedido con las otras personas de la empresa que se han sometido a la terapia. Y porque la indignación y la pena son mayores que el miedo, que claro que tengo. Y seguramente también porque ya no eres uno más: has tenido que venir a este centro muchas más veces que nadie, y he podido conocerte y llegado a apreciarte a lo largo de tantas visitas y tantas preguntas y respuestas. Y no quiero verte convertido en un estúpido zombi viviente. Eso —añadió— si la intervención tuviera éxito, Si no lo tuviera, podrías quedarte en el quirófano o,

peor aún, lisiado de por vida con problemas muy graves de comunicación, de movilidad e incluso de capacidad mental: paralítico, mudo y deficiente para siempre. Arrinconado en algún infecto almacén de inútiles y probablemente condenado al exterminio legal más pronto que tarde.

—Desde luego —comentó un desolado Pedro, al que casi no le salían las palabras, atónito, desarbolado y totalmente bloqueado ante lo que estaba oyendo—, prefiero entonces rechazar el tratamiento, aunque me quede en el paro. ¿Pero puedo rehusar?

—Si te soy sincera —respondió apesadumbrada Luisa—, no puedo ocultarte, y lo lamento, que te podría producir también contratiempos muy serios. Y me temo mucho que podrían no limitarse a la pérdida de tu trabajo. Tengo indicios cada vez más sólidos de que el rechazo al tratamiento no está de ninguna forma bien visto ni por la empresa ni por el Gobierno. De hecho, estoy convencida —aunque no tengo todavía pruebas— de que es un proyecto acordado entre el Ministerio de Trabajo y varias grandes corporaciones que —como esta— también están empezando a ensayarlo.

—Pero ¿cómo puedes saber todo esto? —preguntó Pedro.

—Porque —contestó ella con una sonrisa triste— formo parte de un grupo que quiere combatir, a través de la información y la denuncia, el régimen y la forma de vida a la que estamos sometidos. Es minúsculo y con recursos mínimos, pero —y no lo digo

por mí— está formado por gente ilusionada, activa y valiente. De la que ya queda muy poca. Casi todos jóvenes. Y con algunas conexiones —aunque débiles y esporádicas— con grupos similares —y también muy pequeños— de unos pocos países europeos que se plantean objetivos parecidos.

»En nuestro caso —continuó—, nos preocupan mucho algunas prácticas de las grandes empresas, que actúan de acuerdo con los gobiernos y que son esenciales para garantizar la estabilidad del sistema en que vivimos. Por eso precisamente entré a trabajar en esta empresa. Gracias a mi buen currículum de enfermera, conseguí aprobar una convocatoria para técnica en su centro médico. No es un trabajo maravilloso, aunque no está mal pagado. Como ya sabes tú, ni siquiera ejerzo como una verdadera enfermera: me limito a intermediar entre los profesionales que venís al centro por algún problema de salud y los programas informáticos, que son los que dictaminan diagnósticos y prescriben tratamientos. Realmente, es un trabajo prescindible, lo que no creo que tarde en suceder: podría sustituirse fácilmente por un buen sistema de comunicación entre los pacientes y los programas, e incluso por un robot avanzado. Pero de momento, parece que la empresa considera preferible mantener una cierta mediación humana.

»Seguramente, es poco útil en términos económicos para la empresa —siguió contando—, pero lo es mucho como fuente de información para nosotros.

Todo lo que aquí voy conociendo me permite suministrar datos y experiencias fundamentales sobre las formas en que la empresa condiciona el comportamiento laboral de los empleados y su actitud ante el trabajo y, en general, la vida. Una documentación de mucho valor para la realización de un informe con el que el grupo quiere denunciar y llamar la atención de la opinión pública sobre aspectos esenciales de la política gubernamental y empresarial. Para lo que necesitamos formas de comunicación eficaces, que todavía no tenemos. Porque intentar acceder a los medios de comunicación es inútil, por el absoluto control político-corporativo sobre ellos.

»Pero tampoco quiero ocultarte —continuó Luisa— que la supervivencia del grupo es cada día más difícil, porque sabemos que la policía cultural nos acosa y probablemente acabará detectándonos. Sin duda, estamos en peligro: cada día más. Y yo de una forma muy especial, porque mi trabajo aquí puede estar dejando demasiadas pistas. Pero no puedo abandonarlo por ahora: nunca habíamos conseguido una infiltración tan productiva.

»Te digo todo esto para que seas consciente del riesgo que asumes rechazando la intervención. Es una decisión que te puede acarrear contratiempos graves: en la medida en que el tratamiento está apoyado por el Gobierno, no creo que las negativas a recibirlo sean aceptables sin más. Estoy convencida de que te generaría problemas. Por eso —concluyó su larga disertación—, me atrevo a pensar que tu mejor

opción sería intentar desaparecer de la circulación. Por descontado, no es fácil, pero nuestro grupo te podría ayudar, procurándote medios de subsistencia, un lugar donde esconderte y una identidad falsa. Lo que no dejaría de ser muy inseguro. La alternativa puede ser que la policía te detenga en cuanto tenga noticia —que tendría inmediatamente, puedes estar seguro— de que desestimas el tratamiento. Pero, como te puedes imaginar, nuestra ayuda te exigiría una contrapartida: comprometerte a una absoluta confidencialidad y a colaborar con el grupo en las tareas que se te encomendasen.

6. Así fue como Pedro se convirtió en militante antisistema. Porque no quiso que lo convirtieran en un autómatas. Y, sin duda, también —¿o quizás más?— por Luisa. Ciertamente, se adhirió sin convicción profunda: no tenía opción mejor. Pero nunca se arrepintió. Además, su estado de ánimo mejoró paulatina pero rotundamente al dejar de tomar las pastillas, recuperando la sensación de ser él mismo que había olvidado desde largo tiempo atrás.

La célula a la que pertenecía Luisa (ella y otras tres personas también en torno a la treintena) lo acogió sin ningún resquemor: por la confianza que todos tenían en ella. Y no tardaron en simpatizar. Pedro incluso descubrió con cierta rapidez que sintonizaba con sus ideas, aunque eso no se produjo hasta unos días después de que —como Luisa le aconsejó— dejara de tomar las pastillas.

Desde el primer día —aunque siempre de forma provisional— su alojamiento fue una cama mueble en la habitación de Miguel, el más joven del grupo: un animoso y siempre sonriente profesor de Física de bachillerato de un instituto público de las afueras de la ciudad. Enseguida sintonizaron perfectamente, en parte por los varios intereses —la astronomía, la historia de la ciencia, la novela, el cine, el jazz... — que compartían, y que Pedro fue redescubriendo rápidamente a medida que dejaba su dependencia farmacológica.

Dada su formación, le encargaron como primera colaboración con el grupo la búsqueda de información a través de Internet y de las aplicaciones de IA disponibles sobre todo lo sucedido en el mundo a lo largo de las últimas décadas que pudiera ser útil para la elaboración de un largo informe que estaban elaborando —y que tenían ya muy avanzado— sobre las razones que habían conducido al orden nacional y mundial actuales. Para ellos, era una auténtica misión política: revelar a la sociedad las distorsiones de la historia oficial, que era la única permitida. La primera tarea de Pedro para su nueva labor consistió en desarrollar procedimientos de enrutamiento —a través de varios VPN simultáneos— para la navegación y la consulta que impidieran —o al menos, dificultaran— que el Gobierno detectase su identidad. Algo a lo que se dedicó con una pasión y una imaginación que no recordaba desde mucho tiempo atrás. Y —llegó a pensar— con un éxito considerable.

Pero no se integró en otras actividades del grupo ni en las reuniones colectivas de trabajo que mantenían. Y mucho menos en lo que llamaban operaciones de difusión directa: pegada de carteles o, sobre todo, lanzamiento de octavillas —desconfiaban de los medios de difusión digitales—. Todo en cantidades muy reducidas y en lugares absurdamente poco frecuentados. Seguramente, la eficacia era mínima, pero así minimizaban el peligro de ser detenidos.

7. Colaboró en esa tarea durante poco más de tres meses. Y con rapidez fue aumentando su estima por sus nuevos compañeros y su compenetración con ellos: por su forma de pensar, ciertamente, pero más aún por sus personalidades: todas diferentes, pero con indudables rasgos comunes. Por mucho que le parecieran unos idealistas no poco ingenuos, los cuatro eran vitales, generosos y —eso pronto lo percibió— profundamente honestos: o más todavía, esencialmente buenos. Y lo que más le sobrecogió: muy valientes; quizás demasiado; desde luego, mucho más que él, que nunca llegó a superar un miedo cerval a que los detuvieran.

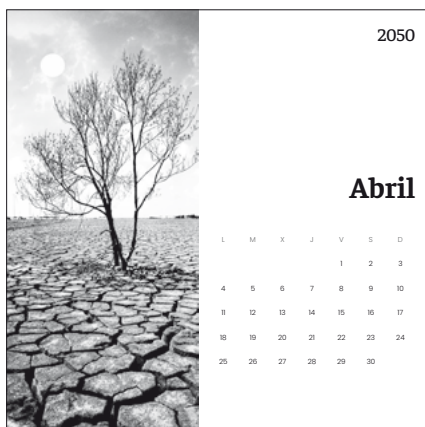
Su trato más cotidiano, claro está, era con Miguel —con el que compartía cena, habitación y largas conversaciones cada noche— y —menos frecuentemente, pero mucho más fervientemente— con Luisa, cuya compañía —siempre fugaz— anhelaba más cada día y que se fue convirtiendo en su secreta razón de ser. Ni ella lo pretendió ni él se lo llegó a decir,

aunque es difícil que la perspicacia de ella no lo intuyera. No solo hablaban del trabajo y de política: cada vez más, de temas mucho más personales. Como una forma de conocimiento mutuo que a los dos gustaba, pero que a Pedro —cada día más— arrebatava.

La última vez que la vio fue a primera hora de una sofocante tarde de mediados de julio. Luisa tenía que ir a una reunión de la célula, por lo que pasó por su habitación para recoger documentación que Pedro había ido reuniendo a lo largo de la última semana. La responsable del tema que tenían que tratar esa tarde era Elena —la otra compañera de la célula—, pero Pedro había insistido en que había conseguido datos de mucho interés.

La actividad que desplegaban era realmente modesta, muy poco llamativa y seguramente aún menos productiva: solo eran cuatro jóvenes indignados, sencillos y —como Pedro pensaba— candorosamente ingenuos. Pero no había pasado desapercibida a la omnipresente policía cultural. Que quizás, precisamente —pensó después Pedro—, los venía siguiendo porque pudiera haber tenido noticia de la conversación que en el centro médico mantuvo con Luisa meses atrás, que no es extraño que quedara recogida en algún registro de la empresa. O puede que las meticulosas precauciones de las búsquedas digitales de Pedro no fueran suficientes. Probablemente fue por todo. La policía les estaba esperando a la salida de aquella reunión. No se volvió a saber de ellos.

Esa misma noche, Pedro, al no volver Miguel a la habitación, y como tenían acordado, abandonó su alojamiento: solo recogió sus documentos identificatorios, una tarjeta bancaria monedero que mantenían para posibles situaciones de emergencia, su mini-portátil y la llave del piso donde se reunían habitualmente, que Miguel le había dicho que guardaba por seguridad. Pasó la noche oculto en una zona de vegetación relativamente densa —aunque enfermita, como toda la que quedaba— del mayor parque de la ciudad, sin dormir ni un segundo, inquieto y aterrorizado. A la mañana siguiente se acercó al edificio donde sabía que se había reunido el grupo la tarde anterior. Se aseguró durante horas de que no había vigilancia, y cuando tuvo la constancia suficiente, subió al piso que le había indicado Miguel. Utilizó la llave y entró con el mayor sigilo posible. No había nadie, aunque todo estaba revuelto, el sofá y la cama destripados y algunos lugares de la pared y el suelo destrozados. Pero milagrosamente no habían encontrado el escondrijo donde le habían dicho que ocultaban la documentación en la que trabajaban. Allí estaba: un pequeño USB, oculto bajo una baldosa. Pasó un par de horas escribiendo en el portátil cómo habían transcurrido sus últimos meses y su relación con el grupo, pasándolo inmediatamente al USB. Luego volvió a esconderlo y recolocó la baldosa. Es la última noticia de Pedro Ramos.



Una profesional brillante

I. Ya casi oscurecía en la estrecha senda que serpenteaba entre la frondosidad del bosque. Ángela Estrada volvía a casa de la larga caminata de todas las tardes. Como siempre, andaba despacio, haciendo del paseo, ante todo, una ayuda para la reflexión. Pero era, como siempre también, una reflexión repetitiva: un bucle asfixiante del que no conseguía escapar y que la hundía en una amargura cada vez más profunda.

Ya estaba cerca: en cuanto el sendero se ensanchó y se redujo la espesura, divisó la torre de la iglesia. Enseguida aparecieron las primeras casas —extrañamente blancas, más propias del sur del país que del

agreste noroeste de Zamora—. No tardó en llegar a la suya. Ribadelago era un pueblo muy pequeño. Eso, junto a su alejamiento de concentraciones urbanas, es lo que más la atrajo de él. Además, claro, de sus montes y bosques —todavía relativamente indemnes de la devastación del progreso— y de la proximidad del gran lago, más dañado por el turismo y por el cambio climático, pero aún espléndido en días de poca afluencia. Un lago que Ángela no se cansaba de contemplar al anochecer.

La casa era una de las construidas tras el desastre provocado a finales de los años 50 del siglo pasado por la rotura de una presa que arrasó el pueblo primigenio. Había sido ampliamente restaurada al menos dos veces, porque la construcción original era de muy mala calidad. Cuando la ocupó Ángela, era más confortable, aparte de que con la escasez de lluvia y la ausencia absoluta de nieve —antes tan frecuente y copiosa allí— habían desaparecido los problemas derivados de la mala impermeabilización. Aún así, seguía siendo una vivienda muy modesta y pequeña. Pero óptima para el tipo de vida que ella quería: una vida solitaria y retraída. Sus contactos se limitaban a los comerciantes del pueblo para las compras cotidianas, que prefería hacer directamente y pagar con dinero físico. Era algo que constituía una excentricidad extemporánea y cada vez más difícil, incluso en un lugar tan apartado, pero quería evitar todo lo posible las formas de pago digitales.

Por otra parte, la zona y la casa eran también muy adecuadas para sus ingresos, que le permitían solo vivir con sencillez. No necesitaba más: podía pasear, leer, pensar y, sobre todo, escribir. Esa era su ocupación fundamental: escribía mucho, tachando y reconstruyendo obsesivamente lo escrito previamente, de forma que no pasaba de tener unas decenas de páginas que diera por terminadas. Era una especie de diario monotemático de los últimos años de su vida laboral. Aunque sabía que no tenía ningún valor literario, era el único remedio que había encontrado para, si no aplacar, asumir mejor el dolor de sus recuerdos.

2. Eran recuerdos que se remontaban a ocho años atrás, a comienzos de los años cuarenta. Por entonces ella era una rutilante analista de un fondo de inversión especializado en materias primas. Economista y ya rondando la cuarentena, había ascendido recientemente al cargo de directora del área de productos agrarios: la culminación por el momento de su carrera profesional. No era fácil conseguir mucho más en la empresa, pero pretendía aprovechar al máximo las posibilidades de desarrollo profesional y las considerables retribuciones que el puesto propiciaba, y que dependían en medida decisiva de su contribución a los beneficios del fondo.

Sin duda, era una adicta al trabajo, en torno al que giraba lo esencial de su tiempo. Pero disfrutaba también del estilo de vida que sus ingresos permitían:

un apartamento no muy grande pero suntuoso en el mejor barrio de Madrid, coches de alta gama que cambiaba con frecuencia, cenas casi a diario en los mejores restaurantes... Su soledad, por otra parte, era para ella un requisito para su vida profesional: tenía muchas amistades superficiales, pero no quería por el momento compromisos sentimentales que la ataran, aunque no desechara relaciones puntuales. Era el prototipo de una profesional brillante del segmento puntero del sector financiero: una selva ultracompetitiva que no permitía ni contemplaciones ni descuidos ni nada que desviase de la concentración en el negocio.

A cargo de un par de analistas jóvenes, su trabajo consistía en comprar y vender productos de su área —o de activos financieros contruidos sobre ellos—, casi siempre de cosechas futuras: básicamente, cereales (trigo, maíz, cebada...), arroz, soja, café y cacao, operando con sistemas de compraventa de alta frecuencia, aplicados desde principios del siglo, pero muy perfeccionados en la época de trabajo de Ángela mediante sistemas de inteligencia artificial avanzados.² Ángela era la responsable de decidir —o más bien, de fijar— los niveles de precios a partir

2. Sistemas de ejecución automática por ordenador de transacciones de valores financieros dirigidas por algoritmos y efectuadas a velocidad supersónica, para aprovechar de forma casi instantánea precios de compra o de venta favorables, permitiendo así adelantarse en milésimas de segundo a los competidores, consiguiendo grandes beneficios en función de sumas operadas ingentes.

de los cuales empezaban a decidir directamente los programas automáticos: compras o ventas a futuro de grandes partidas de los productos de su área, es decir, millones de toneladas de productos, frecuentemente de cosechas todavía no realizadas, acordando con la contraparte una fecha futura y un precio determinado para la operación. Cantidades que el fondo no llegaba a detentar físicamente casi nunca: realmente, lo que se comerciaba no era tanto un producto concreto, sino contratos de compraventa sobre ese producto. Activos derivados contruidos en última instancia sobre los productos agrícolas que, a su vez, se compraban o vendían antes del momento acordado, tratando siempre de conseguir márgenes en los precios. Incluso habitualmente ni siquiera se acordaban compras o ventas, sino solo opciones: un derecho a comprar o vender por el que se pagaba un precio a la contraparte, realizándose realmente la operación solo si el precio de mercado en el momento era conveniente. Se trataba de anticipar cómo se iba a comportar el mercado y apostar por cuál sería el nivel de precios en el momento de la fecha de cierre de la operación. Por supuesto, se utilizaban muchas variables, que se incorporaban a los algoritmos con los que trabajaban las máquinas. Esa era su labor. Pero, en el fondo, más que análisis profundo, había mucho más de intuición y de apuesta. Ángela era plenamente consciente de que se trataba de especulación pura y dura, pero una especulación que tanto ella como los restantes agentes del mercado y muchos

teóricos justificaban por la liquidez que aportaban al mejor funcionamiento de esos mercados y que presuntamente contribuía a la optimización de la oferta de dichos productos y a una mejor satisfacción de la demanda. El mejor mecanismo de autorregulación posible. Y si no pensaban demasiado, podían tener la conciencia tranquila.

Era un trabajo absolutamente estresante, pero en el que Ángela disfrutaba. Para ella, un juego emocionante: se podía ganar o perder mucho, pero tenía el temple adecuado para soportar la tensión de sus decisiones, que no eran sino envites a futuro de resultado muy incierto —cuanto más riesgo, más ganancia—. Y le iba bien. Su área conseguía resultados muy positivos, lo que contribuía a los brillantes beneficios del fondo y a que su patrimonio creciera constantemente, con lo que aumentaba paralelamente el valor de las participaciones de los aportantes. Aportantes cuyo número e inversiones aumentaban paralelamente y a los que el fondo se presentaba de forma idílica como un agente financiero especializado en la obtención de beneficio a través de la estabilización de los mercados de productos primarios básicos y de la mejor satisfacción de las necesidades alimentarias mundiales. Lo que se traducía en ingresos considerablemente jugosos para Ángela. Todos felices.

3. En términos estrictos, no era un fenómeno nuevo: la conversión de los alimentos en activos financieros especulativos se remontaba a mucho tiempo

atrás. Tan lejos en el tiempo como en 2008, un periodista de uno de los más influyentes periódicos de su tiempo escribió que «la comida es el nuevo oro».³ Y el negocio, realmente, no había hecho más que empezar. El problema es que se trataba de una especulación enorme y aceleradamente creciente, en la que actuaba un inmenso volumen de dinero. Desde mucho antes, ciertamente, pero cada vez más, el valor de las operaciones en los mercados de futuros de productos agrarios era escandalosamente superior al valor de las cosechas (a comienzos de la década de 2040, más de un cien por cien de las operaciones en esos mercados eran puramente especulativas), de forma que cada unidad de producto se intercambiaba —virtualmente— decenas de veces antes de su utilización final. Así, los precios de los productos agrícolas dejaron mucho tiempo atrás de depender de la oferta y la demanda reales para estar totalmente condicionados por la dinámica de los mercados de futuros. Era un fenómeno que iba generando inevitablemente una demanda artificial muy superior a la oferta real de los productos de mayor especulación y que había venido provocando durante todo el siglo una aguda tendencia alcista en los precios de los productos agrarios básicos, pero que se aceleró intensamente

3. No conozco el nombre del periodista, pero el periódico era *The Washington Post*. La referencia procede del maravilloso —y estremecedor— libro de Martín Caparrós *El Hambre*, Anagrama, Barcelona, 2015.

desde la segunda mitad de la década de 2030. Una tendencia, de otro lado, que no dejaban de impulsar las grandes entidades especuladoras, interesadas siempre en vender más caro de lo que habían comprado —para lo que disponían de muchos recursos, desde el acaparamiento de productos para provocar escasez hasta la circulación de informaciones falsas o incluso la obstaculización de políticas contra desastres climáticos en las zonas productoras—. Una tendencia, además, que se vio profundamente agravada por las terribles consecuencias del propio cambio climático, que provocó la desertificación o la pérdida de fertilidad de muchas zonas de tradicional importancia en la producción agrícola. La suma de esos efectos fue generando un encarecimiento de precios agrícolas de una gravedad y una duración nunca conocidas hasta entonces, que se hizo insostenible para muchos países del sur —y sobre todo de África—, en la medida en que una elevada cuota de su población destinaba a la comida una altísima proporción de sus escasos ingresos. Algo que suponía simplemente hambre, un hambre atroz y persistente: la imposibilidad para grandes masas de población de adquirir los alimentos indispensables para su alimentación. Durante un tiempo, los gobiernos más afectados y los organismos internacionales de ayuda a la alimentación pudieron compensarlo a duras penas con subvenciones, pero llegó un momento, hacia finales de 2041, en que se hicieron manifiestamente insuficientes.

Una hambruna terrible se extendió en muchas zonas. Una aterradora epidemia de malnutrición que acabó generando conflictos sociales cada vez mayores, represiones durísimas en no pocos casos y, finalmente, un par de años después, una encarnizada guerra entre varios países del Sahel y del centro del continente africano por la posesión de tierras cultivables y de espacios que posibilitaran la provisión de agua. Las escaladas de precios supusieron, así, una terrible escalada de muertes. Una dinámica, sin embargo, que resultó una fuente adicional de negocio para las grandes entidades especuladoras, entre las que figuraba el fondo de inversión en el que trabajaba Ángela: cuanto más altos y volátiles los precios, más oportunidades para la intervención de intermediarios sagaces y más valor para los inversores últimos. Por ello, no es de extrañar que las mayores de estas entidades no dejaran de incentivar por muchas vías el conflicto bélico, al tiempo que acrecentaban su operativa. En los negocios —nunca mejor dicho— como en la guerra. Aparte de que la mayor parte de las operaciones —ya se ha dicho— era efectuada por los sistemas de alta frecuencia: y como los precios —en buena parte, fruto de los enfrentamientos— tenían fuertes oscilaciones puntuales, siempre en el marco de la tendencia general alcista, los sistemas automáticos detectaban posibilidades de plusvalías elevadas, con lo que el mercado de futuros agrarios acabó dominado por una espiral impersonal y enloquecida —inhumana en el sentido literal de la palabra— de operaciones y precios cada día mayores.

Fue una guerra asoladora, que duró más de un año. La locura de los gobiernos enfrentados, los intereses externos y el moderno armamento utilizado provocaron una mortandad superior a todo lo conocido durante el siglo. Además, acabó arrastrando a las principales potencias mundiales, bordeándose un enfrentamiento internacional que hubiera tenido consecuencias inconmensurables para toda la humanidad. Ese innegable peligro existencial fue la razón de que las grandes potencias ordenaran finalmente la paz, impuesta mediante una intervención militar internacional que actuó sin contemplaciones —y con no poco sufrimiento—. E incluso supuso el acicate para que dichas potencias se determinaran a encarar con decisión los mayores problemas del planeta e iniciaran las conversaciones que desembocarían unos años después en el gran replanteamiento del orden mundial que se publicitó como la «Nueva Política de Sostenibilidad y de Paz».

4. Ángela solo empezó a tomar conciencia de su papel en la tragedia cuando el número de muertes —por inanición y por la guerra— empezó a adquirir dimensiones insoportables incluso para ella. Tardó mucho, es indudable, pero su conciencia terminó estallando: no era una persona infame, únicamente tan inconsciente de las repercusiones de sus actos cotidianos como la inmensa mayoría. Fue en febrero de 2042. Ese día había cerrado una venta más que sustanciosa. Estaba cenando en su casa, sola, como de costumbre. Veía el noticiario

de televisión. Había visto y oído dramas parecidos muchas veces en los últimos meses, pero esa noche, a pesar de la suavización de las imágenes y de la narración que el control informativo imponía, algo se rompió en su interior.

Durante un par de meses trató de contener esa sensación, pero la vergüenza y la culpa y la rabia iban creciendo incontenibles. Pronto sus jefes advirtieron que su rendimiento caía, en paralelo a su desmoronamiento. Le recomendaron vacaciones y tratamiento terapéutico. De hecho, estaban acostumbrados a que el estrés pasara factura a los operadores. Pero nada sirvió de nada. Ángela acabó dimitiendo antes de que la despidieran.

El tiempo libre le permitió pensar más detenidamente, pero la meditación —continua, absorbente, asfixiante— no hizo sino aumentar su desfondamiento. Y su incompreensión de su irreflexiva conducta anterior durante tanto tiempo: una borrachera de adrenalina laboral, de dinero y de comodidad que la habían cegado, que le habían impedido valorar mínimamente las consecuencias de su trabajo. No era solo el malestar que puede producir la mala conciencia que todos podemos tener por contribuir con nuestra vida cotidiana al sostenimiento de un mundo radicalmente injusto. Era mucho más: ella había provocado directamente con su trabajo y con su persecución de éxitos profesionales el hambre, el dolor y la muerte de una cantidad de personas que ni siquiera se atrevía a estimar.

Era muy joven todavía para recibir una pensión por desempleo, a la que tampoco tenía derecho por haber renunciado voluntariamente a su puesto. Y tampoco se sentía con fuerzas para buscar otro tipo de trabajo. Aparte de que no sabía hacer otra cosa. Decidió por eso renunciar a todo: al trabajo y a su forma de vida anterior. Y buscar un sitio económico donde poder vivir únicamente de las rentas del patrimonio formado durante su etapa laboral, que, aunque apreciable, solo le permitiría una vida modesta. Recordaba un pequeño y recóndito pueblo de Zamora donde había pasado de niña unos días felices de vacaciones con sus padres: Ribadelago. Tomó una resolución rápida: hacer de inmediato un viaje breve para comprobar el estado actual del pueblo. Solo estuvo un día, pero no lo dudó: le pareció el refugio perfecto. Incluso tuvo tiempo para alquilar a un precio más que razonable una casa muy semejante a donde pasó aquel lejano mes de agosto familiar.

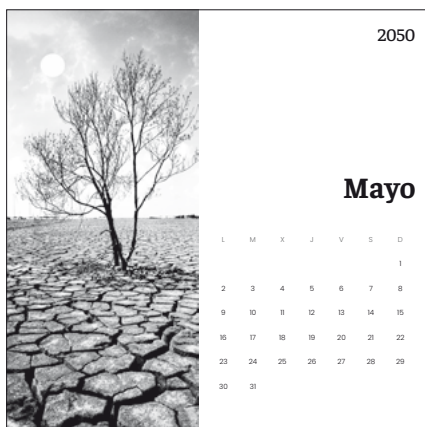
Y allí, en efecto, tuvo tiempo sobrado para lo que deseaba: estar sola, pasear, pensar, leer y escribir. Si bien de ninguna forma encontró la paz: tampoco lo pretendía. Su diario refleja una angustia profunda, una incesante lucha por encontrar las razones de su vida anterior, reconocer su culpa y dilucidar cómo purgarla: cómo redimirse, cómo perdonarse. Y lo que escribía cada día, al siguiente le parecía insuficiente y falso, exculpatorio. Simples palabras rebuscadas para justificar una vida injustificable. Y lo borraba para empezar de nuevo, para buscar palabras más

auténticas, más implacables, más esclarecedoras. Utilizando la escritura —torpe y repetitiva— como un tormentoso ejercicio de autoanálisis. Porque pensaba que sin entender bien las causas de su ceguera no podría recuperar la luz. No podría absolverse. Y no quería ni debía esconderse detrás de argumentos sociales y económicos: no era solo fruto de la lógica todopoderosa de un sistema diabólico. También, y para ella sobre todo, había sido responsabilidad suya. Y esa responsabilidad merecía un castigo: nunca había sido religiosa —¿quién lo era en su tiempo?—, pero sabía bien que no podía haber absolución sin penitencia.

Por supuesto, la muerte se le figuraba obsesivamente como la única expiación posible, verdadera. Y no hubiese sido extraño que terminara por consumir así su contrición desesperada. Pero no lo sabemos. Una tarde de abril de 2050 se produjo un pavoroso incendio en los montes del entorno. Se tardó días en controlarlo y más en apagarlo. La segunda tragedia de Ribadelago, lo calificaron los medios. A esa mañana de abril —¿qué cruel aquel abril!— corresponde el último texto del diario de Ángela: «No es posible el perdón, no es posible el amor, no es posible la vida para quien ha ignorado, para quien ha despreciado, para quien ha matado», rezaba la frase final.

Mucha gente de Ribadelago pereció en el incendio, y los supervivientes fueron alojados en diferentes poblaciones de la comarca mientras duró la segunda reconstrucción del pueblo. No hay indicios de cuál

de los dos fue el destino de Ángela. No queda de los últimos años de su existencia más testimonio que fragmentos muy deteriorados de su diario. Yo los encontré varios años después, en una caja metálica que los había preservado parcialmente, entre las ruinas calcinadas de una casa de Ribadelago. También pasando yo allí unos días de vacaciones. El pueblo era muy diferente a lo que se desprende del diario. Apenas quedaban restos de la primera reconstrucción y los bosques del entorno —tan acogedores para Ángela y tan lozanos todavía durante su estancia— estaban muy deteriorados. No obstante, lo aquí recogido es una fiel transcripción de lo que pude entender de las casi ilegibles páginas conservadas.



La justicia perfecta⁴

1. Desde luego, aquel no fue un día de suerte para mí. Llevaba unos meses —desde mediados de 2046— ofertando diversos productos por Internet a través de una web que me había ayudado a diseñar un colega del barrio: camisetas, zapatillas deportivas, sudaderas, gorras... cosas así. Todas muy chulas y muy baratas. Era mi ideario comercial: si el coste era muy bajo —suponía—, a nadie le compensaría presentar una denuncia al no recibirlas una vez

4. Texto encontrado en los archivos informáticos del Centro de Reeducación Cívica de Madrid tras su cierre definitivo en 2060.

pagadas. Chanchullos nada originales, pero en los que seguía habiendo gente que picaba. No sacaba mucho, pero ayudaba a complementar el ridículo ingreso que recibía mi madre cada mes como prestación básica social desde que la echaron de su trabajo —las máquinas limpiadoras eran mucho más económicas—. Era un trabajo de mierda, de asistenta en una residencia de mayores, pero perderlo fue para mi vieja una tragedia. Y mucho más cuando comprobó que, por mucho que lo intentara, no podría conseguir otro: gajes de tener cincuenta tacos, inmigrante y la piel más que oscura. Yo mismo había dejado de intentarlo hacía tiempo: pero para lo que podía conseguir, era mejor tratar de montármelo por mi cuenta. Porque no había más remedio que llevar algún dinero a casa. Y yo, con mis 18 recién cumplidos, era el mayor de los tres hermanos: una chica de 14 y otra de 11, además de un servidor. Yo era muy pequeño cuando mis padres empezaron el largo viaje desde su tierra a España, adonde no pudo llegar mi padre: su cementerio, como el de tantos otros, fue el Atlántico. Así que cuando a mi madre la despidieron, tuve que dejar de estudiar y buscarme alguna fuente de ingresos. Y tampoco se me había dado tan mal. De hecho, siempre creí que se habían cumplido mis previsiones sobre las denuncias. Pero, sin duda, me debí equivocar: la naturaleza humana no deja de sorprenderme. Algún capullo me debió haber acusado. Me enteré cuando se presentó la policía en casa.

2. Me sacaron sin contemplaciones y me llevaron directamente a una macrocárcel de las afueras. Ni siquiera pasé por comisaría: parece que eso ya no se hacía. Me ingresaron en un calabozo compartido con otros tres presos: todos jóvenes y ninguno ni rubio ni blanco. Casualidades de la vida.

Todo fue muy rápido. El juicio se celebró dos días después. Yo lo seguí a distancia desde una sala de la cárcel en la que tenían lugar decenas de procesos simultáneos —conté cincuenta—, en sendas cabinas en las que había una pantalla en la que se podía ver a dos personas. Unos rótulos en la parte inferior de la pantalla los identificaron como el director del proceso y el abogado defensor. Más tarde me dijeron presos de más experiencia que el defensor era imprescindible para preservar las garantías constitucionales, aunque no me pareció que sirviera de mucho: se limitó a hacer algunas observaciones sobre mis circunstancias familiares y sociales, imagino que para reducir la pena. Pero el director no le dejó perder mucho tiempo: enseguida le cortó para explicar que todos mis datos, los de mi familia y los del «presunto» fraude que había cometido estaban en lo que llamó «la base informativa ciudadana», en la que constaba también todo el movimiento de mi web: su seguimiento —controlado, como todas las comunicaciones, por la policía cultural— se había activado automáticamente en el momento en que se registró una denuncia oficial. Dicho lo cual, apretó una tecla y señaló que el procesamiento de mi sentencia estaba en marcha.

En menos de cinco minutos, el programa procesal emitió una decisión que el director —puro intermediario neutral, como después me dijeron— comunicó oficialmente, y que tanto el abogado como yo tuvimos que firmar digitalmente: tres años de prisión. Yo tenía entendido que antes había alguna posibilidad de recurso, pero parece —también me enteré después— que era un procedimiento desaparecido hace años por innecesario: las sentencias emitidas por el programa judicial autónomo eran «seguras, certeras, imparciales, ecuanímes y objetivas» —era una leyenda que figuraba, como pude ver después, en el propio documento de mi sentencia—.

3. La verdad es que, de no haber tenido que padecer las consecuencias, me habrían maravillado la rapidez y eficiencia de los juicios automáticos, como se los calificaba en la jerga carcelaria. En los poco más de diez minutos que, entre unas cosas y otras, duró el mío, se ventilaron también todos los demás simultáneos. Me enteré así mismo después —lo que se aprende en la cárcel— de que de esta forma se había conseguido acabar desde hacía unos años con la tradicional saturación que parece que antiguamente bloqueaba los juzgados. Más aún, es que realmente los juzgados —como todos sus funcionarios y los jueces, fiscales y la restante tropa— se habían visto sustituidos por los programas judiciales autónomos, que tenían el máximo conocimiento posible de todo lo que podía afectar a un juicio, no se equivocaban nunca, emitían las decisiones

a velocidad del rayo y, encima, eran muchísimo más baratos que el complejo sistema anterior.

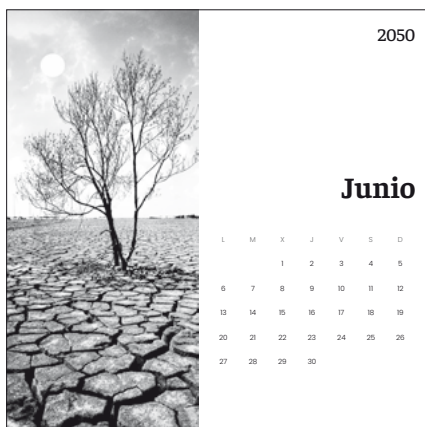
Por otra parte, parece que también habían mejorado considerablemente las condiciones de la estancia en prisión en relación a lo que sucedía años atrás. La mía, al menos, no fue excesivamente dura, salvo por el encierro y la soledad, porque el control absoluto —todas las celdas y las restantes estancias tenían cámaras y sensores de funcionamiento permanente— había eliminado totalmente los conflictos entre huéspedes —parece que antes tan frecuentes—. Y quizás influyera también la medicación diaria que obligatoriamente teníamos que ingerir y que nos mantenía a todos en un estado de beatífica paz interior y exterior. No obstante, no me paliaba la ansiedad que me producía mi incapacidad de ayudar a mi familia. Pensar en las penurias por las que, en buena medida por mi culpa, estarían pasando me agobiaba cada día más. Aunque mi madre me ocultaba su situación en las visitas, tratando esforzadamente de parecer contenta, podía imaginar lo que suponía para ella salir adelante y pagar el coste del colegio de mis hermanas —la antigua gratuidad de los colegios públicos había desaparecido hacía años— con la magra pensión y los escasos ingresos adicionales que conseguía de extenuantes trabajos eventuales —y no declarados— que continuamente buscaba como recurso para la supervivencia familiar. Nunca llegó a encontrar ese paraíso que tanto mi padre como ella habían imaginado que sería un país europeo. Al contrario, para ella fue

casi siempre un infierno. Mis hermanas y yo no lo pasamos tan mal gracias a su esfuerzo sobrehumano, pero tampoco para nosotros fue fácil la vida en una vivienda miserable de un extrarradio urbano en el que la pobreza, la segregación y la violencia campaban a sus anchas. Ruego a mis algoritmos controladores que no lo vean como excusa, pero creo que mis seguramente cuestionables escarceos comerciales se debieron en gran parte a mi ambición de sacar a mi familia de ese infierno.

4. Por fortuna, algo me aliviaba la posibilidad que teníamos todos de escribir nuestras impresiones en el ordenador que teníamos en la celda. Aunque probablemente se nos permitía por otros motivos, no dejaba ser una forma de aligerar la tensión y la congoja.

En todo caso, supongo que no debería sentirme tan angustiado, porque ya estoy a punto de terminar mi condena. Se cumple el 24 de mayo de 2050 y me quedan solo unos días. Aunque antes tengo que pasar lo que llaman el examen psicológico. Por lo que me han dicho, es una especie de escáner cerebral que diagnostica automáticamente —para evitar la subjetividad humana— la probabilidad de que la persona analizada pueda volver a cometer delitos. Si la probabilidad es alta, se alarga automáticamente el encarcelamiento. Incluso puede conllevar la prohibición de seguir escribiendo. Es algo que también se anunciaba en la sentencia, donde se explicaba que el sistema era plenamente científico y absolutamente

imparcial. Ya veremos... De momento, trato de entrenarme todo el tiempo que puedo en la voluntad de rehacer mi vida de forma totalmente legal, lo que, aparte de que me temo que no sea muy productivo, me deja extenuado. Además, por lo que aprecio aquí, parece que los no blancos somos mucho más propensos a la reincidencia. En fin, serán los genes...



Contrariedades de la pasión (por el fútbol)

1. Esa mañana de junio Manu estaba jugando al fútbol en la playa de Ereaga, como todos los sábados. A la hora que era (casi la una del mediodía) debería estar terminando: como vivimos muy cerca (en Getxo), supuse que llegaría pronto. No he entendido nunca su pasión futbolera, y menos en esa época y a esas horas. Imaginé que estaría deshidratado, con el terrible calor plomizo que hacía (37 grados a la sombra, según comprobé). Pese a su buena forma física, no sabía cómo lo aguantaba a su edad; sobre todo,

cuando todos los compañeros de juego eran mucho más jóvenes. Según me había dicho, solo había cuatro mayores de cincuenta, y ninguno —salvo él— de más de sesenta.

Al poco oí que abría la puerta del chalet, pero me sorprendió escuchar una conversación. Me asomé al pasillo y vi que entraba acompañado de un joven de raza negra. Dada la hora, me temí que lo traía a casa a comer, y no puedo negar que me enfadé un poco de entrada, porque no me gustan los imprevistos —quizás tenga razón Manu y sea un poco maniática— y porque no tenía nada preparado para un invitado.

—Hola, Leire, ya estoy aquí —dijo con tono más jovial y cariñoso que de costumbre, creo que como temiéndose una regañina—. Traigo a un nuevo amigo, por si puede quedarse a comer.

—Claro —respondí mientras acudía al recibidor. ¿Qué le iba a decir? Mentalmente pensé en lo que podría añadir para completar la comida para tres—. Soy Leire, encantada —saludé, al tiempo que le tendía la mano.

Manu hizo las presentaciones, a las que añadió una breve explicación. Se llamaba Ibrahim, de poco más de veinte años y de origen senegalés. Hablaba un castellano bastante correcto, aunque con un acento africano muy marcado y mezclando palabras en francés o derivadas del francés. Manu —ingeniero y catedrático de Robótica en la Escuela de Ingeniería Industrial de la Universidad del País Vasco, la UPV— lo había conocido en la Escuela, donde

el chico trabajaba en la empresa de limpieza. Había hablado alguna vez con él cuando limpiaba su despacho, pero la tarde anterior —aprovechando que era viernes a última hora de la tarde y ya con el curso finalizado— había querido charlar un poco más distendidamente.

Ibrahim le había contado entonces su durísima trayectoria, que nos relató de nuevo durante la comida, que fue larga y cada vez más cordial —yo soy un poco gruñona de entrada, pero enseguida me encariño con la gente que me parece buena: y aquel chico me lo pareció rápidamente—. Había llegado a la costa de Almería en un cayuco hacía seis años, después de una travesía terrorífica desde Túnez, en la que habían fallecido más de un tercio de las cincuenta personas embarcadas. Era una época en la que todavía —aunque cada vez más difícilmente, por los extremos controles— llegaban embarcaciones con inmigrantes a la península. Dada su edad, en Almería fue internado durante varios meses en un centro para menores no acompañados hasta que cumplió los dieciocho años. Y entonces tuvo que buscarse la vida como pudo: trabajos temporales ilegales de cuando en cuando para ganar algún dinero, noches en albergues para personas sin recursos o en la calle y viajes —en autobús o en coches destartalados con varios compañeros de fatigas— siempre hacia el norte. Al final, casi un año después, pudo llegar a Bilbao, donde tenía un familiar lejano cuyo contacto había sido el objetivo de su inmigración y que le

acogió como solo saben hacer las buenas personas pobres. Vivía en el barrio de San Francisco, en una calleja lóbrega y en un piso mínimo que compartía —de forma difícilmente imaginable— con otros tres compañeros africanos. Pero la solidaridad es mágica, y donde cabían —malamente— cuatro, cupieron —peor, por supuesto— cinco. El pariente —Ibrahim le llamaba tío— llevaba ya bastantes años en España y pudo ayudarlo a asentar mal que bien su vida. Gracias a él fue encontrando trabajos: nunca buenos y siempre temporales, pero que le fueron permitiendo subsistir e incluso colaborar en el mantenimiento del hogar compartido. No obstante, hacía casi un año le tocó —esa fue su expresión— «la lotería»: su tío le facilitó el contacto con una empresa de limpieza que necesitaba personal. Como era joven, fuerte y tenía ya los papeles en regla, le contrataron: también de forma temporal, pero renovable, y de momento seguía. Desde un principio, le asignaron al equipo destinado a la UPV, lo que —frente a otros destinos— era una bicoca, y dentro de la universidad, le correspondió la Escuela donde trabajaba Manu. Así fue como se conocieron.

2. Además, resulta que a Ibrahim le gustaba mucho el fútbol y comentó que no se le daba mal. Aquello ya fue la gota que culminó la simpatía que a Manu le había despertado el chico. Su pasión por el fútbol no tiene límites. Él siempre me dice que exagero mucho, pero estoy convencida. De hecho, nunca he

querido pensar qué pasaría si tuviera que elegir entre el fútbol y yo: siempre he preferido no ponerle en el brete. Aparte de que le encanta verlo, siempre ha jugado, y parece que nada mal: en el equipo del colegio, en el de la Escuela, en la selección universitaria vasca e incluso —aunque solo un partido— en la nacional universitaria. Y cuando dejó de jugar medianamente en serio, ya cerca de la cuarentena, descubrió el gozo de los partidos de fin de semana en la playa, que desde entonces solo ha dejado en los periodos en los que hemos residido fuera por exigencias u oportunidades académicas —Madrid, Zaragoza, California...—. Por eso, cuando en aquella tarde de viernes en la Escuela oyó a Ibrahim que también a él le gustaba jugar, le propuso que le acompañara al partido playero del día siguiente. Lo que Ibrahim, que no tenía muchas oportunidades de diversión, aceptó encantado.

Y en efecto, parece que jugaba muy bien. Más aún, con una potencia física que destacaba mucho sobre el resto de jugadores. Sin embargo —según me comentó cuando nos quedamos solos el sábado—, Manu se dio cuenta inmediatamente de que algo no funcionaba: algunos compañeros de juego —tanto de su equipo como del contrario— no pusieron buena cara cuando le vieron; y no dejaron de murmurar en varias ocasiones. Una actitud que se hizo evidente con el espléndido gol que marcó Ibrahim cuando faltaba poco para terminar y con el que su equipo empató el partido. Los del equipo contrario no mostraron ningún

síntoma de alegría, pero eso es lo normal. El problema es que algo parecido sucedió en su propio equipo: solo Manu fue a darle el consabido abrazo caluroso; nadie más lo felicitó. Algo —pensó Manu— que no pudo pasar desapercibido a Ibrahim. Pero no dijo nada ni mostró ninguna señal de pesadumbre: seguramente estaba más que acostumbrado a los desaires. Tampoco Manu se preocupó excesivamente.

En todo caso, de nada de eso se habló durante la comida y la larga conversación posterior, mientras tomábamos café. Cerca ya de las seis de la tarde, nos despedimos. Yo, que para entonces estaba emocionada con Ibrahim y encandilada con su simpatía, su inocencia y su forma —sencilla y digna— de sopor-tar los avatares de su vida, le di dos sinceros besos de despedida, deseando que volviera por casa pronto.

3. Tardé poco en tener de nuevo noticias suyas. Era la tarde del martes siguiente. Hacía un buen rato que yo había vuelto del trabajo (era técnica en presupuestos en la Administración Pública provincial) y había estado hablando por teléfono sucesivamente con nuestros dos hijos (chico y chica), que desde hacía varios años trabajaban fuera (Ander, el mayor, en Inglaterra; Ane, en Alemania, los dos ingenieros, como su padre). Casi acababa de terminar cuando llegó Manu. Al instante me di cuenta de que estaba muy preocupado. Cuando le pregunté el motivo, me confesó que había recibido esa mañana una llamada telefónica de uno de los compañeros más veteranos

del equipo, que le dijo que no había sentado nada bien en el grupo que llevara a Ibrahim a jugar sin consultar antes con nadie. Manu le dijo que era una práctica habitual, que se había producido muchas veces y que más de un compañero ahora fundamental había comenzado de esa forma. Pero enseguida apreció que había otros motivos en el rechazo: naturalmente, el color. Quien le llamó se apresuró a señalar que, por supuesto, no era un problema de racismo: ninguno de los compañeros despreciaba a la gente negra, pero se trataba de un equipo de amigos de la zona; ni siquiera les gustaba abrirlo a personas de fuera, al margen de la etnia. Y no querían desnaturalizarlo. Por lo que preferirían —concluyó— que no volviera a llevarlo. Y además —comentó con nerviosismo—, está el tema de la nueva ley de limitación de actividades de los inmigrantes: podrían multarlos por dejar que jugaran inmigrantes con ellos, incluso aunque estuvieran legalizados. Así que —continuó— no habían tenido más remedio que poner el hecho en conocimiento de la policía para evitar que les consideraran a todos culpables.

Naturalmente, Manu se enfadó muchísimo y le contestó que aquello le parecía increíble: ante todo, por impedir de esa manera que una persona honrada como Ibrahim compartiera un par de horas de ocio con ellos, pero también por la deslealtad con él mismo que suponía la denuncia; una vileza que no se podía imaginar entre personas que se conocían desde hacía tantos años y que él consideraba amigos.

Pero no pudo continuar. El otro le dijo que lo sentía y colgó.

Con lo obsesivo que es, no hubo forma de que se olvidara del tema ni durante la cena ni por la noche, en la que creo que no pegó ojo. Tampoco lo que pasó durante la mañana posterior le ayudó a tranquilizarse. Todavía estábamos desayunando cuando nos llegó un sonido persistente desde la puerta de entrada. Salí y comprobé que era el zumbido de un dron con las banderas española y vasca. Se puso frente a mí en cuanto salí y reprodujo una breve grabación: «Aviso urgente de la policía». Al tiempo, se inició un resorte, dejando salir una palanca con una especie de pinza que contenía un sobre. Era un requerimiento de la policía para que Manu se presentara esa misma mañana, a las 12:30, en la comisaría del distrito de Abando. Al momento, la palanca se contrajo y el dron se alejó. No era, desde luego, una noticia esperanzadora para empezar el día.

No fue la única esa mañana. Manu salió en unos minutos a la Universidad. Al llegar a su despacho, la secretaria del departamento le comunicó que el director de la Escuela quería verlo cuanto antes. Por ello, se limitó a dejar la cartera en su mesa y fue al despacho de dirección. Nada más entrar en el antedespacho, la secretaria le dijo que pasara, que el director lo estaba esperando. Cuando entró, vio que estaban también la subdirectora de la Escuela y el jefe de su departamento: los tres en torno a la mesa de reuniones y patentemente circunspectos.

El director no perdió el tiempo en preámbulos. Tras saludarlo, rogarle que se sentara y decirle que lamentaba mucho lo que tenía que comunicarle, le informó que le había llegado una notificación de la policía señalando que habían recibido una denuncia de una grave vulneración de la ley por parte de un profesor de la Escuela, que resultó ser él, y que querían que les remitieran un informe exhaustivo de su forma de pensar, de sus posibles implicaciones en actividades —denominación de la policía— «subversivas» y del tipo de opiniones que comentaba en clase o con otros profesores. El director le explicó que no tenían más remedio que obedecer y que sería la subdirectora y el responsable de su departamento quienes se encargarían del informe, para lo que antes tenían que tener una entrevista con Manu. En ese sentido, y no sin lamentar profundamente la situación, que no ocultó que le preocupaba enormemente, rogó a los tres que se dirigieran al despacho de la subdirectora —contiguo al suyo— y los despidió.

La entrevista fue muy larga. De hecho, tuvo que interrumpirla Manu a las 12:00 porque si no no llegaría a tiempo a la comisaría. Hubo tiempo, no obstante, para que le preguntaran todo tipo de detalles sobre sus preferencias ideológicas y sobre sus actividades extraacadémicas. No tuvo gran dificultad en responder, porque realmente no había tenido nunca implicaciones sustanciales en asuntos políticos —aunque, por supuesto, tenía convicciones propias— ni se había mezclado en ningún tipo de actividades o grupos con

esa finalidad, más allá de una preocupación sincera por la ética y la justicia social —influida, sin duda, por su sintonía con la doctrina social de la Iglesia, sobre la que yo le había gastado frecuentes bromas— y por la situación de las personas desfavorecidas —de joven había colaborado en acciones de alfabetización y formación de niños y niñas de colectivos marginados—. Pero su obsesión por la docencia, la investigación y la tecnología no le había dejado tiempo para participar de forma más práctica en la vida política —de lo que no se sentía precisamente orgulloso—, más allá de ejercer el derecho al voto hasta que —como todos— no pudo seguir haciéndolo. En todo caso, la subdirectora le comunicó para finalizar que, mientras se aclaraba el caso, no tenían más remedio que interrumpir sus tareas no estrictamente relacionadas con sus clases; particularmente, la dirección de trabajos de fin de grado y tesis doctorales, así como la participación en tribunales de evaluación. Y si la denuncia se probaba veraz, la Escuela tendría que informar al rectorado de la Universidad por si procedía incoar un expediente administrativo, que podría dar lugar a la suspensión de sus funciones y de la retribución correspondiente durante un tiempo o incluso, en el peor de los casos, a su cese definitivo como profesor de la Universidad.

Todo parecía una pesadilla surrealista. Pero no es extraño que su ánimo estuviera por los suelos cuando subió a un autobús autónomo camino de la comisaría donde le requerían. Llegó justo a tiempo, y enseguida

le dijo un agente que pasara a un despacho, donde le recibió un inspector que no se molestó en saludarlo. Tras indicarle que se sentara con un gesto displicente, le informó de la denuncia recibida, sin concretarle el nombre del denunciante: se le acusaba por ella —tal como le había anunciado el compañero de fútbol que le había llamado el día anterior— de infringir la ley de limitación de actividades de personas inmigrantes, con el agravante de vulneración de la consiguiente prohibición de su participación en actividades comunes no previamente autorizadas con personas nativas del país. Se trataba —continuó— de una infracción grave, por la que, dado que no tenía otros antecedentes penales, solo se le condenaba a una multa económica, que, no obstante, resultó ser de una cuantía abrumadora para nuestro nivel de ingresos —prácticamente equivalente a la retribución anual de Manu—. Con la advertencia de que la comisión de otros delitos de este tipo daría lugar a un procesamiento jurídico, con consecuencias mucho más serias. Firmó tras eso un documento de aceptación de la multa, que le sería cargada directamente en nuestra cuenta bancaria, y fue invitado a salir sin contemplaciones.

De vuelta a casa, pudo hablar por el móvil de muñeca con un abogado del departamento jurídico de la Universidad con el que tenía cierta amistad para consultarle cuál creía que podría ser la penalización que le impondría la entidad. El abogado estaba totalmente al tanto de su caso, que era ya comidilla en la Universidad. Lo tranquilizó parcialmente al asegurarle que, a

la vista de que se trataba solo de una multa, creía que no conllevaría el cese definitivo de sus funciones, pero sí le auguró una suspensión de empleo y sueldo por varios meses: no descartaba que se prolongara durante ese verano y todo el curso próximo. Algo que, por supuesto, consideraba desmedido, pero que le parecía prácticamente irremediable, dada la presión política que el Gobierno estaba ejerciendo sobre las universidades, y muy especialmente sobre la UPV, lo que, lamentablemente, la obligaba a imponer un castigo que pareciera ejemplar para las exigencias policiales.

4. Apenas había terminado la conversación cuando entró en casa. Sin siquiera preguntarle cómo le había ido, le anuncié que Ibrahim le había llamado al teléfono de casa varias veces con evidente alarma. No quiso esperar a contarme nada para llamarle. De inmediato me di cuenta de que algo muy serio pasaba. Nada más colgar, me contó todo: tanto sus reuniones en la Escuela y con la policía como lo que Ibrahim acababa de comunicarle. También a él le habían multado, y por un importe similar al de Manu, que para Ibrahim era totalmente inabordable. Pero no quedaba ahí la cosa: habían comunicado la infracción a su empresa, que inmediatamente le había cursado notificación de despido; y además, sin derecho a ninguna indemnización, al deberse a una vulneración de la ley. Algo que suponía un problema adicional: según la normativa sobre inmigración, si no encontrara trabajo en dos meses —lo que parecía

muy improbable a la vista de lo sucedido— podría ser expulsado del país, lo que Manu —a la vista de los hechos— no dudaba de que sucedería. Y mucho más si no pagaba la multa, lo que seguramente le acarrearía pena de prisión.

Manu no es nada impulsivo en sus decisiones: todo lo contrario; se piensa mucho las cosas —siempre le he dicho que demasiado—. Pero en aquel momento no lo dudó. Nunca lo había visto ni tan determinado ni tan indignado. Mirándome a los ojos y apretándome las manos, me dijo que no estaba dispuesto a consentir esa injusticia, y más que por él, por Ibrahim, al que aquello arruinaría su vida. Y para evitarlo no veía más solución que salir inmediatamente de España: lo antes posible, para anticiparse a que la policía pusiera en marcha algún procedimiento que les impidiera pasar la frontera; y a un lugar donde pudieran ir en nuestro coche, para que no pudieran localizarlos por la compra de billetes. Y solo se le ocurría un destino posible.

A partir de ese momento, todo transcurrió tan deprisa que casi me parece irreal. Llamó por una vía de comunicación que consideraba relativamente segura —un sistema cerrado que conectaba a investigadores de confianza que trabajaban en proyectos similares— a un viejo conocido que trabajaba en la Pontificia Academia de las Ciencias del Vaticano: un profesor irlandés de Física Teórica (Brian Loach) de gran prestigio académico —se le rumoreaba como candidato al Nobel— con el que Manu había coincidido

en California y con el que hicimos mucha amistad. Hacía tiempo que no se veían, pero habían seguido manteniendo un contacto frecuente. Manu sabía que tenía una muy buena posición en la Academia, donde dirigía un ambicioso programa de investigación sobre los efectos sociales de la robótica y de la Inteligencia Artificial. Le contó lo sucedido y Brian se hizo rápidamente cargo del problema. Coincidió en que no había tiempo que perder y, sobre la marcha, propuso una alternativa —él sí era siempre así de expeditivo—: que fueran lo antes posible a Roma y que se dirigieran directamente al Vaticano. Él estaría esperando que Manu le llamara en cuanto llegaran. No tendría dificultad en hacerle un contrato temporal como investigador ayudante en su programa; más adelante le propondría para una situación más estable y mejor; de hecho, en poco tiempo pensaba plantear al comité de contrataciones la necesidad de que le asignaran un subdirector para el proyecto, y Manu le parecía perfecto. Pero eso tendría que esperar unos meses. De momento tendría que contentarse con un trabajo y una remuneración muy inferiores a su nivel. Él se encargaría también de buscarle un alojamiento temporal en el propio Vaticano. Por lo que respectaba a Ibrahim, no pensaba que tampoco le fuera difícil encontrarle trabajo en alguna de las muchas empresas suministradoras de servicios (limpieza, *catering*, mensajería...) que trabajaban para el Vaticano, así como una habitación en Roma. Ese era el menor de los problemas. Más le preocupaba

—me contó Manu cuando terminaron de hablar— los posibles problemas que pudiera plantear después la policía española, pero también en ese sentido el Vaticano —pensaba Brian— era un buen destino, en cuanto que era uno de los pocos Estados europeos que no habían firmado la Alianza por la Paz y la Seguridad. Por eso —y aunque por supuesto no fuese una democracia—, disfrutaba de un régimen interno sensiblemente más respetuoso de los derechos cívicos y, sobre todo, podría amparar a los dos frente a posibles solicitudes de extradición, que, por otra parte, no le parecían probables, dado el carácter de las infracciones cometidas.

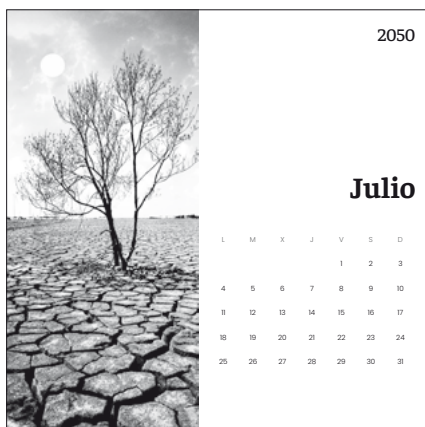
5. Todo eso sucedió hace tres años. Manu e Ibrahim salieron hacia Roma en la mañana siguiente apenas amanecía y pudieron llegar sin contratiempos destacables al Vaticano en la madrugada posterior. Y todo fue como Brian le había anunciado. Ibrahim empezó a trabajar como pulimentador de suelos en una empresa de limpieza y pudo alojarse gratuitamente en un albergue para inmigrantes en Roma de una de las entidades benéficas de la Iglesia; meses después, ya pudo alquilar una modesta habitación en una barriada suburbial de la periferia de Roma. Un lugar poco agradable y muy lejos del centro, lo que le exigía mucho tiempo para llegar al trabajo y viceversa. Pero estaba acostumbrado a la vida dura. En cuanto a Manu, entró a formar parte casi de inmediato del programa de Brian, inicialmente como

ayudante de investigación y accediendo tiempo después a la subdirección, aunque no tan pronto como Brian inicialmente había esperado: tuvo que esperar casi dos años, pero al fin lo consiguió. Para entonces, se sentía lo suficientemente seguro como para alquilar un pequeñísimo piso en el Trastevere y para garantizarme que ya podía reunirme con él.

Aterricé en Roma un par de meses después: el tiempo que me llevó conseguir una excedencia en la Administración y alquilar nuestra casa. No tuve ningún problema con la policía —lo que no dejó de sorprenderme—. Al poco tiempo de llegar, y también gracias a los innumerables contactos de Brian, empecé a colaborar como voluntaria en una asociación internacional dedicada a la ayuda a la integración de personas inmigrantes. De momento, no he podido encontrar trabajo remunerado, pero no desespero de poder hacerlo. Sea como fuere, no podemos quejarnos: vivimos moderadamente bien con el sueldo de Manu y la renta del alquiler de casa, tenemos amigos y somos razonablemente felices. A Ibrahim hace tiempo que no lo vemos. Manu me ha dicho que se encuentra bien y que poco a poco está rehaciendo su vida, hablando ya un italiano casi perfecto: bastante mejor que nosotros, por cierto.

La verdad es que a mí —inevitablemente agnóstica— no deja de asombrarme nuestra protección eclesiástica y nuestro destino: nuestra mutación casi súbita de profesionales acomodados a refugiados en el lugar que menos hubiera podido imaginar. Desde luego, podemos considerarnos afortunados: dentro

de lo delirante de la odisea de Manu, hemos tenido mucha suerte. Pero añoramos nuestra casa y nuestra tierra. Las añoramos mucho. Y por supuesto, más todavía a nuestros chicos, pero a ellos les vemos con cierta frecuencia —tanta o más que antes—: vienen de cuando en cuando a Roma, que les encanta. A veces solos y a veces con sus parejas. Y esperamos con ansiedad que muy pronto con nuestro primer nieto, que nacerá en unos meses. Pero no se nos olvida el contratiempo que sufrimos y la enorme vulnerabilidad que de pronto constatamos que todos padecemos ante los caprichos de un sistema que nos ha convertido en súbditos inermes y sin derechos. Nosotros, que teníamos una vida tan cómoda, nunca habíamos pensado seriamente en ello: por supuesto, no se nos ocultaba lo que pasaba, pero nos parecía que era algo relativamente ajeno, que no afectaba a nuestra vida. Bastó un insignificante partido de fútbol playero para que todo nuestro confort —y nuestra inconsciencia— se derrumbaran. No hemos podido dejar de tenerlo siempre presente. Por eso ahora nos parece esencial cooperar con el pequeño movimiento de cambio que en muchos países se está formando. A nuestra edad, no podemos ser muy activos —o quizás no nos atrevemos a serlo—, pero no queremos dejar de ayudar para tratar de parar el horror que domina el mundo, y que cada vez más pone en peligro incluso nuestro peculiar asilo. Escribo esto para que Ane y Ander no lo olviden —aunque no me atrevo a enviárselo: guardaré aquí dos copias para ellos.



La nueva geriatría

1. Mi nombre es Patricia Echániz. Tengo 56 años y soy médica geriatra en un hospital público de Pamplona. Escribo esto para dejar constancia del carácter de mi actividad profesional. Y lo hago, de forma ya tan inusual, a mano, para evitar ser detectada.

Mi trabajo consiste en atender a personas mayores con problemas de salud que no pueden permitirse una aseguradora privada. He venido ejerciéndolo en esta modalidad desde hace cinco años, en 2045, cuando cambió integralmente el sistema de sanidad pública y tuve que cesar en mi práctica médica normal. He

aguantado demasiado, y me desprecio por ello, pero ya no puedo más.

Divorciada desde hace mucho y viuda desde casi tanto —mi exmarido, médico también, falleció de un cáncer súbito pocos años después de la separación—, he mantenido una relación muy estrecha con nuestra única hija. Por eso la echo de menos quizás exageradamente ahora que está cursando un postgrado en Colonia. Su ausencia, estoy segura, contribuye no poco a reducir mi ya límite capacidad de resistencia. Ella me ha insistido siempre en que deje mi trabajo, pero no es sencillo: ni me resultaría fácil a mi edad encontrar otro ni tengo recursos para vivir sin trabajar. Ni quizás mi renuncia se quedara sin consecuencias de algún tipo. Tengo mucho miedo.

No es repentina esta sensación de repugnancia —por lo que hago y por mí misma— que me embarga. Vengo sintiéndola desde que empecé con mis nuevas funciones. Hasta entonces había ejercido mi especialidad de forma tradicional. Con los problemas, las carencias y el excesivo número de pacientes habituales en la sanidad pública de nuestro país. Una situación que cada año empeoraba y que entonces nos parecía insostenible. No sabíamos lo que el futuro nos deparaba.

En la actualidad, mi tarea inicial con cada nuevo paciente radica en la adscripción a uno de los dos grupos en los que se los debe clasificar en función de su situación económica: solventes (con recursos suficientes para vivir de forma relativamente razonable)

o insolventes. Los primeros reciben una atención básica para posibilitar una vida autónoma mientras que sus problemas de salud no son graves. Si su situación cambia de forma significativa, o sufren un accidente de tratamiento extremadamente costoso, pasan al procedimiento previsto para los pacientes insolventes. En este segundo caso, solo nos está permitido ofrecer terapias paliativas baratas mientras la gravedad no es muy acusada; cuando esto sucede —lo que es inevitable a partir de un determinado momento—, entran en el tratamiento de asistencia indolora final. De esta forma, mi cometido esencial, más pronto o más tarde —aunque yo me esfuerzo todo lo que puedo en retrasarlo al máximo—, pasa de ser mitigadora a ejecutora. En estos cinco últimos años he tenido que administrar esa asistencia terminal a más de mil personas. ¿Cómo lo he resistido? Todos argumentamos justificaciones más o menos congruentes, pero solo hay dos razones válidas: comodidad o miedo. O las dos al tiempo. En mi caso, quiero creer que es fundamentalmente la segunda.

2. La reforma radical de la sanidad pública fue uno de los cambios que se impusieron —tanto en España como en muchos otros países de nuestro entorno— en el marco de lo que se llamó la Nueva Política. En este caso, con el objetivo de reducir costes de forma decidida por un doble camino: la intensificación del empeoramiento de la calidad de la atención, que se venía produciendo desde tiempo atrás,

y el mucho más expeditivo —al parecer inspirado en un sistema aplicado en Alemania hace más de cien años— de acortar la vida de los pacientes calificados como «Triple I» —inútiles, improductivos e innecesarios— y, por lo tanto, prescindibles. Los de mi especialidad no eran los únicos, aunque se empezara por ellos. Pero paulatinamente se fue extendiendo el protocolo a otros sin capacidad de costearse por ellos o por sus familias el cuidado de sus problemas —enfermos incurables, vagabundos, discapacitados mentales profundos, discapacitados físicos de elevada gravedad...—. El éxito económico —dicen las estadísticas— ha sido rotundo.

3. Anteayer fue un día particularmente duro: aparte de la habitual abundancia de enfermos, estoy convencida de que el último paciente —un hombre de 83 años con una grave artrosis generalizada, pero totalmente lúcido— se dio perfecta cuenta de que lo que le receté, además de un simple analgésico que no le iba a servir de mucho, era la medicación definitiva. Me miró con la sabiduría y la resignación de quien sabe lo que le espera y de que comprendía que yo no era más que un eslabón de un engranaje inapelable. Su apretón de manos al salir me pareció más un perdón que una despedida educada. Porque sé que no lo merecía, me dejó destrozada.

Quizás fue la gota que desbordó el vaso de mi angustia y de mi imperdonable cobardía. En cuanto salí del hospital, ya con la consulta diaria terminada,

me decidí a llamar a una antigua compañera y amiga: Luisa, una enfermera muy cualificada que perteneció a mi equipo en el hospital y que, poco antes de que se implantaran los cambios, decidió dejar la sanidad pública por un empleo que siempre me pareció absurdo para su competencia —pero mucho menos agobiante, mucho más soportable y mucho mejor remunerado— en el centro médico de una gran empresa. En el tiempo en que trabajamos juntas, y a pesar de la diferencia de edad, simpatizamos profundamente. No creo que pudiéramos considerarnos íntimas, porque apenas nos veíamos al margen del trabajo y solo nos conocimos superficialmente, pero yo llegué a apreciarla mucho: y creo que el sentimiento era recíproco. Por mi parte, incluso, no era solo afecto: era una honda admiración; al poco de conocerla y de compartir alegrías (pocas) y sin sabores (más) en el hospital, pude darme cuenta de que, aparte de inteligente, era extraordinariamente generosa y valiente y una entusiasta de la vida. Además —por eso la llamé—, es la única persona que conozco que siente un absoluto rechazo por el orden político en el que vivimos. Por supuesto, preserva su forma de pensar con la prudencia que nuestro tiempo exige, pero me la confesó abiertamente en cuanto supo que podía tener confianza en mí. Desde entonces, y aunque algo me había dicho, no me había dado muchos detalles de cómo trataba de llevar a la práctica sus creencias, pero sabía que algo hacía con gente que pensaba como ella.

Vivía en Madrid, pero —al notar mi angustia— me dijo que cogería un tren al día siguiente y nos podríamos ver por la tarde. Dormiría en mi casa y se volvería por la mañana. Así quedamos. Hacía tiempo que no nos veíamos. Y aunque sabía que me encontraba muy mal en mi trabajo actual, nunca le había contado —solo mi hija lo sabía— su verdadera naturaleza. Creo que suponía que mi descontento se debía simplemente a las sempiternas falta de recursos y abundancia de pacientes, que impedían una práctica médica mínimamente eficaz. Pero había decidido contárselo todo. Como ella misma me había apuntado —frente a mi constante súplica de que no se expusiera tanto—, formaba parte de un grupo que quería recopilar, para después difundir a la opinión pública, los atropellos cometidos por el gobierno contra los derechos fundamentales de las personas de los que tuvieran noticia. Y el que yo me veía obligada a contribuir a diario era seguramente uno de los mayores. Por eso, no quería ocultárselo por más tiempo. Probablemente no fuera para mí más que una forma de desahogo, pero necesitaba hacerlo; y quizás sirviera para algo.

4. Quedamos ayer mismo a primera hora de una agobiante tarde —era un 10 de julio— en una placita poco frecuentada del parque próximo al hospital: un lugar que pensaba seguro y donde creo que no hay cámaras. No obstante, fruto de la paranoia que me producen los rumores sobre el control policial,

me mantuve oculta —sudando copiosamente por el calor y por el miedo— tras unos grandes arbustos hasta que la vi aparecer: sonriente y animosa, como siempre, abriendo al aire al verme su abrazo acogedor. No tardó en darse cuenta de mi desesperación. Y creo que no se extrañó demasiado cuando —sin poder contener las lágrimas— le conté todo.

—No puedes seguir ahí —fue su primer consejo, con un aplomo que no dejó de asombrarme—. Me parece moralmente intolerable lo que haces, aunque no te juzgo. Pero hay que inventar cualquier excusa consistente para dejar tu trabajo sin despertar sospechas. Pero primero tienes que encontrar un trabajo alternativo. No me parece que sea tan difícil como piensas. ¿Por qué no empiezas por sondear en consultas privadas? Con tu experiencia y tu prestigio, seguro que a más de una le encantaría contar contigo. Y yo puedo mirar en centros médicos como el de mi empresa: desde luego, son despreciables puntos de control, más que de salud, pero no tan horribles como tu cometido. No creo que tardemos en dar con algo que, por lo menos, te resulte más tolerable.

Yo no dejé de expresar mis dudas, pero no fui capaz de rechazar la seguridad con la que hablaba. Era una forma de escapar de la abyecta forma de vida que, para mi vergüenza, había aceptado. Más aún, empecé a encontrar en su serenidad una especie de amparo frente a mi abatimiento.

—En cuanto a nuestro grupo —continuó Luisa—, por supuesto, no podemos dejar de utilizar

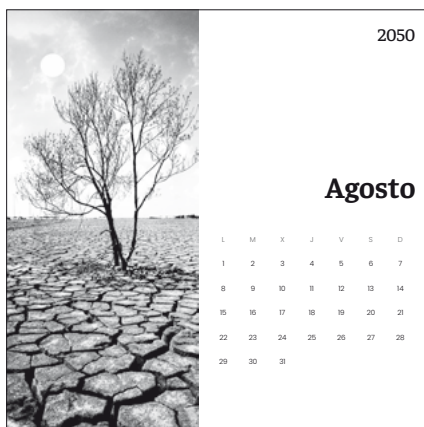
lo que me cuentas. Es espantoso, y no sé cómo has podido resistirlo tanto tiempo, pero no me sorprende. De hecho, es coherente con otras atrocidades de las que nos hemos enterado. Pero necesitamos datos más concretos y detallados. Por eso, y mientras sigues en el hospital, sería muy importante que recogieses toda la información que te sea posible sobre lo que os obligan a hacer y que documentases todos los casos que puedas. Es necesario que lo que vayamos a revelar tenga la máxima credibilidad. Así que, si quieres ayudar a que lo podamos hacer, tienes que cumplir con tu parte y aguantar hasta que hayas podido recopilar suficiente material. No será mucho tiempo.

Yo me veía impotente para ese cometido, que intuía que supondría un giro enorme en mi vida. Y que con toda seguridad implicaría riesgos frente a los que me sentía absolutamente desvalida. Pero la tranquilidad que transmitía Luisa no solo me convenció: me dio ánimo y sentido. Era una forma de reparar en alguna medida mi colaboración en el horror. Una razón para seguir viviendo.

Acepté su propuesta y seguimos charlando mientras paseábamos por el parque, con una temperatura más soportable a esas horas. Ya era noche cerrada cuando fuimos a casa. Muy temprano a la mañana siguiente, nos despedimos: ella salió para la estación y yo para el hospital. Antes habíamos acordado que empezaría hoy mismo a sintetizar los expedientes de los pacientes condenados a la solución final. Era lo prioritario. Más adelante, trataría discretamente de

contactar con consultas privadas de mi especialidad para ver si en alguna podría encontrar acomodo. Lo haría en mi tiempo libre, fuera del hospital, porque me aterrorizaba que pudieran descubrir que buscaba trabajo sin avisar a la dirección. Aunque tampoco confiaba en que fuera seguro hacerlo desde casa.

5. He llegado al hospital una hora antes de lo habitual y de que empezara la consulta, para aprovechar la soledad del despacho y empezar con tranquilidad este texto. Seguramente es innecesario, y probablemente deba eliminarse cuanto antes, pero quiero que —si es que alguien al margen de Luisa llegara a leerlo— puedan entenderse bien los motivos de la recopilación de casos que sigue a continuación. Como quedé con ella, solo figurarán los de los pacientes que he incluido a lo largo de estos cinco años en el protocolo de asistencia indolora final. No me resultará difícil transcribirlos: como es obligatorio, todos los tenía archivados en el ordenador de mi despacho. Espero que la revisión no genere sospechas en el sistema de control de nuestra actividad. En todo caso, iré pasando a Luisa lo que vaya avanzando cada día. Antes tengo que eliminar todas las referencias concretas a su persona. Más adelante intentaré volver a contactar con ella.



Los jueves, cultura

I. A esa hora de la tarde hacía un calor infernal fuera. Nada extraño a mediados de agosto; pero cada año era peor. Dentro, la temperatura era simplemente soportable: aunque el edificio disponía de un sistema de refrigeración central, nunca —ni en momentos como ese— se ponía en funcionamiento con mucha potencia, para no consumir demasiada electricidad: los residentes tenían que hacer ahorros continuos para poder mantener la residencia. En la sala de lectura, en cómodos sillones, unas cuantas personas —cabezas blancas, gafas, sensación de placidez— leían: extrañamente, dominaban los libros sobre los

dispositivos electrónicos. En el gran comedor, varias otras recogían los restos de la comida de mediodía, que llevaban a la cocina, donde otras más fregaban platos, cubiertos, perolas y sartenes. Era una labor considerable, porque eran más de ochenta comensales. Y se encargaban ellas mismas, por riguroso turno, de hacerlo. Al igual que sucedía con la limpieza de los espacios particulares y del lavado y planchado de la ropa de cada cual. Solo tenían externalizados los servicios de limpieza de los espacios comunes, el lavado de la ropa de cama y la jardinería. Aunque no era barato, habían tenido que aceptar encargarlo, porque eran trabajos demasiado pesados para su edad.

2. Se trataba de una de las varias residencias de mayores —personas individuales y parejas— en régimen de cooperativa y sin ánimo de lucro que existían en el país (lo que en un momento determinado se dio en llamar *cohousing senior*). Pero no una residencia cualquiera: era una de las precursoras en España de este modelo habitacional, fundada en la primera década de los 2000 y caracterizada, además, por rasgos muy específicos de los residentes. Situada en una zona rural del norte de la provincia de Madrid, cada residente o pareja disponía de un minipartamento (salón con cocina adosada, dormitorio y cuarto de baño). Todo sencillo y de reducida dimensión, pero muy agradable y bien pensado. Además, la residencia disponía de diversas zonas comunes: aparte de las ya señaladas —comedor, cocina y sala

de lectura—, biblioteca, gimnasio, salas para talleres, un pequeño «vaso terapéutico» —una especie de *spa*—, huerta, jardín y trasteros donde guardar lo que no cabía en los reducidos apartamentos. Sin duda, una suerte de milagro para las condiciones económicas de los fundadores —trabajadores con pequeños ahorros fruto de toda una vida—. Aunque no fue fácil su materialización. Llevarlo a la práctica requirió mucho tiempo, esfuerzos y sacrificios: conseguir financiación bancaria —quizás lo más difícil—, encontrar terreno y un ayuntamiento que apoyara la idea y facilitara el suelo —en condiciones de concesión durante cien años por un coste razonable— y, finalmente, construir el edificio, acondicionarlo y ajardinar el pequeño entorno. Una tarea hercúlea que les exigió bastantes años. Pero al final lo consiguieron: era gente tenaz.

Gente, por otra parte —seguramente, factor decisivo para el milagro— con una trayectoria y una forma de pensar parecidas y que, además, se conocían entre sí en muchos casos: casi todos miembros activos —o sus parejas— de sindicatos, partidos políticos de izquierda o asociaciones vecinales o sociales de los barrios periféricos del sur y el este de la capital. Personas que, en un momento avanzado de sus vidas, decidieron no pasar sus últimos años en las lamentables residencias geriátricas convencionales o ser una carga para sus familiares, apostando por crear colectivamente una forma de convivencia más humana y gestionada directamente por ellos mismos:

una cooperativa convivencial regida por un ideario básico, centrado en torno a la participación, la solidaridad, la ayuda mutua y el espíritu colaborativo como elementos fundamentales de una forma de vida que pretendían activa y compartida. Quienes optaran a vivir en ella, aparte de la aportación económica necesaria para adquirir la participación correspondiente (con cuyo valor no se podía especular), tenían que aceptarlo para ser admitidos y aplicarlo efectivamente en la práctica cotidiana después. Valores que, en general —quizás era un milagro duradero—, se respetaron muy razonablemente. Y tanto por los primeros residentes como por los actuales: mayoritariamente hijos, parientes o amigos de los fundadores, de los que han recibido la participación en herencia o por su compra a cooperativistas iniciales que quisieron dejar de serlo. Muchos, además, con vivencias e ideología parecidas a los primeros, aunque hayan tenido que atemperarlas al calor de los cambios políticos y sociales experimentados en los últimos años, que han llegado a provocar consecuencias no poco problemáticas en algunas de las personas actualmente residentes.

3. Aquella tarde, mientras unos leían, otros recogían el comedor o fregaban y otros descansaban, en una de las varias salas de reuniones se estaba celebrando una junta del Comité de Cultura —la residencia tiene varios comités: les encanta la participación— para planificar las actividades a realizar en el último

cuatrimestre del año. Cada semana —siempre los jueves— organizan un acto, y sistemáticamente por este orden —son un poco cuadrículados—: cinefórum, tertulia literaria, conferencia externa sobre temas sociales y espiritualidad.

Aunque todas las personas que componen el Comité —cuatro más el presidente— se llevan extraordinariamente bien, hay una discusión considerable. Mucho más en esa ocasión, en la que el presidente del Comité —un antiguo sindicalista de Correos— proponía actividades que no gustaban a nadie —ni siquiera, por supuesto, a él mismo—. Ante la indignación general, se esforzaba en explicar sus motivos: el concejal de Cultura del ayuntamiento —colaborador leal de la residencia— le había transmitido una nueva directriz del Ministerio de Cultura en la que se reforzaba la prohibición de realizar en todo tipo de espacios públicos o privados —tampoco, por tanto, en la residencia— cualquier actividad que se pudiera considerar inapropiada —incentivadora de lo que denominaba «conceptos divisorios»—. Algo que procuraría decididamente controlar a través de la puesta en marcha inmediata de un amplio equipo de inspección y de la aplicación de muy severas sanciones en caso de incumplimiento. Sanciones —comentaba el presidente— que podían ir en su caso desde multas millonarias —insostenibles para la residencia— hasta el posible cierre del establecimiento. Por eso —continuó—, pensaba que solo tenían dos opciones: o dejar de organizar

actividades culturales —lo que no dejaba de tener un riesgo, porque podía ser considerado por el Ministerio como una decisión poco amistosa derivada de la directriz— o ceñirse a criterios estéticos e ideológicos en sintonía con la política cultural del Gobierno. Lo que implicaba, ciertamente, limitarse a actos en el mejor de los casos insustanciales y sin interés o, peor aún, de contenidos que les resultarían insufribles.

El debate se prolongó durante más de tres horas, a lo largo de las cuales fueron asumiendo todos el prácticamente nulo margen de acción que les quedaba. Se daban cuenta del riesgo que suponía la suspensión de actividades, cuando —ante el páramo cultural imperante en la zona— las que había venido realizando la residencia se habían convertido en un polo de atracción para las personas con inquietudes de todos los pueblos de alrededor. Pero organizar actos opuestos a sus gustos y creencias les parecía una cesión intolerable a su edad: una renuncia vergonzosa y una traición infame a los principios en torno a los que se habían conducido siempre; los valores que habían sostenido sus vidas de luchadores. Era innegable que esos valores habían sido derrotados implacablemente —en su país y en todo el mundo— desde hacía años, pero tragar encima con la organización de actos en sintonía con las ideas y la estética de quienes los habían aplastado les parecía una humillación insufrible: una dolorosa sumisión final en el final de sus vidas.

No obstante, a la fuerza ahorcan, llegaron a un consenso. Fue innegablemente muy doloroso para todo el Comité, pero no vieron posibilidades alternativas, por lo que acordaron, como era preceptivo, proponerlo a la Asamblea General de la residencia, que una semana después lo ratificó con las mismas irritación y desolación: agachar la cabeza y seguir con el programa de iniciativas culturales semanales, sometidas a partir de ahora a los criterios del Gobierno. Pero —decisión unánime— expresando alguna forma de disconformidad —que no supieron concretar en un primer momento— con lo que consideraban una intragable coerción en el funcionamiento de la residencia.

4. Desde entonces, en efecto, siguieron celebrándose los jueves por la tarde los actos culturales en la residencia. Siempre con la venia tácita del Ministerio de Cultura —al que sistemáticamente se informaba antes a través del ayuntamiento—, y siempre también con la regularidad tradicional —cinefórum, tertulia literaria, conferencia externa sobre temas sociales y espiritualidad—. E invariablemente, con una clamorosa ausencia de interés.

Al principio solo iban algunos residentes, cabizbajos y enfurruñados, pero poco a poco empezaron a acompañarlos personas del pueblo. Y después de otros pueblos de la comarca. Cada vez más. De forma tal que en poco tiempo fue acudiendo más gente que nunca a las actividades culturales. Ahora bien,

siempre en un elocuente ambiente de seriedad sepulcral, como reclusos obligados a ejecutar sufriendamente disparatadas rutinas carcelarias, en medio de un estentóreo silencio: nadie hablaba, nadie siquiera susurraba, nadie reía, nadie, por descontado, aplaudía. Era el último y testimonial gesto de rebeldía de aquellos viejos militantes, que se sabían vencidos, débiles y humillados en esos momentos postreros de sus vidas, pero capaces todavía de convertir aquellos forzados actos de los jueves en callados y pasivos actos de resistencia. Tardó, pero acabaría fructificando. Nunca, para su desgracia, lo advirtió la burocracia del Ministerio.



Por amor al cine clásico

1. Fue a comienzos de este mes cuando todo empezó a empeorar todavía más. Esperaba con la ansiedad habitual la nómina de septiembre, porque ya no nos quedaba prácticamente nada y la semana siguiente teníamos que pagar la guardería de Martina y el alquiler de casa —si es que se puede llamar casa a una única habitación con cocina incorporada y un minúsculo aseo—. Sudaba como siempre camino del tren: en el pueblo en el que vivíamos no había acondicionadores urbanos. Llegué casi justo a tiempo a la estación: dentro del tren la temperatura mejoraba, pero los casi cien kilómetros de trayecto se hacían

insufribles: al principio no había mucha gente, pero a medida que el tren se acercaba a la ciudad, se iba llenando, hasta terminar repleto. Cuando se abrieron las puertas en mi parada —era la rutina diaria—, salí lo más rápidamente que pude para coger el metro: tenía quince estaciones por delante y no me sobraba tiempo. Si el tren parecía saturado, había que ver cómo iba —como cada día— el metro. Cuando llegué a mi estación, salí también corriendo. Aún me quedaba una caminata de veinte minutos hasta el trabajo: y a esa hora, con mucho más calor. En total, si no se daba mal, el viaje me suponía un mínimo de dos horas y cuarto desde casa. Si se daba mal, cualquiera sabía: aunque lo notaba con toda claridad al final de mes por los correspondientes descuentos en la nómina debido a los retrasos. Y siempre con la angustia de no rebasar el límite de entradas tarde permitidas cada mes.

Ese día, como siempre inevitablemente sudoroso y ya cansado, llegué a tiempo. Estaba todavía cambiándome de ropa en el vestuario masculino cuando por megafonía se advirtió de que en diez minutos habría un comunicado oficial de la dirección. Los que allí estábamos nos miramos con preocupación: no solía haber comunicados buenos. No tardamos en comprobarlo. Ya cada cual en su puesto en la sala de montaje, sonó la estúpida musiquilla que anunciaba el comienzo de la información. Nadie se esperaba nada positivo, pero lo que se nos dijo era peor: los acuerdos internacionales de limitación del

crecimiento económico para frenar el cambio climático imponían a las empresas de nuestro sector una estricta intensificación en la reducción de costes —en ese momento ya sabíamos lo que iba a continuar—, lo que, lamentablemente, exigía moderados —era el calificativo que se dijo— recortes salariales en todos los segmentos del colectivo laboral de nuestra empresa. En mi categoría, «solo» un diez por ciento. Y no había posibilidad de discutir: los compañeros más veteranos comentaban a veces que hacía mucho tiempo los trabajadores disponían de organizaciones —sindicatos, creo que las llamaban— que les permitían cierta capacidad de negociación con las empresas, pero eso era algo inimaginable en nuestro tiempo. La reducción salarial era inamovible. Pero si la suma de mi ya bajo sueldo anterior y el aún menor de Vega —contratada temporal en una empresa de paquetería— no nos llegaba ni para los gastos indispensables de la familia, ya comprimidos hasta lo ínfimo, ¿qué podríamos hacer ahora? Pese a nuestra formación —los dos éramos licenciados universitarios—, ni habíamos conseguido ni podíamos esperar de momento ningún trabajo mejor. Tampoco teníamos ya familia a la que recurrir y nuestros pocos amigos no estaban en condiciones de ayudarnos más que muy puntualmente. ¿Cómo íbamos a sobrevivir? Sopesé de nuevo la posibilidad de que buscáramos trabajos parciales adicionales, pero tuve que volver a admitir que no nos quedaba tiempo disponible: Vega —que terminaba su jornada antes que yo la mía— tenía

que cuidar de Martina, y yo —que me levantaba a las cinco, para poder coger el tren a las seis menos cuarto y llegar a la empresa a las ocho— terminaba a las siete de la tarde —la jornada legal establecida era de diez horas, con una más para comer—, con lo que no era capaz de volver a casa antes de las nueve y media. Y tanto Vega como yo solo teníamos libre el domingo. Imposible encontrar hueco para otros trabajos, por poco tiempo que supusieran.

2. Eran esos los pensamientos que iba rumiando esa tarde en el tren de vuelta a casa, cada vez más desesperado. De pronto, me llamó la atención un anuncio en las pantallas audiovisuales del vagón: una empresa farmacéutica muy conocida —Medicamentum, una de las grandes corporaciones multinacionales del sector— buscaba personas que quisieran someterse al ensayo de un nuevo tratamiento —que no concretaban—, garantizando la ausencia de riesgos y ofreciendo como contrapartida lo que calificaban como «importante compensación económica» —que tampoco concretaban—. Por principio, desconfío de este tipo de ofertas, que doy por sentado que son siempre engañosas; aparte de que no puedo ocultar mi miedo a ponerme en manos de médicos o similares. Pero en la situación en la que estábamos, no podía ser meticuloso, así que tomé nota del nombre de la empresa y de los datos de contacto.

No esperé a llegar a casa para llamar: lo hice desde la estación. Y me sorprendió la rapidez y la

amabilidad con la que respondió una cautivadora voz femenina. Estaba absolutamente al tanto del anuncio y me explicó con mucho detenimiento el protocolo: era necesaria una sencilla revisión médica inicial y un breve examen psicológico, tampoco nada complicado. Si todo estuviera en orden, habría una entrevista posterior en la que se me explicaría con detalle el objetivo, la naturaleza e implicaciones posibles del ensayo, que tendría que hacer con un representante del departamento jurídico. En ella la empresa plantearía el contrato a firmar con cada persona que aceptase someterse al ensayo y en el que se fijarían tanto el importe económico a recibir —que me ratificó que era notable, pero que no estaba autorizada a desvelar— como las restantes condiciones a asumir por cada parte. Todo en una sola mañana. Y también me comunicó que el proceso era urgente y que ya había llamado bastante gente, con lo que muy pronto se cerraría la aceptación de candidatos.

Aunque la cuantía económica era el dato más importante para mí, no dudé en solicitar que me incluyera en la lista de solicitantes y que me diera cita, lo que hizo inmediatamente, tras pedirme mis datos personales habituales —nombre, edad, dirección, estado civil, número de hijos, profesión, número de móvil, dirección de correo electrónico—. Me dio la cita para dos días después, en un lugar muy céntrico. Me daba tiempo a pedir en la empresa un permiso para esa mañana a cargo de los quince días de vacaciones anuales que me correspondían.

3. Pasé la revisión médica y el examen psicológico sin anomalías reseñables: estaba lo suficientemente sano y equilibrado como para ser incluido en el ensayo. Un médico joven me explicó de qué se trataba: probar en humanos una nueva medicación —ya ensayada con mucho éxito en ratones— para el tratamiento de la esclerosis múltiple, una enfermedad que, pese a muchos avances en los últimos años, seguía sin ser remediable de forma definitiva. Pero, tras las pruebas previas, el laboratorio tenía expectativas muy consistentes de que el nuevo tratamiento lo permitiría. Consistía —según lo poco que entendí de una explicación que fue muy sucinta— en una inyección en la médula de una mezcla de lo que denominó nuevos fármacos corticoides e inmunosupresores que podrían evitar radicalmente los brotes de la enfermedad y eliminar sus causas. Su aplicación se hacía en un conocido centro médico privado de la ciudad, que colaboraba en los ensayos con el laboratorio, y exigía solo un par de horas de reposo posterior. Había un pequeño riesgo de afección a la movilidad —comentó menos pormenorizadamente todavía—, pero la probabilidad era mínima: menos de un uno por mil. No es que su exposición me tranquilizara totalmente —más bien aumentó mi hipocondría natural—, pero fue lo suficiente como para no descartar mi aceptación si la retribución me pareciera suficiente.

Esa fue mi primera pregunta en la entrevista posterior con el representante del departamento jurídico: un abogado también joven, vestido con una

elegancia que, por excesiva, resultaba casi cómica, distante y con maneras presuntuosas, que —tras saludarme con exagerada formalidad— me respondió inmediatamente: aunque la presentó como una cifra extraordinaria, que me podría cambiar sustancialmente la vida, era simplemente una cantidad que nos podría solucionar los problemas inmediatos y dejarnos un modesto remanente para necesidades futuras. Ni siquiera daba para cambiarnos de casa. Pero era un dinero que nos podría sacar de la angustia urgente, al que no podía renunciar. Cuando lo acepté, el abogado —almibarando su tono y abreviando más de lo que yo necesitaba para entender bien el acuerdo— expuso a lo que me comprometía con el contrato: en esencia, a renunciar a toda acción legal o reclamación extralegal si la realización del ensayo me producía —de forma inmediata o a la larga, directa o indirectamente— algún efecto negativo. Por supuesto, no poco inquietante. Pero en la situación en que estaba, a esas alturas no quise volver a pensármelo: acepté en todo, firmamos el contrato y el abogado me dijo que en recepción me dirían la fecha, la hora y el lugar exacto del ensayo. No perdió mucho tiempo en despedirme.

4. Fue el lunes de la semana siguiente, a las 8:30, en uno de los hospitales del centro médico colaborador (del grupo hospitalario Sana Vita). Tuve que solicitar una semana de vacaciones en la empresa. Esta vez, no me pusieron buena cara en Recursos

Humanos, pero como hice mucho hincapié en que se debía a motivos de salud, no me la negaron: era preferible que malgastara vacaciones recuperándome al riesgo de que volviera después con una baja médica.

Al ensayo tuve que ir en ayunas. Tras una espera de pocos minutos, me indicaron que fuera a uno de los quirófanos y que antes de entrar me desvistiera y me pusiera la bata, el gorro y las zapatillas reglamentarias. Una vez dentro, una enfermera me dijo que me tumbara en la camilla y que me iban a anestesiar —lo que no dejó de extrañarme, porque no me habían advertido nada al respecto—. Explicó que era para garantizar que no haría ningún movimiento que pudiera arriesgar el éxito de la intervención, porque se tenía que asegurar de que la inyección se aplicara con la máxima precisión en el lugar correcto. No puse ningún inconveniente, porque ya estaba en sus manos. Solo pensé en Vega y Martina. Debí dormirme casi inmediatamente, porque no recuerdo nada más.

Cuando desperté, no sabía dónde estaba. Reconocí junto a mi cama a uno de los médicos y a la enfermera que me atendieron en el quirófano. Aunque no estaba todavía muy lúcido, me pareció que tenían aspecto de preocupación. Ante mis preguntas, me respondió el médico que llevaba más de tres horas dormido y que estaba internado en una habitación del sanatorio, porque había surgido una complicación tras la inyección: habían detectado inmovilidad en mis piernas. Atemorizado, intenté moverlas

y comprobé que era cierto. Me invadió un imparable ataque de pánico. Trataron de tranquilizarme, pero lo único que consiguieron fue asustarme más. Casi a gritos y perdidos los nervios, les exigí que me dijeran la verdad, y lo que el médico finalmente me comunicó me sumió en la desesperación más absoluta. Algo —que el médico no sabía explicar— había fallado en la intervención; aunque la inyección fue totalmente certera, había provocado una reacción inesperada en la médula. Era la primera vez en todos los ensayos realizados que había sucedido. Pero no podía ocultarme su gravedad: me habían estado analizando los responsables médicos del proyecto y creían que la inmovilidad podía ser irrecuperable. De momento, seguiría internado unos días hasta que pudieran tener una opinión definitiva.

Al cabo de unos minutos me dejaron solo. Previamente, la enfermera me indicó que todas mis pertenencias estaban en el armario de la habitación. Traté de calmarme y de pensar qué debía hacer. Tuve tiempo, porque tardó en volver alguien. Era una auxiliar hospitalaria con la comida. Aproveché para rogarla que me acercara el móvil, que suponía que estaba en el armario. Así lo hizo y comprobé la hora: las 13:30, con lo que, efectivamente, debí haber estado anestesiado no menos de tres horas. Tras pensar bien en lo que iba a decirle y armarme de valor, llamé a Vega. No sabía nada del ensayo, con lo que —pese a mi tono pretendidamente sereno— no pude evitarle ni la estupefacción ni la cólera ni, a la postre,

un ataque de histeria. Como es natural, no me ahorrró imprecaciones por haber tomado esa decisión sin informarle de nada, pero enseguida la irritación se transformó en llanto desatado, angustia y miedo. Cuando pudo calmarse un poco, me dijo que iría al hospital en cuanto recogiera a Martina de la guardería y se la dejara a una vecina con la que teníamos cierta confianza. Cuatro horas después estaba en la habitación. Se quedó en el hospital hasta comienzos de la noche, pero casi más tiempo que en la habitación conmigo estuvo tratando de recabar información sobre mi estado: primero con las enfermeras de la planta, después con el jefe de servicio y más tarde, gracias al número de teléfono que este le pasó, con responsables del ensayo. Todo lo que pudo conseguir es poco más de lo que ya me habían dicho: que la médula había resultado gravemente dañada —por supuesto, no por culpa de ellos, sino por un efecto imprevisto en mi organismo—, que al día siguiente harían varias pruebas para tener más seguridad y que había que esperar unos días a los resultados. Pero que no podían ser optimistas.

Por desgracia para mí, las malas expectativas se confirmaron pronto. Seguí cuatro días más en el hospital. Vega venía por las tardes: tratábamos —sin mucho éxito— de consolarnos. Al cuarto día nos dieron los resultados de las pruebas. Me los trasladó el médico responsable de la intervención. Al tiempo que me comunicó el enorme pesar del laboratorio y de todo el equipo médico, ratificó lo peor: quedaría

paralítico de por vida; no se podía hacer nada para evitarlo. Y dada la situación, no tenía sentido que permaneciera más tiempo en el hospital, por lo que a la mañana siguiente me darían el alta.

5. La mañana de mi salida, antes de que llegara Vega para ayudarme a ir a casa, tuve una última visita: era otro estirado abogado del laboratorio farmacéutico que venía a informarme de asuntos económicos. Con gesto compungido, me comunicó que, lamentablemente, y de acuerdo con la legislación laboral vigente, no tenía derecho a ninguna pensión de la Seguridad Social. No obstante, la empresa había concertado un seguro para posibles incidencias en el proyecto en el que se enmarcaba mi ensayo, por lo que tenía la satisfacción de informarme de que me correspondía una cuantía económica que se añadía a la compensación acordada —lo que suponía casi un cuarenta por ciento más—. Insuficiente, desde luego, para permitirme vivir sin trabajar, pero que ayudaba a superar con más holgura los apremios más urgentes y a disponer de un margen mayor para hacer frente a otras necesidades futuras. Además, la empresa quería contribuir a mitigar los problemas derivados del ensayo añadiendo —y no tuvo ningún rubor en destacar que «generosamente»— a la retribución una silla de ruedas —manual, especificó—. En el pozo negro en el que me encontraba, no me sentí con fuerzas de replicar nada. Aparentemente indignado por lo que entendió como ingratitud, el

abogado hizo un ostentoso gesto de extrañeza, abrió su maletín, dejó sobre la mesilla junto a mi cama dos documentos en los que, según dijo, se consignaban las dos compensaciones y, sin más dilación, se dirigió a la puerta, volviendo la cabeza para despedirse un tanto apresuradamente. Fue por eso por lo que no vio que en ese momento entraba una auxiliar de enfermería con mi último desayuno: iba con prisa, por lo que el choque fue considerable. Volaron por la habitación la taza de café, la jarra de leche y las galletas que me traían, pero también muchos papeles del maletín del abogado, que cayó al suelo con una considerable parte del café en su hasta entonces impoluto traje. Tras las disculpas de la auxiliar —que era la menos culpable del incidente—, ambos trataron de recoger lo que a cada uno correspondía. Ella salió la primera en busca de una fregona, en tanto que el abogado —sulfurado y frotando con un pañuelo las notables manchas en corbata, camisa y solapa de la chaqueta— amontonó sus papeles apresuradamente en su maletín y se marchó bufando. Pero con las prisas, no vio un documento que había ido a parar debajo de la cama.

No sé por qué lo hice, pero traté de cogerlo antes de que volviera la auxiliar. Estaba tumbado y no podía mover las piernas, así que me costó no poco trabajo, pero, retorciéndome todo lo que fui capaz desde la cama, finalmente lo logré. Lo guardé bajo la almohada hasta que me trajeron de nuevo el desayuno. Entonces pude leerlo. El encabezamiento bastó

para llamarme la atención: «Relación de voluntarios fallecidos o con lesiones graves tras el ensayo». Estaba fechado dos días antes y era una larga lista de nombres con afecciones iguales o parecidas a la mía o, en algunos casos, aún mayores (en diez personas, parálisis total) e incluso terminales (siete habían fallecido). En total, 61 personas de un total de 100 ensayos. Una proporción descomunal que dejaba claro tanto el fracaso de la prueba como que mi caso no era de ninguna forma excepcional, tal como me habían tratado de convencer.

Mi cólera fue absoluta. No le dije nada a Vega cuando llegó a recogerme, pero no pude dejar de pensar en ello desde entonces. En cuanto llegamos a casa y Vega se fue a su trabajo, hice varios intentos de denunciar por teléfono el asunto, pero ni la policía ni dos medios de comunicación con los que contacté ni los colegios de médicos y de farmacéuticos hicieron —pensé entonces— ningún caso. Me dio toda la sensación de que nadie quería interferir en la actuación de empresas tan poderosas como el laboratorio y la cadena hospitalaria. Una llamada de la policía a los pocos minutos me lo ratificó sin lugar a duda: era un agente que se identificó solo como miembro de la policía sanitaria, que quería dejarme claro de forma taxativa que si seguía molestando con la denuncia —que de entrada calificó de calumniosa— tendría que afrontar consecuencias poco agradables para mí. Fue suficiente. Era evidente que la vía legal me estaba vedada, pero esa constatación —la

constatación de mi impotencia— no hizo más que intensificar mi dolor y mi rabia. No podía soportar la impunidad con la que habían actuado —y seguramente lo seguirían haciendo— los desaprensivos que habían engañado, manipulado y dejado inútiles a tanta gente.

6. No dejé de pensar en ello a todas horas durante los días siguientes. Pasaba solo buena parte del día, mientras Vega trabajaba, compensando mi inmovilidad mascullando permanentemente la misma obsesión: ¿qué podía hacer para que esa gente pagara por lo que había hecho? Una fijación que me ofuscaba y que se ennegrecía con la ansiedad que me producía mi estado y la amargura de convertirme en una carga que condenaría el futuro de Vega. Por supuesto, no dejé de tener siempre en mente la solución más patente y sencilla, pero me angustiaba pensar que iba a dejar sin castigo a quienes nos habían arruinado tan profundamente la vida.

No he sido nunca una persona demasiado imaginativa: hacía mucho tiempo que había llegado a la triste conclusión de que no era más que una medianía. No me extrañó, por tanto, mi falta de inventiva: después de un par de semanas —ya a finales de ese nefasto septiembre— no había encontrado ninguna idea razonablemente buena y practicable. Pero me salvó la pantalla audiovisual: como no tenía nada que hacer —más que dar vueltas y más vueltas a mi obcecación—, vi muchas películas durante esos días,

aprovechando sobre todo para volver a las antiguas que tanto me habían gustado siempre. Una clásica norteamericana, creo que de la primera década del siglo, me trajo la inspiración. Desde luego, lo que barrunté gracias a ella no dejaba de ser una chapuza trapacera y seguramente inútil, pero no se me ocurrió nada mejor. Así que empecé a preparar mi plan.

No mucho tiempo después estaba ya —eso creía— en condiciones de llevarlo a la práctica. Esperé hasta comprobar que el dinero del ensayo había entrado en la cuenta, que tardó bastante más de lo dicho: llegué a pensar que también el pago era una mentira. Pero no. Confiaba en que Vega lo viera pronto y supiera que por fin podía salir del infierno económico en que estábamos.

Un sol inclemente derretía el ánimo y aplastaba contra el suelo ya a primera hora. Había conseguido que Vega me dejara solo en la anémica plazuela cercana a nuestra casa, mientras ella llevaba a Martina a la guardería y después iba a trabajar. Llamé a un taxi para personas con discapacidad, los únicos conducidos humanamente, para que el conductor pudiera ayudarme a subir y bajar. Llegó al poco tiempo: tal como había imaginado, el taxista se encargó de subirme rápidamente con mi silla en la parte de atrás. Le di la dirección y en menos de cuarenta minutos llegamos y me bajó. Había dudado no poco entre el hospital y el laboratorio, pero finalmente me decidí por el segundo, que me parecía el máximo responsable. Era su sede central en España: un rutilante

edificio separado de la calle por un enorme jardín con —máximo lujo en nuestro tiempo— abundancia de árboles y numerosas fuentes, en una zona céntrica de mucha afluencia. No parecía haber ningún obstáculo hasta la puerta principal.

Con la escasa velocidad que me permitía mi silla —y no poco esfuerzo de brazos—, di una vuelta por el entorno. El edificio ocupaba toda una gran manzana. En una de las calles laterales, colindaba con un parque bastante grande y notablemente más frondoso que el miserable jardín de nuestro barrio. Era un buen lugar para esperar sin despertar sospechas. Busqué una sombra y, medio tapado por unos arbustos, preparé el material que llevaba, dejando muy a mano las numerosas fotocopias ampliadas de la lista de personas afectadas gravemente por el ensayo. Esperé todavía un buen rato, que dediqué a repensar una y otra vez mi objetivo. Muchas veces llegué a la conclusión de que era una estupidez y de que no serviría de nada, pero otras tantas me reiteré en la idea.

Cuando vi que el entorno empezaba a estar muy concurrido, casi a las doce, volví a dirigirme a la sede. Atravesé el jardín anterior y, en efecto, comprobé que podía llegar sin dificultad hasta la puerta. No podría pasar de allí, porque la precedía una escalinata. Según me aproximaba, y tratando de llamar la atención todo lo posible, fui tirando al aire las fotocopias y puse en marcha la grabación a la máxima intensidad acústica. No era un prodigio de literatura: solo repetía una y otra vez una frase: «La empresa

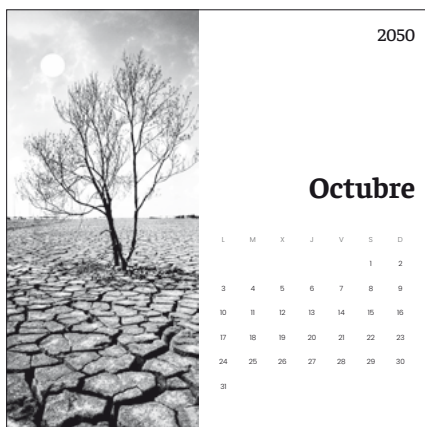
farmacéutica Medicamentum y el grupo médico Sana Vita están realizando ensayos para probar una nueva medicación contra la esclerosis múltiple. Aseguran a las personas que se ofrecen para las pruebas que el medicamento ofrece una seguridad casi total. Pero a más de un sesenta por ciento de las personas en las que se ha ensayado nos ha producido daños gravísimos e irreparables, e incluso en varios casos, la muerte. Es un crimen aberrante». Al menos, conseguí hacerme oír. Bastante gente se fue arremolinando, pero nadie —por fortuna— se acercó: era lo que pretendía. Cuando ya estaba muy cerca, encendí la mecha del explosivo —artesanal, pero potente— que había elaborado siguiendo las indicaciones que había podido encontrar con mi ordenador —curiosamente, en una página autorizada—.

Ese era mi estúpido plan: inmolarme al estilo del protagonista de aquella dichosa película que tanto me gustaba. No de la misma forma ni con el mismo propósito, pero siguiendo una pauta parecida, para provocar el mayor escándalo posible y producir, cuando menos, un destrozo considerable en la sede de la empresa. Seguramente absurdo e inútil. Pero no lo llegué a comprobar. Alarmados por el ruido de la grabación, salieron inmediatamente varios guardias de seguridad, que volcaron la silla, apagaron la mecha y de paso —supongo que por si acaso— aprovecharon para aporrearme con saña hasta dejarme inconsciente. Nadie de la concurrencia hizo nada.

7. Así acabó todo. Y por eso he podido redactar estas páginas: escribiendo durante meses solo unas frases de tarde en tarde y ocultando lo escrito, para que no me lo requisen, entre las copias de libros autorizados que me han permitido hacer a mano como casi único entretenimiento. Encerrado desde hace dos años en la celda en la que viviré lo que me quede de vida, inevitablemente inmóvil, sin siquiera disponer de mi triste silla de ruedas. Tras el incidente, no tuve que esperar mucho para el juicio, que fue rapidísimo. No tuve ningún apoyo: hasta mi defensor de oficio coincidió con la acusación en la incuestionable gravedad de mi delito, limitándose a pedir alguna —no demasiada— clemencia para mí. Cadena perpetua en régimen de aislamiento fue la sentencia. Solo se me permite ver a Vega y a Martina una vez al mes y durante quince minutos. Pero no siempre pueden venir. Vega perdió su trabajo como consecuencia de mi estúpido arrebato, y solo puede ganar algún dinero limpiando casas de forma extralegal. Y procurando siempre evitar que la identifiquen con mi esposa. Nadie quiere tener tratos con la mujer de un terrorista. Y peor aún: la empresa consiguió también que se anulara el pago que se me había hecho por el ensayo y por el seguro, por incumplimiento deliberado de lo acordado. Todo salió como era lógico que sucediera siendo yo el protagonista: fue la culminación de una vida mediocre, de un tipo mediocre, que solo se rebeló una vez, y fue para empeorarlo todo. Vega y Martina han

sido el único acierto de mi vida: y las he destrozado la existencia.

Por cierto, la medicación que en mí probaron se comercializó al poco tiempo: un enorme pelotazo comercial, a un precio exorbitante y garantizando una gran probabilidad de éxito frente a la enfermedad, así como la práctica ausencia total de efectos secundarios. Y con aval del Ministerio de Sanidad. ¿La llegarían a perfeccionar en tan poco tiempo?



Un pequeño drama

1. Ramón Sotelo ordenaba para las clases del día siguiente el escaso material didáctico que de él dependía. Era una tarde de domingo de comienzos de octubre tan bochornosa como siempre. El curso había comenzado hacía pocos días, tras el paréntesis veraniego. Era profesor de Filosofía en un colegio religioso concertado, pero la subvención pública cubría solo una pequeña parte del coste, por lo que el alumnado era de una procedencia social relativamente acomodada. Y se distribuía en clases separadas para chicas y chicos, de acuerdo con la segmentación por género que se había implantado diez años atrás, terminando

con el modelo de coeducación mixta anterior, que el Gobierno, algunos expertos y las principales asociaciones patronales de Enseñanza privadas y religiosas habían considerado profundamente perjudicial para la formación de la infancia y la juventud y su óptima inserción en la sociedad.

A Ramón le correspondían dos asignaturas, que daba —es un decir— en los dos grupos de segundo de bachillerato del colegio —uno para cada género—: Valores Cívicos y Comportamiento Ciudadano, que le repelía profundamente, pero a la que no había podido negarse —necesitaba el ingreso que le suponía, aparte de que rehusar impartirla sería probablemente considerado un acto poco amistoso con el colegio—, y Filosofía, que era su especialidad. Esta sí que era una materia que le fascinaba, pero no, ciertamente, en la forma en que tenía que organizarla en sus clases. El plan oficial de estudios obligaba a adecuarla a un temario y a una metodología que le crispaban: se centraba fundamentalmente en Lógica, entendida como procedimiento e instrumento para ayudar a pensar de forma eficiente, dejando de lado la historia de la disciplina y todo asomo de pensamiento crítico. En todo caso, tampoco su función tenía mucha importancia. Desde hacía unos años, los docentes se habían convertido en la práctica en simples coordinadores de las clases, que eran impartidas por sistemas de vídeos desarrollados por Inteligencia Artificial. Era el denominado Sistema Pedagógico Autónomo —el «Sistema», en el argot

de la profesión—. En los comienzos de este nuevo modelo, el profesor había pasado a ser un moderador de coloquios con los alumnos y quien resolvía las dudas que a estos les planteaban los vídeos. Pero en la actualidad, ni eso: el propio Sistema, que se había ido perfeccionando con mucha rapidez, permitía una comunicación con los alumnos totalmente accesible, realizando mucho más eficazmente esas funciones. De esta forma, el trabajo de Ramón se limitaba en la actualidad a poner en funcionamiento el Sistema en cada clase, cerrarlo cuando se terminaba y vigilar la realización de pruebas y exámenes, cuyos contenidos eran diseñados también por el Sistema y sus resultados evaluados así mismo por él (y cuya ejecución realmente vigilaba también el propio Sistema, a través de las cámaras de que disponía en cada aula).

Ramón se resistía a quedar reducido a esa función marginal, por lo que procuraba buscar pretextos para hablar con sus alumnos fuera de las clases —dentro estaba totalmente prohibido cualquier coloquio o debate no realizado a través del Sistema—, lo que cada día le resultaba más difícil, en buena medida porque la dirección del centro no lo contemplaba con buenos ojos —como cualquier actuación que no pudiera controlar—. Y además, se responsabilizaba desde hacía mucho tiempo de dos actividades para él fundamentales —y que había heredado de un antiguo profesor del colegio, también de Filosofía, jubilado muchos años atrás y que había sido su mentor y su modelo—: una representación teatral

que organizaba en las fechas previas a las Navidades y la revista anual del colegio, que se editaba al final de cada curso. Ambas no habían dejado de causarle continuos problemas: eran las únicas actividades mixtas del colegio —lo que se había convertido en una fuente de críticas de otros profesores, de muchos padres y de las autoridades educativas— y tenía que evitarse cuidadosamente en ellas todo indicio —por leve que fuera— de crítica social o al Gobierno. Eso le exigía conducir las dos actividades de forma tan pacata —tanto en las formas de relación de chicas y chicos en las actuaciones teatrales como en los contenidos de ambas— que se le hacía cada año más difícil llevarlas a buen puerto y conseguir resultados satisfactorios, tanto en términos pedagógicos como personales. Porque sabía sobradamente que satisfacciones de otro tipo no recibiría: la dirección no estaba ni mucho menos entusiasmada con ninguna de ellas. Pero, al menos, hasta el momento había conseguido que le permitieran continuar: siempre con extrema prudencia, como no dejaban de advertirle. Así que, contra viento y marea, con ellas seguía.

2. Precisamente, quiso aprovechar los primeros compases de las clases de la mañana siguiente para plantear el proyecto de la representación teatral. Hacía falta mucho tiempo para seleccionar la obra, distribuir el texto en clase, repartir papeles, preparar todos los detalles y empezar los ensayos. Realmente —como todos los años—, estaban ya con el tiempo justo.

La idea, aún sin determinar todavía la pieza a representar, gustó mucho también ese año, sobre todo en el grupo femenino: era lo normal. De entrada, se apuntaron doce chicas y ocho chicos para actuar, aunque él siempre insistía en que era esencial que todos participaran en alguna medida —posibles coros, ayuda en el montaje, en la preparación del vestuario y decorado, etc.—. Algo que también se aceptó muy bien, igualmente con más entusiasmo por la parte femenina. Sea como fuere, no estaba mal, aunque algunos se retirarían cuando se eligiese la pieza y empezaran los ensayos: siempre sucedía. Pero la experiencia le decía que el número de intérpretes principales podía ser más que suficiente: con una docena solía bastar, salvo que el desequilibrio de género fuera excesivo.

La elección de la obra era un proceso más complejo: inicialmente, en sus primeros años en el colegio, primero planteaba una propuesta a las chicas y chicos apuntados, que normalmente aceptaban sin demasiado debate; después, tenía que presentar la propuesta seleccionada a la dirección, para su aprobación. Pero esta segunda fase se había ido haciendo más difícil cada año, porque la dirección examinaba la idea con lupa, rehusando cualquier obra que consideraran excesivamente frívola —con criterios cada curso más mojigatos— y exigiendo una absoluta corrección desde el punto de vista de la ideología gubernamental. Hasta tal punto que desde varios cursos atrás había decidido invertir el orden del proceso:

presentaba primero sugerencias a la dirección —habitualmente bastantes, porque se solían rechazar varias antes de la aprobación— y después comunicaba la obra elegida a los alumnos, rogándoles que la admitieran —lo que, por fortuna, indefectiblemente siempre había sucedido—.

Ese año, además, chicas y chicos estaban particularmente animados. Y no solo por lo que el proyecto tenía de juego —que indudablemente lo tenía—, sino también porque suponía un cambio muy sustancial en la cada vez más rutinaria evolución del curso: un cambio que posibilitaba una forma de relación mucho más directa, estrecha y afectiva que la que permitía el modelo didáctico vigente. Eran todos objetivos fundamentales para Ramón. Así que inmediatamente presentó a la dirección los títulos que había elegido: tres, para facilitar que al menos uno fuera aprobado. Pero el primer intento no tuvo éxito: no era inusual. A los cuatro días presentó otras tres propuestas, pero en esa ocasión la negativa vino acompañada de una cita con la jefa de estudios para el día siguiente.

3. —Quizás, querido Ramón —le comentó de entrada sor Ángela, con ese tono untuoso que él conocía perfectamente y del que había aprendido a desconfiar—, no te acabas de hacer una idea cabal de las limitaciones a las que está sometido este centro, con las que nuestra orden, por otra parte, está absolutamente alineada, porque nos parecen sumamente

correctas para la adecuada formación del alumnado. Nuestra directora me ha encargado que te recuerde que tenemos una obligación moral con nuestra sociedad: contribuir a que nuestras chicas y nuestros chicos acaben su educación aquí no solo con una óptima cualificación, sino también con los valores religiosos y morales y con la actitud general hacia la vida que les posibiliten la mejor integración y la más útil aportación posibles a nuestro país y a nuestro Estado.

—Discúlpeme, hermana, pero creo que lo conozco sobradamente —respondió él.

—Pues entonces —continuó la monja, evidentemente molesta con lo que consideró un tono displaciente—, no acabamos de entender el tipo de piezas teatrales que nos planteas: en todas se presentan con una normalidad aberrante formas de vida que distan mucho de las que defienden e impulsan nuestra fe y nuestras autoridades; y en varias se deslizan ideas que parecen alentar reproches al modelo de convivencia social por el que, gracias a Dios, hemos sabido optar desde hace mucho tiempo y que de tantos desastres nos ha salvado.

—Pero, hermana —dijo Ramón de la forma más sumisa de que fue capaz—, si todas las obras que he propuesto son enormemente respetuosas en el plano moral y totalmente carentes de idearios sociales o políticos. Creo que no soliviantan en nada los principios del colegio.

—Tanto a la hermana directora como al gerente, al abogado del centro y a mí misma no nos parece

lo mismo —replicó, tajante—. Nos tememos que pueden disgustar a las autoridades académicas, y no queremos correr ningún riesgo. Si la representación no complaciera a la inspección, nos podría comportar problemas graves. Pero no gastemos más tiempo en palabrería, que todos tenemos mucho que hacer. Como no queremos, por otra parte, suspender una costumbre con la que parece que los alumnos de segundo vienen estando muy contentos, hemos tomado una decisión que será del gusto de todos: ayer tarde, y siempre por indicación de la hermana directora, pasé al profesor de Nuevas Tecnologías una nota con todos los requisitos que debería cumplir una obra adecuada para los objetivos que debe perseguir el colegio en este caso y le pedí que solicitase al algoritmo de Inteligencia Artificial con el que trabaja el centro una pieza teatral nueva que satisficiera todos esos criterios. A la media hora me trajo dos. Esta es la que hemos elegido: *Jóvenes conscientes y felices* es el título. Breve, simpática, positiva y perfecta para la representación.

Ramón recogió el pequeño dispositivo de memoria digital que le ofrecía la hermana y, tras una breve despedida, salió del despacho cabizbajo. El centro le había sometido a no pocas humillaciones a lo largo de sus muchos años de docencia, pero esta le parecía probablemente la mayor.

4. Esa misma tarde leyó el texto. Poco más de treinta páginas. Y como había supuesto, inmaculadamente estúpido. Pero no quería acabar con la tradición. Le faltaba solo un par de años para jubilarse y

pretendía continuarla hasta entonces. Aparte de que no podía permitirse enfrentarse a la dirección: no le cabía duda de que podía comportarle el despido. Y eso, a sus años y con sus cargas familiares, sería una tragedia. Así que —pensó— no le quedaba más remedio que aguantarse.

Dedicó el fin de semana a adaptar lo mejor que supo el texto a las características de sus alumnos y el lunes siguiente comentó en sus clases la obra que tenían que representar y repartió copias, que había impreso previamente. Como había imaginado, no hubo opiniones en contra: todos y todas estaban entusiasmados con la idea de hacer una representación de teatro, sin importarles demasiado su contenido. Lo que primaba para unas y otros era el componente lúdico: pensaban —y querían— pasárselo estupidamente con el tema, y harían todo lo necesario para lograrlo. Y, desde luego, también querían que la representación saliera bien: seguro que tratarían de esmerarse. Pero el carácter y la calidad de la pieza eran lo de menos.

Los ensayos empezaron la semana siguiente —a mediados de octubre—: uno por semana, los viernes por la tarde, cuando terminaban las clases. Los dos primeros fueron simplemente lecturas colectivas; el tercero, en noviembre, fue ya un ensayo más completo, aunque todavía sin vestuario ni decorado, que no iban a ser nada complicados y en los que trabajaban voluntarias y voluntarios —también más chicas que chicos— que no querían intervenir en las

actuaciones. Dentro de los condicionantes impuestos, y pese a la innegable insulsez de la obra, Ramón estaba relativamente contento: los ensayos iban muy bien y todos los participantes estaban indudablemente animados. De hecho —y como había venido sucediendo en años anteriores— se estaban tomando muy en serio lo que en un principio no era más que un juego, pero que pronto se convirtió en un reto: la representación tenía que ser un éxito. Todos se esforzaban al máximo, pero no cabía duda —también esto era lo habitual— de que eran las chicas quienes más ilusión, empeño y talento ponían en la tarea.

5. Fue a partir de comienzos de diciembre —cerca ya de la fecha culminante— cuando empezaron a complicarse las cosas. Los ensayos y, en general, el trabajo en común fueron estrechando un alegre compañerismo entre chicos y chicas, que hasta entonces apenas se conocían de vista. Por descontado, era algo que a Ramón le encantaba, pero sabía que había que tener mucho cuidado: una norma esencial del colegio era la estricta separación por sexos en toda la etapa formativa. Y aquella representación, aunque comportaba un claro componente de excepcionalidad, no dejaba de ser un elemento más de esa formación; y la singularidad debía mantenerse dentro de límites muy estrechos. A esas alturas, se daba cuenta de que la situación se le estaba yendo de las manos: por supuesto, nada serio, pero a partir del séptimo ensayo notó que un grupo de chicas y chicos se iba

al terminar a pasar el resto de la tarde juntos. Como estaba prohibida la entrada a menores en los bares y cafeterías, suponía que irían al parque cercano. Tras el octavo ensayo lo constató: los siguió con sigilo y pudo apreciar que se sentaron en una pequeña explanada un poco apartada: simplemente compartían botes de bebidas —que no sabía cómo habían conseguido—, charlaban e incluso cantaban. Y se reían: ¡cómo se reían! Alegraba verlos. No era más que una inocente reunión, que además no duraba mucho: no más de un par de horas. Después, se despedían y se iban cada cual a su casa, cuidando de ir separados chicos y chicas. Pero Ramón sabía que aquello podía tener consecuencias.

El problema estalló poco antes de las vacaciones de Navidad, cuando solo faltaban cuatro días para la representación. Fue un auténtico escándalo, que a duras penas se consiguió limitar al ámbito del colegio. Fueron algunos padres los que lo destaparon: varios se quejaron encolerizados ante la dirección por las reuniones del parque —promiscuas, dijeron— en el momento en que tuvieron noticia de ellas —fue una familia la que lo supo inicialmente por un descuido de su hijo, alertando rápidamente a las demás—, amenazando con presentar una denuncia ante las autoridades educativas por lo que entendían que había sido un grave irresponsabilidad del centro. La dirección logró parar la denuncia, pero no sin asegurar que tomaría medidas inmediatas. Lo que no tardó en suceder: la representación se suspendió y se

impuso un severo castigo a los alumnos que habían participado en las reuniones: asistir a clases especiales en el colegio durante las vacaciones. Pero, por descontado, la penalización mayor recayó en Ramón: tuvo que agradecer que no lo despidieran, pero fue expedientado —con notificación al Ministerio— y se le suspendió de empleo y sueldo durante lo que quedaba de curso, al margen de que se eliminaron para siempre sus actividades complementarias y de que se le retiró la docencia en su asignatura más querida, dejándole únicamente la que más le disgustaba, con lo que se reducirían sus horas lectivas, su salario y, en consecuencia, la ya escasa pensión que le quedaría al jubilarse.

5. La sanción económica en sí —pese a lo que representaba para su magro salario y para su futura pensión— no fue lo que más le dolió: pudo compensar en parte la pérdida de ingresos con algunas clases particulares a estudiantes de otros centros —estaba rigurosamente prohibido impartirlas a alumnos del colegio—. Mucho más daño le hizo la para él inexplicable animadversión de la dirección, después de tantos años de trayectoria en su opinión impecable. Desde luego, era consciente de que la dirección le consideraba un profesor cuando menos díscolo, pero siempre había limitado su crítica —nunca inmoderada— al estricto terreno del contenido de la enseñanza y del modelo educativo, y siempre también había mantenido una profunda lealtad de fondo al centro.

No se le podía negar, por otra parte, su dedicación —mucho mayor que la que exigía su contrato— y su incuestionable calidad como docente: de hecho, era uno de los profesores mejor valorados y más queridos por el alumnado, por lo que también era muy apreciado, en general, por los padres. Por eso no podía entender la dureza con que se le trataba en esta ocasión; y más por algo —pensaba— que no dejaba de ser un problema absurdo, del que ni siquiera se consideraba responsable. Pero, claramente, la dirección no pensaba lo mismo. En su descargo debe recordarse el rigor de las instrucciones del Ministerio de Educación en lo referente a los aspectos que en este caso se habían visto afectados: la rígida separación entre chicas y chicos en la enseñanza, particularmente durante la adolescencia, era una cuestión central en la política de orientación del espíritu ciudadano. Ramón conocía de sobra la retórica gubernamental al respecto, pero siempre había pensado que no era más que una declaración de principios formal, sin demasiada incidencia en la realidad. Evidentemente, se había equivocado. Aunque no sabía si, de haber valorado apropiadamente lo que podía llegar a suponer en la práctica esta política educativa, habría decidido seguir en su momento lo que para él fue siempre una opción inequívocamente vocacional.

Pero también le desmoralizó profundamente la falta de respaldo de sus compañeros, que —salvo contadas excepciones— trataron de evitar inconvenientes exhibiendo una ausencia de cercanía mayor

incluso de la real. Y, sin duda, le resultó así mismo muy penoso —tan comprometido con sus alumnos— la inquina de algunos padres —los que alentaron la protesta—, que ya intuía en algún caso, pero que nunca sospechó que llegara a tal intensidad. Inquina que, sin duda, se debía a las actividades que impulsaba y a las conversaciones que a veces podía mantener con sus hijos, tras las que algunos sospechaban una influencia peligrosa. Por fortuna, no fue esa la reacción de muchos otros padres y de gran parte de sus alumnos, que le hicieron llegar su apoyo y su aprecio —pero con mucha discreción: el conflicto generó un considerable temor—. Es lo único que le reconfortó parcialmente de la inmensa tristeza que todo este desafortunado asunto le provocó. Una tristeza acrecentada por la imposibilidad de continuar con la revista y, sobre todo, con la sencilla representación teatral anual. Claro que sabía que no eran gran cosa, pero mantenerlas suponía para él una promesa con el admirado profesor que las inició y en las que le animó a implicarse cuando no era más que un estudiante de bachillerato lleno de ilusiones y de esperanzas. No poder cumplirla fue para él no solo una penosa frustración: una derrota vital.

Por supuesto, no fue todo más que un pequeño drama individual, pero hundió en una profunda depresión a Ramón Sotelo. Aquel suceso, que no tardó en olvidarse en la vida del colegio, supuso para él desde entonces una constante y negra obsesión. Una obsesión que —en su comprensible

desvarío— metabolizó en señal del infortunado tiempo que le había tocado vivir: un síntoma ilustrativo de la oscuridad que se estaba produciendo incluso en el humilde nivel de las vidas cotidianas. Sin duda, su obcecación le llevó a generalizar y magnificar lo que solo fue insignificante peripecia personal. Pero es una idea que no dejó de reconcomerle en toda su vida posterior. Por eso quiso dejar una modesta constancia de su experiencia en una breve nota que envió, luego de unos meses de la incidencia, a algunos amigos con los que solía comentar sus vivencias profesionales. De los documentos que, mucho después, se encontraron tras el fallecimiento de uno de ellos en su domicilio se han extraído estas líneas.



Aldeas perdidas, reductos de esperanza

1. La jornada había sido agotadora, pero plenamente satisfactoria. Desde hora muy temprana, como siempre, habían trabajado en la rehabilitación de una de las últimas casas que les quedaban. El calor, inclemente todavía a comienzos de noviembre, hacía la labor, desde luego, más penosa, pero habían avanzado más de lo que pensaban. Ya solo les faltaban remates interiores. Por eso, la cena de esa noche fue particularmente alegre: celebraban que casi estaban terminando con la restauración de la pequeña aldea

abandonada. El objetivo —terminar la rehabilitación de todas las casas antes de final de mes—, aunque al principio les pareció abrumador, se iba a conseguir. Luna estaba feliz: cansada, muy cansada, pero también muy feliz.

Era un grupo de diez jóvenes —cuatro mujeres, seis varones—, al mando de la coordinadora del proyecto, Sofía, una socióloga ya más que madura —rondaba los cincuenta—, pero llena todavía de vitalidad y, pese a una timidez innata, de carisma. Ella y Luna eran las únicas que pertenecían de forma estable a la entidad para la que trabajaban: una asociación sin ánimo de lucro creada por arquitectos, ingenieros agrónomos y de montes y otros profesionales especializados en el mundo rural —sociólogos, geógrafos, antropólogos, algún economista— que habían decidido hace unos años compartir esfuerzos para recuperar pueblos abandonados. La idea inicial que los unió no dejaba de resultar fantástica en el lóbrego contexto de la época, pero —milagrosamente— había funcionado. Se trataba de rehabilitar las casas aprovechables de aldeas deshabitadas y olvidadas —muchas veces sin propiedad reconocida y otras que adquirirían a muy bajo coste de los propietarios o de ayuntamientos o diputaciones, porque eran puras ruinas—, utilizando procedimientos de construcción modernos y económicos, materiales de bajo coste y criterios de eficiencia energética, para poder ofrecer con ellos alternativas habitacionales con alquileres muy reducidos a personas que no podían afrontar

los elevadísimos costes de la vivienda en las ciudades. Pero no solo era cuestión de precio: la vida en el mundo rural tenía muchos otros problemas. Poder desarrollar una actividad laboral que permitiera una retribución adecuada no es el menor. Para facilitarlo, la asociación ofrecía formación gratuita a los nuevos pobladores potenciales para que pudieran encontrar medios de vida en los pueblos recuperados: agricultura y ganadería sostenible, servicios de construcción, rehabilitación y reparación de inmuebles, arreglo de instrumentos electrónicos, producción artesanal, diseño de piezas mediante impresoras de tres dimensiones, utilización de la Inteligencia Artificial para la realización de servicios a distancia (asesoramiento financiero, fiscal, contable y laboral a pequeñas empresas...).

Se trataba de iniciativas para las que la asociación se financiaba a través de cuatro vías: ingresos de las cuotas y aportaciones de socios y simpatizantes, el cobro de las mencionadas rentas por el alquiler de las viviendas recuperadas, el cobro de igualmente muy reducidas contribuciones a las personas que encontraban ocupación gracias a su formación e intermediación y, sobre todo, cobros a empresas por la realización de servicios de consultoría en muchas de las actividades en las que realizaban formación. Actividad esta última que había conseguido un éxito que sobrepasó con mucho las expectativas de los promotores de la asociación y para la que disponía de un pequeño grupo de especialistas muy cualificados,

que encuadraban el llamado «equipo de asesoría». Para todo ello contaba con una veintena de profesionales contratados —solo nueve fijos— y más de cincuenta voluntarios (jóvenes y jubilados en su gran mayoría), la mayor parte con dedicación parcial, que en bastantes casos se hacía total en verano y en períodos de vacaciones. Gracias a esos ingresos, habían podido prescindir de ayudas públicas, que, por otra parte, no hubiesen podido conseguir, dados su ideario y sus objetivos.

2. Luna era una de las profesionales contratadas de forma estable. A sus 27 años, concienzuda, seria y atractiva, hacía tres que había terminado brillantemente la carrera de Arquitectura. Enseguida encontró trabajo nada mal remunerado en un estudio de diseño de espacios interiores de empresas y entidades públicas, pero no tardó en aborrecer el desmesurado economicismo de la firma, obsesionada por una absoluta prioridad de búsqueda de beneficio. Su trabajo allí chocaba frontalmente con su concepción de la arquitectura. Por eso no dudó en solicitar un trabajo en la asociación cuando se enteró de su existencia. En ella —aunque con una retribución más que modesta— encontró mucho más que un ámbito laboral donde ejercer su profesión de acuerdo con sus principios: fue una forma de vida y una comunidad con las que se sentía plenamente identificada. Una entidad y un grupo de personas donde y con quienes poder trabajar al margen de los circuitos establecidos

—empresas, sector público...—, dedicando su conocimiento a lo que consideraba su vocación: ayudar a construir viviendas baratas y confortables para la muchísima gente que no tenía recursos para conseguirlas en el mercado.

Llevaba poco más de un año en la asociación. Desde un principio la destinaron a algo que la apasionaba: la recuperación de pueblos abandonados. Tras un breve período de adaptación —apenas un par de meses—, trabajando en los momentos finales de un proyecto de rehabilitación de una pequeña barriada de un pueblo de Valladolid que, tiempo atrás, había sido relativamente grande —Castrillo de Duero—, pero en el que el desastre climático había producido la ruina de su cultivo y fuente de riqueza fundamentales: la vid. Una vez terminado el proyecto, y después solo de un par de semanas de descanso, empezó con el que ahora estaba implicada: la recuperación de una aldea segoviana totalmente despoblada, pese a su proximidad a la autovía que unía Madrid con el norte del país. Encinas se llamaba cuando todavía alguien vivía en ella —lo que dejó de suceder allá por 2040—. Uno de los varios pueblitos de la comarca de la Tierra de Sepúlveda, a casi mil metros de altitud, rodeado de lo que fueron campos de cereales de secano, garbanzo y girasol, con una modesta iglesia gótica de tres naves y esbelta espadaña —en la que el equipo había tenido que emplearse a fondo para remediar su deterioro—, con un monte bajo que había gozado hasta mucho tiempo atrás de

frondosas arboledas —curiosamente, casi ninguna encina, solo chaparros, pero abundancia de robles y sabinas y también álamos, fresnos, chopos...—, pero casi exhausto entonces, y con una impresionante vista al sureste de la sierra de Riaza, que parecía flotar ingrávida en el cielo transparente de las mañanas intensamente claras de la zona.

Era un proyecto que le atraía especialmente, porque parte de sus ancestros —del lado de uno de sus abuelos— procedía precisamente de allí. Pero no solo por eso lo solicitó con toda la intensidad y el poder de persuasión de que era capaz: también porque la responsable del proyecto era su tía Sofía —realmente, tía segunda, prima de su madre—, a la que adoraba. Miembro del grupo fundador de la asociación, muy alta, con una figura espléndida todavía —casi despampanante— y con una dulzura consustancial que la hacía una conciliadora nata, era una especialista en problemas de mediación que se había hecho imprescindible en la asociación, tanto para la óptima integración de los nuevos pobladores en los entornos en los que iban a rehacer sus vidas como para la relación entre ellos, no exenta de dificultades por sus diferentes orígenes y por la obligación que contraían a un contacto muy estrecho en las pequeñas poblaciones en que iban a residir. Un reto que se hacía aún mayor cuando se trataba de inmigrantes de otros continentes, que se enfrentaban a dificultades cada día mayores por las severas restricciones implantadas por el Gobierno, pero que —por eso y

por su vulnerabilidad y carencia total de recursos— constituían un objetivo prioritario para la asociación. En todo había desplegado Sofía siempre unas dotes extraordinarias, que la habían impulsado hasta la función de coordinadora de proyectos, en la medida en que la integración se había revelado un problema tan grande o mayor que la propia rehabilitación de viviendas.

De este último aspecto era Luna la responsable directa en Encinas. Las restantes personas del equipo tenían contrato temporal para el proyecto o eran voluntarias. Y todas con bastante menos experiencia profesional en cuestiones de construcción y restauración. Por ello, la dedicación y el esfuerzo de Luna en este caso habían sido considerables. Prácticamente no había salido de la aldea en los once meses que llevaban allí: trabajando muchas horas, durmiendo poco y relajándose solo en los breves —pero estu-pendos— ratos de conversación, bromas y canciones durante y después de las cenas, al aire libre y al calor de una hoguera salvo en los escasos momentos de relativo frío —en un lugar en el que, se decía, antaño los inviernos eran extremadamente rigurosos—.

3. Aquella noche la cena había sido especialmente jovial: ya casi estaban terminando. Pero Luna no llegó a sumarse a la reunión posterior: Sofía —que acababa de llegar al pueblo de un viaje a la capital de la provincia— le dijo con semblante serio que tenían que hablar a solas. Fueron a la destartalada

habitación que la servía de despacho y allí le comunicó el problema: un alcalde de un pueblo próximo había presentado ante el gobernador civil de Segovia la denuncia de que la asociación, por una parte, había insertado a inmigrantes sin papeles en pueblos en los que había trabajado y que, por otra, desarrollaba en ellos, bajo el señuelo de programas de formación y relación con el entorno, verdaderas operaciones de difusión de valores contrarios a la moral y a los principios establecidos y de desacreditación del Gobierno. Y que ahora era eso lo que pretendían en la zona con el proyecto de recuperación de Encinas.

—Como es algo que, en buena medida, no deja de ser cierto —comentó Sofía—, nos preocupa enormemente, porque es fácil que induzca a acciones del Gobierno contra el proyecto y contra la asociación. Así que tenemos que idear urgentemente alguna forma de contrarrestar la denuncia. Ya he hablado con Ernesto —el director de la asociación— y nos tenemos que poner en marcha ya. Nos encargaremos tú y yo.

—¿Pero qué podemos hacer nosotras? —respondió alarmada Luna—. ¿No sería más bien asunto de abogados?

—Eso es algo que tendremos que afrontar más tarde, si no somos capaces de detener la denuncia antes de que se formalice legalmente. Ahora lo que necesitamos es frenarla. Y creemos que nada mejor para eso que hacer una campaña de reivindicación de la asociación y de este proyecto entre la población de la zona para que nos defienda contra el ataque.

Así que ya podemos empezar a movernos: que te sustituya quien tú consideres en la rehabilitación, que ya está casi terminada, porque esto es lo prioritario. El Gobierno se nos va a echar encima de un momento a otro.

4. Y eso hicieron desde primera hora de la mañana siguiente. Centrarón el objetivo en organizar todas las reuniones que fuera posible —cuantas más, mejor— para explicar lo que estaban haciendo en Encinas y cómo ese proyecto —al que quizás podrían suceder otros similares en algunos de los muchos pueblos abandonados cercanos— podía afectar a la vitalidad, al desarrollo y al medio ambiente de la comarca, ofreciendo —frente al declive económico y demográfico de la zona— nuevas oportunidades sociales y económicas: no solo a los nuevos pobladores afectados directamente, sino también a la población del entorno. En un área tan vaciada y decaída, el proyecto aportaría más vecinos y vecinas —y más niños y niñas—, posibilidad de reabrir colegios cerrados, mayor demanda para los comercios, mejora de arroyos y fuentes, repoblación forestal, formación por la asociación para las personas que quisieran en actividades generadoras de rentabilidad...

No perdieron ni un minuto. Empezaron por contactar con los alcaldes y alcaldesas de pueblos próximos que les parecían más simpatizantes con el proyecto, para solicitarles apoyo en la organización de actos públicos en los pueblos respectivos, pero

hablaron también con otras personas capaces de influir en colectivos significativos: párrocos, médicos de los centros de salud, agricultores, ganaderos y pequeños empresarios de prestigio —grandes no había—, personas activas en las pocas organizaciones vecinales de la zona, etc. Sofía —experta en encontrar puntos de acuerdo— se encargaría de presentar a la asociación y de las explicaciones generales, y Luna, de las más técnicas.

Los contactos no tardaron en funcionar: en tres días celebraron la primera reunión, en un pueblo que estaba a poco más de seis kilómetros —Boceguillas—. Las dos estuvieron brillantes: Sofía, convincente, persuasiva y cautivadora; Luna —que rápidamente superó sus muchos nervios iniciales—, desplegando rigor y solvencia a raudales. Y gracias a una alcaldesa y a un cura claramente propicios, resultó un éxito rotundo: asistió mucha gente y con un patente interés por la forma en que podrían beneficiarse de las actividades de la asociación. Fue un muy buen comienzo, que allanó el camino posterior. Enseguida otros pueblos solicitaron actos similares. Trabajaron sin descanso. En quince días organizaron siete reuniones públicas más; la última en el pueblo que fuera antaño cabeza de partido, Sepúlveda, con lo que cerraron la primera fase de la campaña: incluso hicieron una reunión —también con buenos resultados— en el pueblo del alcalde denunciante, de la mano de la presidenta de la organización de festejos y de algunos pequeños comerciantes —el

dueño del bar, un bodeguero, la propietaria de una tienda de confección...

A partir de ese momento, iniciaron la segunda fase, focalizada en dos acciones: una recogida de firmas defendiendo la continuidad del proyecto y la organización de una manifestación a celebrar en Sepúlveda, pero convocada en toda la comarca, particularmente en los pueblos en que habían celebrado actos. Sin duda, era una temeridad, dadas la absoluta prohibición gubernamental de protestas de ese tipo y las severísimas represión y penalización que podían comportar. Pero también salió bien: de nuevo la intuición de Sofía acertó. Si conseguían que a la manifestación acudiera buena parte de las fuerzas vivas más respetables de la comarca, quizás la policía no se atreviese a intervenir: o, al menos, a no hacerlo con la extrema brutalidad con que había actuado frente a conatos de protesta similares —que no se producían hacía ya mucho tiempo precisamente porque esa dureza aterrorizaba—. Y así sucedió: la actividad de la asociación en el proyecto de Encinas se veía tan positiva y necesaria para la zona que la manifestación —al igual que la lista de firmas— fue encabezada por varios alcaldes y muchos concejales, médicos y personal de enfermería, curas y monjas, comerciantes y pequeños industriales, agricultores y ganaderos y líderes de organizaciones vecinales, seguidos por un número de personas como no se recordaba en la comarca: mucho mayor, desde luego, que lo que los más optimistas suponían. Y como previó Sofía, ante esa

situación, los mandos policiales y el gobernador civil decidieron que las fuerzas del orden —menores de las convenientes para frenar esa masa de gente, porque tampoco la policía esperaba tal cuantía— se limitara a vigilar la trayectoria de la marcha y a impedir, eso sí, los intentos de discursos al finalizar.

Pero la imagen de la calidad y cantidad de manifestantes y la más que nutrida lista de firmantes apoyando el proyecto fue suficiente: el gobernador civil pensó que era mejor no echar más leña al fuego, no fuera que el apoyo ciudadano acabase convertido en conflicto. Al fin y al cabo, se trataba de un rincón perdido de Castilla, del que nadie en la capital se ocupaba y de un problema que —si no se alimentaba— no tendría ninguna repercusión mediática —máxime en una situación en la que los medios estaban tan estrechamente controlados por el gobierno—. Así que se limitó a enviar una adusta comunicación a la dirección de la asociación y a la coordinadora del proyecto en la que advertía que se vigilaría estrictamente su actividad y en la que exigía información detallada de cada realización. Nada a lo que no estuvieran ya acostumbrados en la asociación y con lo que tenían hábito sobrado de bandear con habilidad.

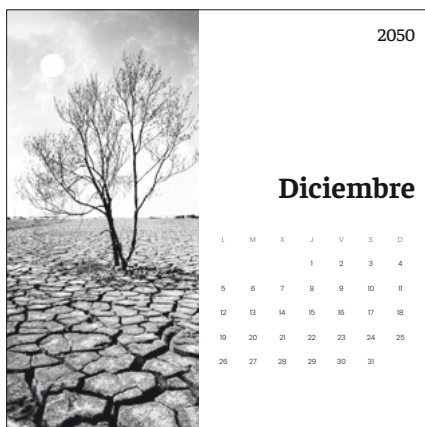
5. Lo importante es que el proyecto de recuperación de las viviendas de la aldea pudo terminarse, con un pequeño retraso por los incidentes, dos meses después. Y en medio año adicional se consiguió acoger a las primeras familias pobladoras, se las ayudó a

asentarse y a integrarse en la comarca y se las formó en las nuevas actividades económicas en las que tuvieron que embarcarse. Y todo, además, en un contexto mucho más propicio que los que había tenido la asociación en proyectos similares anteriores: la propia movilización lograda para evitar su paralización contribuyó como nunca antes a que la población de la zona acogiera con los brazos abiertos a los nuevos llegados y les facilitara su inserción en el mundo rural, al tiempo que —también como nunca antes— se comprometiera en la buena marcha de la recuperación de Encinas y se convirtiera en demandante a la asociación de servicios de formación, asistencia técnica y revitalización social.

Pero no quedó ahí todo: se consiguió algo quizás más relevante aún, del que las dos protagonistas de este relato no fueron en su momento plenamente conscientes. Por vez primera desde hacía mucho tiempo —desde que se consolidó en España la Nueva Política de la mano de un gobierno ultraautoritario y se erradicó todo tipo de oposición y protesta—, había conseguido triunfar una movilización social: ciertamente, en un lugar olvidado y sin ninguna repercusión inmediata más allá de la zona implicada; pero generando de nuevo en mucha gente un inesperado brote de ilusión y de resistencia, sembrando semillas de esperanza. Tardarían mucho en germinar —bien lo sabe quien esto escribe—. Pero lo hicieron, contribuyendo años después —demasiados años después— al movimiento que, muy lenta y progresivamente,

acabó cambiando el panorama. Pero esa es ya otra historia que no corresponde a esta crónica.

En cuanto a Luna y Sofía, continuaron con sus vidas. La primera, exultante con el éxito de su primer proyecto y con ánimos renovados, tras unas muy breves vacaciones, empezó a dirigir las obras de rehabilitación de otro pequeño pueblo abandonado no muy lejano —Castilla era un copioso cementerio de aldeas despobladas—. Seguiría en esa labor durante el tiempo en que la asociación logró sobrevivir —bastante más del que inicialmente cabía esperar—, cosechando un considerable prestigio —mucho mayor que el rendimiento económico— como arquitecta y logrando además mantenerse firme en su empeño de dedicar su profesión a quienes más la necesitaban. Por su parte, Sofía decidió dejar la asociación un año después para trabajar en una suerte de inmenso —y terrible— campo de concentración en Marruecos para refugiados del África Subsahariana que acababan en él hacinados en su objetivo de alcanzar la inalcanzable Europa. Allí pudo comprobar de forma directa la suavidad comparativa de las dificultades frente a las que hasta entonces había combatido en un país —aunque asfixiante— relativamente acomodado. Pero no se hundió ni se rindió: no dejó nunca de luchar por un mundo un poquito mejor, si bien viviendo ella materialmente cada vez peor —pero satisfecha consigo misma y con el rumbo al que dirigió su vida—. Ese fue su impagable premio.



Un paseo por la montaña

1. El tren autónomo lo dejó en la estación de Cercedilla a las 8:35. Se puso la gorra, se colocó el pequeño macuto y enseguida empezó a caminar. Era una luminosa mañana de comienzos de diciembre: el mejor momento para dar un largo paseo por el monte. Aunque iba a ser un día muy soleado, esperaba que la temperatura fuera soportable. No tardó en llegar a lo que antes eran las Dehesas. El tupido pinar que él todavía había llegado a ver en sus caminatas de infancia y preadolescencia con su padre había desaparecido casi en su totalidad: solo quedaban dispersos pinos enfermizos, y el suelo —antes tapizado de

fresca hierba— era un arenal prácticamente sin vegetación. Las dos últimas décadas habían sido terribles para la mayoría de los bosques del país: solo se habían salvado parcialmente los de algunas zonas norteñas del interior. El cambio climático y el urbanismo depredador de la costa —incluso de la cantábrica— habían provocado un arboricidio incontenible, que había acabado convirtiendo en eriales semidesérticos lo que antes eran hospitalarias espesuras y arboledas.

Por fortuna, había muy pocos caminantes. Agradeció la soledad. Trató de atravesar con rapidez las extintas Dehesas, para empezar con la subida cuanto antes. Las cumbres de Siete Picos dominaban el panorama: sin asomo de nieve, por supuesto. Hacía más de quince años que allí no caía un solo copo. Pero todavía majestuosas y retadoras. Siguió durante un trecho los restos del trazado del antiguo funicular, pero no tardó en coger el sendero —antes entre pinares; ahora solo bordeado de arbustos raquíticos y escasos— que tan bien conocía. El recuerdo de los paseos con su padre le iba invadiendo por momentos: casi le dolía. Sus explicaciones, sus bromas, las confidencias que entre ambos iban surgiendo como un flujo espontáneo, su mano... Repitiendo como un ritual lo que su padre había experimentado previamente con sus padres y su hermana, en un momento en que todo aquello era todavía mucho más verde, feraz, húmedo y bello de lo que él había podido apreciar en su infancia. Apenas recordaba a su abuelo, que había fallecido siendo él muy niño —la

segunda pandemia se lo había llevado, junto con su inseparable compañera—, pero su padre le había contado muchas veces cómo lo había introducido a él en el amor al monte. Un amor que después en su padre —andarín incansable y corredor de interminables pruebas de montaña— se había hecho pasión incontenible y que le había transmitido fervorosamente.

Subió casi en línea recta al primero de los picos, afrontando la pendiente más directa y dura. La subida no le llevó mucho más de una hora, pero ya empezaba a apretar el calor. A medida que ascendía, el paisaje se iba pareciendo más al que tantas veces recorrió con su padre: la altitud delineaba un límite natural para los árboles, que los resistentes pinos de la Sierra de Guadarrama, no obstante, burlaban con frecuencia. Precisamente, arriba —en las vaguadas entre los picos— era donde más y mejor se conservaban: también famélicos, pero tenaces.

Tuvo que ayudarse de las manos para subir los últimos riscos, donde las grandes rocas de granito dominaban. Una vez coronado el primer pico, emprendió el camino por la cresta. Su objetivo era el puerto de Navacerrada, y desde allí subir por la Bola del Mundo a la Maliciosa y bajar por la cara opuesta al pueblo de Navacerrada, donde cogería el autobús de vuelta a Madrid. No era el camino más habitual con su padre, que solía preferir volver desde el puerto para evitar una caminata excesivamente larga para un niño. Pero alguna vez la hicieron en sus últimos

paseos, y él pensaba que culminarla ahora era una especie de homenaje a lo que entonces le parecía una auténtica hazaña.

2. La nostalgia por sus padres —su madre también les acompañaba muchas veces en los paseos menos exigentes, llevando siempre pantagruélicos almuerzos— iba creciendo en él como una marea a medida que subía. Hacía ya ocho años que los dos habían muerto, también casi simultáneamente: él solo pudo resistir unos meses las condiciones de su encarcelamiento, tras las grandes protestas sociales que trataron de impedir el progresivo autoritarismo político y los durísimos recortes en las condiciones laborales y sociales. Y ella —que tanto le quería— se desmoronó y se dejó ir al conocer la noticia: prefirió no seguir viviendo.

Pero también le invadía cada vez más la nostalgia por todo lo perdido: la vegetación, la lluvia, el frío, la belleza, la libertad, la alegría... Todo se había ido deteriorando sin remedio, como si el mundo fuera un organismo vivo que envejece e inexorablemente se aja y descompone. Se había evitado la catástrofe climática radical, pero el precio pagado había sido tan grande...

Tras rebasar el séptimo pico, empezó a descender hasta el puerto. Su padre le había contado que antaño había sido una modesta estación de montaña con acceso a pequeñas pistas de esquí. Pero de eso ya no quedaba ni rastro: ahora era una abigarrada,

desordenada y horrenda acumulación de edificios turísticos y grandes establecimientos de hostelería, salpicada de macroaparcamientos. Lo cruzó sin perder tiempo y comenzó la subida a la Bola del Mundo: inicialmente, por la pista que antiguamente serpenteaba bajo el telesilla, ahora convertida en una carretera bien asfaltada. La dejó pronto, para coger un estrecho sendero de tierra. La Bola no había cambiado mucho; siempre estuvo huérfana de árboles, pero ahora casi habían desaparecido también la hierba y los pequeños arbustos. Le llevó alrededor de media hora llegar a la cima, a poco más de cuatrocientos metros del puerto y a cuyo costado izquierdo aguantaban las ruinas de la antigua estación meteorológica, de la que había desaparecido la antena que años atrás se divisaba, como un faro para montañeros, desde muchos puntos de la sierra. Descendió sin detenerse el pequeño Collado del Piornal y emprendió el breve ascenso —menos de doscientos metros más— a la Maliciosa: una de las dos reinas de aquella sierra.

3. Al llegar, se sentó unos minutos para beber agua y tomar un bocado ligero, muy cerca de donde reposaban enterradas las cenizas de un amigo de juventud de su abuelo, para quien aquella montaña había sido un templo. Al momento, se levantó para contemplar con detenimiento el impresionante panorama, girando la mirada uno por uno a los cuatro puntos cardinales. Era una de las mejores atalayas de

sus queridas modestas cumbres de Guadarrama. Si no se apartaba la mirada de las cimas, se podía pensar que el paisaje seguía siendo tan hermoso como cuando lo presenciaba —embriagado de un júbilo inolvidable— junto a su padre: cansados, satisfechos y hermanados los dos, entre ambos y con el monte, con el cielo y con la vida. Habían sido momentos de una felicidad inefable, inexplicable con palabras. ¡Cómo se querían! Pero si la mirada descendía, era imposible evitar el desconsuelo. El panorama entonces recuperaba su negra realidad: un páramo baldío circundaba las zonas más próximas a las montañas, seguido de un implacable océano de edificaciones, una continuidad inmensa que impedía diferenciar poblaciones.

¿Cómo habíamos podido permitir tanto destrozo? Miraba el panorama cada vez más triste, cada vez más deprimido. Incapaz de olvidar lo que había querido relegar por un momento con su paseo por la montaña. Incapaz de olvidar que no solo se había estragado para siempre el paisaje; no solo se habían destruido los bosques y convertido los ríos y los mares en estercoleros malolientes; no solo se había acabado con la lluvia y la nieve; no solo se había convertido el mundo en una urbanización interminable; no solo se había exterminado la belleza y la alegría. Habíamos perdido tanto... Habíamos degradado tanto la vida...

Contempló una vez más la cara sur del monte, con Madrid en el horizonte: la vista en que más se

detenía con su padre, cuando él le repetía entre bromas alguna de las regañinas que propinaba su maravillosa madre cuando veía algo incorrecto. Y pensó de nuevo en el mundo de su infancia, en los paseos de la mano de su padre, en las meriendas inigualables que su madre sacaba de la mochila, como una mágica prestidigitadora que extrajera sorprendentemente una liebre del sombrero. Aquella felicidad que nunca más había vuelto a experimentar. Aquella felicidad que le habían robado. Que habían robado a todos.

Se limpió las lágrimas, que habían brotado casi inconscientemente. Ya era hora de bajar. Quedaba la parte quizás más difícil, la pendiente más escarpada. Tenía que ir con cuidado, pero no podía retrasarse, porque perdería el autobús. Y esas dichas máquinas sin conductor no esperaban ni un segundo.